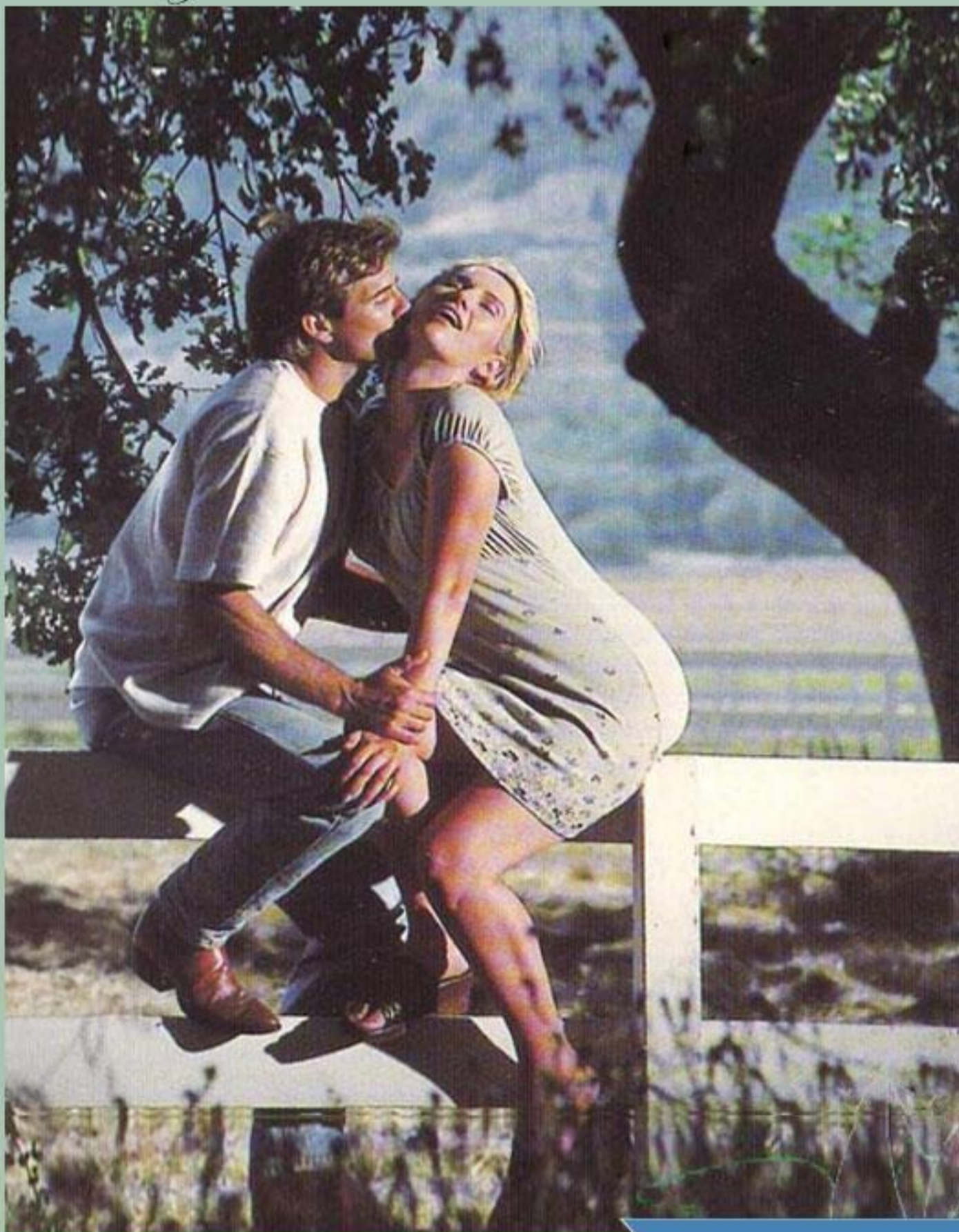


se

# *Ojos de medianoche*



CARA COLT Lectulandia

La misión de Shayla Morrison era llevar al travieso Nicky a su tío, pero al ver al atractivo Turner MacLeod, Shayla decidió quedarse unos días. Después de todo, ¿qué sabía un vaquero duro y fuerte de niños pequeños? Pero, ¿sabría una mujer sensata como Shayla convivir con aquel misterioso hombre?

Shayla debería haberse vuelto a casa. Pero el sonido de la risa infantil y el brillo en los ojos del vaquero le hicieron abandonarse al romanticismo, y soñar con que quizá pudiera convertir a aquel solterón empedernido en su marido.

**Lectulandia**

Cara Colter

# **Ojos de medianoche**

\*

ePub r1.0

Piolin 01.07.2017

Título original: *The cowboy, the baby and the bride-to-be*  
Cara Colter, 2000

Editor digital: Piolin  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## PRÓLOGO

Querido Nick:

No soy un hombre de palabra fácil ni estoy acostumbrado a tratar con niños. Soy trabajador, sin embargo, y se me dan bien los caballos.

Creo que lo que intento decirte es que soy un vaquero, sencilla y llanamente. Soy capaz de enfrentarme a una manada de toros de ojos rojos sin pestañear, pero los niños y las mujeres me dan un miedo terrible.

La primera vez que te vi, supe que pertenecías a este rancho. Debías tener sólo tres años por aquel entonces, pero ya lo demostrabas. En tus ojos, en tu forma de caminar, en el modo de comportarte.

Ser un vaquero significa mucho más que ponerse un sombrero y montar un toro. También significa más que participar en rodeos y en peleas. Es algo que concierne al alma.

Nicky, no quiero que crezcas en medio de una ciudad, en algún apartamento estrecho y juegues en parques de cemento. Eres un chico que necesita correr en un lugar donde no haya límites. Eres un chico que tiene que aprender a tirar el lazo sobre un caballo.

¿Cómo lo sé? Porque cuando te miro, veo a tu padre. Y también a mí mismo.

Por eso te enseñaré que un vaquero lleva dentro los cielos azules y los espacios abiertos, que necesita un buen caballo y ganado para manejarlo y también te enseñaré que necesita ser fuerte.

Y tú me descubrirás a mí lo más importante de todo: el amor.

Tú me enseñarás lo que es el amor. Tu tío: Turner.

# Capítulo 1

Fue un flechazo.

Hasta ese momento, cuando ya había cumplido los veinticuatro años, Shayla no había usado esa expresión jamás.

Hasta entonces no había visto nunca nada así. Montana: una tierra enorme e impactante. A muchas personas esas llanuras les habrían parecido desoladas, pero Shayla sentía que algo en ella se abría, como esa tierra.

Eran llanuras en constante movimiento: el viento jugaba sobre la hierba dorada, creando olas lentas y sensuales; el ganado en la distancia, apareciendo y desapareciendo de nuevo; los divertidos pinchos que había entre la hierba y que a veces se quedaban prendidos de las orejas de los ciervos.

Shayla bajó la ventanilla de su viejo Volkswagen y aspiró el aire, que olía a tierra y sol, y a algo que no pudo definir.

—Un flechazo —repitió en alto.

—¡Puff!

—¡Nicky! ¿Estás despierto?

La muchacha se volvió y miró hacia atrás. Su pequeña carga iba en el asiento trasero, bien atado en su silla.

—¿Los has visto? ¿Al ciervo y al antílope? Se parece a la canción —se dio cuenta de repente—. Ya sabes. Ven, ven... —tarareó.

Nick asintió solemnemente. Sus enormes ojos negros la observaron desde detrás de sus densas pestañas. Su carita de mejillas regordetas estaba enmarcada por mechones de pelo oscuro y rizado. Era un niño verdaderamente encantador, excepto cuando no estaba de acuerdo con algo, lo que era bastante frecuente.

—Yo, libre —dijo.

Libertad, pensó ella. Eso era. La tierra aquella le hacía pensar en libertad y frescura.

—De acuerdo —contestó, mirando por el espejo retrovisor—. Las tres. En seguida llegaremos a casa de tu tío. ¿Qué te parece?

—Yo, libre.

Ella se echó a reír.

—Yo también quiero libertad. De hecho, estoy corriendo la primera aventura de toda mi vida. ¡Yo, Shayla Morrison, una aventura...!

No era exactamente una aventura. Iba a devolver un favor a un amigo. Eso era todo. Pero ese paisaje estaba despertando dentro de ella algo desconocido.

Una parte, en su interior, tenía ganas de correr aventuras.

Apretó el acelerador un poco más. En Montana no había límite de velocidad. Nunca había ido tan rápido en su vida. La carretera era buena, recta, bien asfaltada y sin coches. ¿Por qué no volar?

—Yo, seis —anunció Nicky.



—No, tres.

—¡Seis!

—No importa si tienes tres cuando estás en el tren —cantó Shayla—, y no importa si tienes seis cuando estás en el...

—¡Amapola! —exclamó encantado Nicky.

Shayla rió también. Y disfrutó tanto de la risa como estaba disfrutando de aquel día soleado. Durante los dos años anteriores había estado trabajando para un programa de televisión infantil en Portland, Oregón. Ella se encargaba de hacer la música, aunque no cantaba. Así que Nicky reconocía inmediatamente cuando ella se convertía en «Amapola».

—Canta.

Y entonces ella entonó canciones sin sentido que celebraban el cielo grande, los halcones voladores y los animales de puntiagudos cuernos.

Shayla frunció el ceño. ¿Otra vez? ¿Pero cuánto duermen los niños? Nicky tenía las mejillas muy coloradas. No estaría enfermo, ¿verdad?

La muchacha sintió un pequeño estremecimiento. Se preocupaba demasiado. Preocuparse era su especialidad. Probablemente, sería sólo por el aburrimiento. Llevaba viajando dos días enteros.

Una semana antes, su vecina, Maria, una madre soltera que había conocido un año antes en la piscina, había dejado a Nicholas, Nicky, en su casa para hacer un recado, como hacía otras veces.

Pero aquella tarde la tímida y guapa Maria no había vuelto. Nicky se había quedado dormido en el sofá con el dedo en la boca y abrazado a su dinosaurio de peluche, Ralph. Eso no era típico de Maria, una persona de pocas palabras y muy pensativa, así que Shayla se dispuso a llamar a todos los hospitales.

Pero el teléfono sonó en ese momento y Shayla oyó las monedas caer antes de escuchar la voz de Maria.

—Shayla, no me gusta pedírtelo, pero, ¿podrías quedarte con Nick uno o dos días? Ha pasado algo.

—¿Estás bien? —quiso saber Shayla.

Pero sólo oyó la risa de Maria, a la que nunca había oído reír antes.

Por supuesto que no podía quedarse con Nicky. No era el típico niño que se pusiera a jugar tranquilo en el suelo con sus juguetes mientras ella tocaba el piano.

—¡Por favor! ¿Puedes hacerlo por mí? —fue lo siguiente que escuchó.

Algo en la voz de Maria, un tono especialmente alegre, la hizo decir que sí. Shayla siempre había pensado que Maria era demasiado joven para estar siempre tan cansada y preocupada.

¿Qué eran uno o dos días? Tendría que pensar la manera de poder trabajar con Nicky allí. Quizá podría probar las canciones con él. Sería un concepto nuevo: probar las canciones infantiles con un niño antes de darlas por terminadas.

¿Qué eran unos días si eso ayudaba a borrar la carga que Maria llevaba sobre sus

hombros?

Pasaron aquellos dos días y Maria volvió a llamar. No podía volver todavía. Algo pasaba. Una emergencia. No estaba segura de cuándo podría volver, podrían ser incluso semanas.

—¿Podrías llevar al niño a casa de su tío, a Montana? —su voz sonó aún más alegre que la otra vez.

—No puedo ir a Montana, Maria. ¿Cuándo vas a volver? ¿Qué es eso de que quizá no regreses en varias semanas?

Shayla sabía que no podía quedarse con Nicky tanto tiempo. Era un pequeño dictador y la tenía todo el tiempo a su merced. ¡No le extrañaba que Maria estuviera tan cansada!

—Nicky, comer. Ahora.

—Nicky, a la piscina. Ahora.

—Nicky, no dormir. Nicky, nadar. Ahora.

—Nicky, no comer verde. Nicky comer rojo. Ahora.

—Nicky, jugar. Ahora.

Shayla estaba empezando a oír en sueños la palabra «ahora».

Si tenía que elegir entre quedarse semanas con él o llevarlo a Montana, lo llevaría a Montana.

Había escrito cuidadosamente la dirección que Maria le había dicho y había telefonado al trabajo para decirles que iba a retrasarse un poco. Era la primera vez en dos años que no entregaba algo a tiempo, pero estaba escribiendo las canciones del episodio dedicado a Halloween, así que tenía casi un mes por delante.

Tan pronto como empezó a hacer el equipaje, se dio cuenta de que estaba feliz.

—Creo que tenía ganas de marcharme —murmuró para sí, apretando el acelerador un poco más.

Iba a setenta y dos millas por hora. ¿Se quería marchar?, ¿de dónde?

Quizá necesitara unas vacaciones. Lo cierto era que después de estar escribiendo durante dos años la música de Amapola, su carrera no era muy emocionante. Había mañanas en las que se despertaba y le horrorizaba tener que escribir una canción sobre el buen tiempo, sobre los sentimientos o cualquier otro tipo de canción que fuera a ser cantada por adultos vestidos de muñecos o animales... y payasos.

Eso le hizo recordar a Barry Baxter, que hacía el papel del payaso Bo-bo en el programa.

—¿Que vas dónde? —le había gritado—. ¿A Montana? ¿Con ese niño?

A ella le había molestado el tono de voz de él. Había hablado como si Nicky fuera un monstruo de dos cabezas en vez de un niño. Era un pequeño tirano, eso sí, pero también era un niño a fin de cuentas.

—No te gustan los niños, ¿verdad?

—No es que no me gusten. Estoy rodeado de niños todo el tiempo. En el programa, los niños que vienen al programa... Yo trabajo con un traje de payaso y



cuando me lo quito, ¡caramba!, quiero ser un adulto. No quiero niños a mi alrededor y menos a ése.

—Pues vas a ver a ése durante semanas si no lo llevo a Montana.

—¿Pero no hay una ley o algo? Ella no puede dejarte el niño y esperar que tú te encargues de él.

—¿Estás sugiriendo que llame a la policía y les hable de la pobre Maria?

—Ha abandonado a su hijo.

—No lo ha abandonado.

Shayla dio un suspiro y siguió concentrada en la carretera. Ese era el verdadero motivo por el que necesitaba marcharse. Tenía que pensar en su relación con Barry.

Su madre pensaba que debía casarse con él y Barry pensaba lo mismo.

Era lo que su madre llamaba un buen partido. A pesar de ser actor, tenía un trabajo estable y era un hombre responsable. También era bastante guapo.

—Pero si nunca vas a conocer a ningún otro... —solía lamentarse su madre—. Vives como una reclusa, siempre en casa tocando el piano. Y es un buen chico. ¿Qué ves de malo en él?

—No veo nada malo, pero, ¿es ésa razón suficiente como para casarse? —contestaba ella desesperada—. ¿Sólo porque no tenga nada de malo?

—Shayla, escucha a tu madre. Tienes que casarte con un hombre de buen corazón y que sea trabajador. Olvídate de todo ese romanticismo adolescente. Olvídate de que tu corazón palpite y de cohetes y fuegos artificiales. En el romanticismo, no encontrarás nada más que dolor y sufrimiento. Hazme caso.

La madre y el padre de Shayla se habían divorciado varios años antes.

Cuando Shayla había llamado a su madre para contarle lo del viaje a Montana, volvieron a hablar de matrimonio.

—No le gustan los niños, mamá.

—Hay cosas peores.

—A mí sí que me gustan los niños.

—Te ama, Shayla. ¿Qué más quieres?

«Amarlo yo a él», pensó.

Le gustaba Barry, sí, y su madre llevaba razón: había vivido como una reclusa hasta que había aparecido él.

Así que, al menos, había encontrado un compañero encantador para ir al cine o a cenar alguna vez. Y compartían una vena artística que los hacía compatibles.

Pero de ahí a casarse con él...

Ni siquiera le gustaba su modo de besarla. ¿Por qué no podían seguir las cosas como estaban? ¿Por qué tenían que cambiar? ¿Por qué no podían seguir disfrutando de ir al cine y a cenar juntos?

Pero si de verdad quería que las cosas siguieran igual, ¿cómo se explicaba esa insatisfacción que sentía en muchas facetas de su vida? Se suponía que le debería gustar escribir canciones para Amapola y que se debería sentir contenta por poder

trabajar en algo que estaba relacionado con sus estudios. Con excepción de Lillian Morehouse, que tocaba con la orquesta filarmónica, el noventa por ciento de sus compañeros no trabajaban como músicos. El trabajo de Mile Webster, en una tienda de discos, no contaba.

Era Montana lo que estaba provocando en ella esa clase de sentimientos. Estaba despertando dentro de ella su espíritu inquieto, una zona escondida, salvaje y aventurera que desconocía poseer.

Su madre y Barry habían visto cómo cargaba el coche para el viaje.

—No puedo creer que estés haciendo algo tan absurdo —había dicho Barry.

Su madre había asentido vigorosamente.

Bueno, también a ella le resultaba difícil creérselo, pero ya que lo estaba haciendo, ¡le parecía estupendo! Quizá tenía dentro de sí una parte absurda que había estado escondida hasta ese momento, pero lista para salir.

Shayla disminuyó la velocidad al aproximarse a una intersección. Ya había dejado atrás la pequeña ciudad de Winnet y la de Sand Spring, aún más pequeña.

En ese momento, vio que los carteles de los que le había hablado Maria estaban en la carretera. Esos carteles indicaban el nombre de la familia que vivía en las casas al lado de la autopista y de las millas que faltaban para llegar a ellas.

Shayla miró las placas rápidamente. Allí estaba: MacLeod. Treinta y siete millas más. Al parecer, el vecino más próximo estaba a siete millas.

La inmensidad de Montana la sorprendió de nuevo. Miró a la lejanía de nuevo, sin ver nada a su alrededor. Allí se sentía libre.

Nicky seguía durmiendo. Shayla abrió cuidadosamente la puerta trasera y le quitó la mantita cosida a mano por su madre. El calor que desprendía el niño comenzó a preocuparla.

Era un día cálido, sin embargo. Uno de esos días de septiembre que todavía parecen de verano.

Antes de ponerse de nuevo al volante, bajó la ventanilla de Nick para que le entrara la brisa. Luego, metió una marcha y siguió por la autopista, con la sensación de que tenía la vida entera por delante.

Cuando cubrió las treinta y siete millas, encontró una verja grande de madera a la izquierda de la carretera. En la parte superior había un letrero, también de madera, con el nombre grabado: *MacLeod*. En esa parte del país donde había tan pocos árboles, debía haber sido toda una proeza conseguir esa verja de madera.

Shayla atravesó la entrada y encontró otra carretera, más estrecha ya, que giraba y se internaba en aquel paisaje de lomas suaves. Tuvo que recorrer cinco millas más para poder ver la casa.

Detuvo el coche y miró a Nicky. Seguía durmiendo ruidosamente y sus mejillas, afortunadamente, estaban más frías.

Shayla miró de nuevo al edificio que tenía delante. No era muy bonito. Una casa cuadrada, un granero que parecía más nuevo y elegante que la casa, y unos cuantos

edificios anexos.

Una nube de polvo la hizo dirigir la mirada hacia el corral.

—¡Dios mío! —exclamó, protegiéndose los ojos del sol.

En el centro del corral había un hombre totalmente inmóvil, alrededor del cuál galopaba un caballo, dando coces y relinchando.

Incluso desde la distancia, pudo ver que parecía el típico vaquero. Alto y delgado, con unos pantalones cubiertos de polvo y una camisa vieja de algodón. Un sombrero de ala ancha lo protegía del sol. A Shayla le gustó que pareciese tan tranquilo y relajado. Daba la impresión de irradiar energía.

Y entonces, él se quitó el sombrero y se pasó la manga de la camisa por la frente sudorosa.

A pesar de la distancia, Shayla vio que sus rasgos eran agradables.

—Un flechazo —repitió.

La muchacha se sonrojó, sorprendida de su propia estupidez.

El hombre era un completo desconocido y, aunque tenía un aspecto romántico, era evidente que Montana estaba provocando un extraño efecto en su percepción.

Si tuviera un poco de sentido común, se daría media vuelta y se marcharía por donde había llegado.

Pero también era cierto que si hubiera tenido sentido común, como su madre y Barry le habían dicho, ni siquiera estaría allí.

Se había comprometido a llevar a Nicky con su tío e iba a hacerlo.

Arrancó el coche y se dirigió hacia los edificios.

El polvo provocado por el coche debió avisar al hombre, porque cuando llegó frente a la casa, él ya estaba en el jardín, sentado sobre el borde de un barril de agua. Había dejado el sombrero sobre el suelo y su pelo espeso tenía el color del chocolate líquido. El hombre dio un trago de agua, mirándola por encima del borde del cazo.

Cuando ella se detuvo, él la saludó, colgó el cazo en un clavo que había en la pared y se volvió a poner el sombrero. Finalmente, fue hacia el coche.

Por un momento, se quedó paralizada. El vaquero caminó hacia ella con una agilidad cien por cien masculina.

Eso no quería decir que Barry no fuera viril, pero el porcentaje era diferente.

El vaquero le sonrió y la sonrisa mostró sus dientes perfectos y unas arrugas se formaron alrededor de sus ojos. Los ojos eran de un color que ella nunca había visto hasta la noche anterior, cuando antes de que el sol se pusiera, el cielo se había vuelto de un color azul oscuro precioso. De color índigo.

Y le estaba sonriendo a ella, hipnotizándola con sus ojos increíbles de color índigo.

Ella salió del coche torpemente.

—Señorita —dijo él, tocándose el ala del sombrero.

Ella intentó apartar la vista de sus ojos para romper el hechizo, pero no pudo. Ese hombre era increíble. Shayla, de repente, se dio cuenta del aspecto que debía tener

tras dos días de viaje y deseó haberse peinado y pintado los labios antes de llegar. Y también debía haberse maquillado y haberse dado sombra de ojos y haberse teñido el pelo...

Jane Shayla Morrison estaba delante del hombre más espectacular que había visto jamás.

—¿Se ha perdido? —preguntó, mirando al coche y deteniéndose un segundo en el pequeño bulto que dormía en el asiento trasero.

Estaba perdida, era cierto, y sería mejor que se recuperara antes de sumergirse aún más en la profundidad de aquellos ojos maravillosos.

—Le he traído a su sobrino.

Nada más decirlo, se dio cuenta de que algo andaba mal. Él debería de haber estado esperándola.

—Su madre me dijo que usted me estaría esperando —la voz de ella tembló.

Había ido demasiado lejos. ¿Cómo era posible que le estuviera sucediendo algo así? De repente, se sintió cansada y confusa.

Su madre y Barry llevaban razón. Todo aquello era absurdo y no sabía qué podía hacer para arreglarlo.

—Debe haberse equivocado, señorita. Es muy fácil en esta parte del país. Yo no tengo ningún sobrino. Sólo tengo una sobrina.

La voz de él era tranquila, profunda y maravillosa. ¿Cómo sería capaz de decir «señorita» y hacerla sentir como si fuera algo deliciosamente indecente? ¿Cómo era capaz de decir algo que la hiciera sentir deliciosamente indecente y al mismo tiempo segura?

—Supongo que lleva razón. Debo haber encontrado al señor MacLeod equivocado. ¿Hay otro por aquí cerca? —la muchacha se sonrojó al ver que él la escuchaba divertido.

—Hay un montón de MacLeod en este estado. ¿A cuál de ellos busca?

—A Turner —contestó ella, tratando de soltarse el cinturón de seguridad—. Busco a Turner MacLeod.

Cuando Shayla volvió a mirarlo, el hombre tenía la boca abierta. Su mandíbula era fuerte y muy oscura.

—Bueno, ése soy yo, señorita, pero no...

Shayla sacó a Nicky en ese momento, que corrió hacia el hombre que los miraba a los dos con fascinación y temor.

Nicky agarró los vaqueros de Turner MacLeod. Luego, se tiró encima de las botas del hombre.

Shayla cerró los ojos. Miles de millas de terreno abierto y Nicky había elegido las botas del hombre para tumbarse. Barry se habría puesto furioso con él.

—Lo siento.

Nicky chillaba, agarrando la pierna del hombre.

El hombre se inclinó, tomó al niño por los hombros y lo miró fijamente a la cara. Luego, le tocó la frente con el dorso de la mano.

—Será mejor que entremos. Tiene un poco de fiebre —dijo Turner, poniéndose al niño sobre un hombro.

Shayla sintió un nudo en el estómago y se quedó mirando a ambos. El color de piel de Nicholas era diferente del de Turner, más oscuro y exótico, pero los rasgos eran idénticos.

De repente, tuvo la sensación de que Maria no enviaba el niño a su tío, si no a su verdadero padre.

Sólo que él no lo sabía.

Así que había tenido un flechazo con un completo sinvergüenza.

En ese momento, se imaginó perfectamente a su madre sonriendo con satisfacción. «No confíes en tus hormonas o en el corazón para tomar decisiones importantes, Shayla. Te lo dice tu madre. Usa la cabeza. Eso es lo mejor que Dios te ha dado».

Pues su cabeza le estaba diciendo que se marchara, y pronto. Pero sus pies estaban siguiendo a aquel hombre hacia el porche. No podía dejar a Nicky con un completo desconocido, aunque fuera su padre.

—Será mejor que lo lleve al hospital —dijo ella nerviosa.

—Señorita, el hospital más cercano está muy lejos de aquí.

Lo dijo relajadamente, con paciencia casi, pero ella notó un tono duro en su voz. Se sintió, en ese momento, como una forastera, como una mujer urbana que no era capaz de adaptarse a la realidad en una zona tan aislada.

El hombre se quitó las botas en el porche antes de entrar. Luego, abrió la puerta y la sostuvo con un pie, haciendo un gesto para que ella entrara.

—Ni siquiera lo conozco —dijo ella, insegura.

El hombre la miró con incredulidad.

—Debería haber pensado eso doscientas millas antes.

—¿Cómo sabe de dónde vengo? —quiso saber.

Por un momento, sintió miedo. ¡Dios! Había viajado cientos de millas para caer en manos del único asesino de Montana.

—La matrícula es de Oregón, señorita. Ha tenido tiempo de sobra para pensar en lo que hacía.

—¡Pero es que entonces creía que usted conocía a Nicky!

—Nicky —repitió el vaquero, que volvió a mirar atentamente el rostro del niño.

Éste estaba chillando, pero sin llorar. Shayla sabía que el niño era muy fuerte, casi nunca lloraba.

Un brillo especial se encendió en los ojos de Turner MacLeod al mirar al niño. Un brillo, seguido por una mirada de sorpresa y de ternura que hizo olvidar a Shayla todos sus miedos sobre la posibilidad de que él fuera un asesino.

—Humm —dijo, mirándola con ojos brillantes—. ¿Quién es la madre?

¿Con cuántas mujeres se habría acostado ese hombre?

—Maria Gerrardi —contestó ella.

«Una chica católica, cuya vida ha quedado destrozada por tu culpa», deseó añadir Shayla.

Los rasgos del hombre se tensaron inmediatamente. Miró de nuevo a Nicky, dio un suspiro y desapareció dentro de la casa oscura.

## Capítulo 2

«Está en el porche, pensando si es peligroso entrar o no», pensó él.

Seguramente, esa mujer viviría en una gran ciudad y tendría que usar caja fuerte. También tendría que dar media docena de vueltas a la llave de la puerta y sentiría inclinación hacia las noticias de asesinatos.

Seguro que pensaba que él tendría escondida un hacha en alguna parte.

—Quédate aquí —le dijo al niño, poniéndole en una silla.

El pequeño continuó dando chillidos y mirando con ojos asombrados al hombre. Turner se dio cuenta de que los tenía grandes y de un negro oscuro, como los de su hermano Nicholas. Hasta se llamaban igual, Nick. Así que se estaba empezando a preguntar si no sería efectivamente ese niño su sobrino. Llevaba sin ver a su hermano casi cuatro años, pero justo dos días antes la parabólica había decidido funcionar y Turner había estado viendo un canal de noticias.

Y en un momento, salió su hermano en la tele, vestido con un uniforme de guarda forestal, hablando acerca de los osos y de dejarlos vivir en libertad. La noticia llegaba desde una lejana montaña donde el gobierno pretendía hacer un estudio profundo sobre sus costumbres.

La periodista, una rubia pequeña con una falda diminuta, hizo la pregunta típica.

—¿No echa de menos la compañía de algún ser humano?

Si Turner no se equivocaba, la pregunta llevaba implícita una invitación a su guapo hermano.

—Sólo la de una mujer —había dicho Nick, ignorando la provocación—. Y la perdí hace mucho tiempo. He aprendido algo en esa montaña: si quieres algo con toda tu alma, no hagas caso de lo que otras personas te digan, no los escuches si te dicen que es una locura. Hazlo y ya está.

Por supuesto, él había sido el canalla que le había aconsejado a su hermano que dejara a Maria Gerrardi. Aunque, considerando la personita que tenía delante, no se lo había dicho suficientes veces.

Aquella entrevista había abierto viejas heridas en su interior. Le había hecho desear haber actuado de diferente manera, le había hecho desear poder retroceder en el tiempo e intentarlo de nuevo. Le había hecho desear haber tenido más paciencia y sabiduría, la paciencia y sabiduría que el doloroso distanciamiento de su hermano le había dado.

Turner tenía diecisiete años cuando, de pronto, se había visto inmerso en el mundo de los adultos. Sus padres habían muerto en un accidente en su avioneta privada, haciendo que él, como hermano mayor, se las tuviera que arreglar con el enorme rancho y sus dos hermanos pequeños.

Había sido muy duro y había estado tan ocupado tratando de hacerlo todo, y cuidando de sus hermanos Nick y Abby, que no se había dado cuenta de que la comunicación entre ellos se había ido deteriorando.



Y aunque lo hubiera notado, tampoco habría sabido cómo evitarlo. Tenía sólo diecisiete años. ¿Y qué sabe un chico de diecisiete años sobre comunicación?

Él sabía hacerse cargo de las cosas, controlar que fueran bien, dar órdenes. En eso era bueno; demasiado bueno.

Cuando Nick se marchó, se lo dijo enfadado.

—Aquí nadie puede ni respirar si no lo mandas tú.

Las palabras todavía le quemaban en su interior.

Y el hijo de su hermano estaba allí, delante de él, en esos momentos. ¿Significaba eso que iba a tener una segunda oportunidad? Él siempre lo había hecho todo por amor. Sólo había querido lo mejor para ellos.

Abby lo sabía, pero Nick había decidido que los osos eran mejores que un hermano demasiado protector, y Turner no sabía por qué era así.

Quizá por Maria, pensó dando un suspiro.

Por aquel entonces, Nick acababa de terminar la universidad y tenía su propia vida, pero Turner no lo veía del mismo modo. Y cuando Nick había demostrado que no quería escuchar sus consejos, Turner había decidido ir él mismo a hablar con Maria. Ella sí lo había escuchado y se había marchado al día siguiente. A partir de entonces, en los ojos de Nick se había instalado una mirada negra que jamás se había vuelto a marchar. Después de un mes de apenas hablar con Turner, había aceptado un trabajo en el parque de una montaña lejana y salvaje.

Turner había pensado que no aguantaría ni un mes, pero se había equivocado. Y no le gustó nada que su hermano fuera igual de testarudo que él.

¿Por qué habría enviado Maria allí al niño?

Se sintió mal, casi enfermo, al recordar cómo lloró ella la última noche, cuatro años antes. Le había dicho que lo entendía, que sabía que no era suficiente para su hermano... que siempre lo había sabido. En aquel momento, Turner estaba seguro de estar haciendo lo mejor.

Pero habían pasado cuatro años sin tener más noticias de su hermano que una felicitación por navidad. Había pagado un precio demasiado alto por cumplir con lo que creía que era su obligación. Y en ese momento, el dolor se hizo aún mayor al ver que un niño se había criado sin su padre porque él había estado seguro de cumplir con su deber.

Iba a pasar algo importante. Lo olía en el aire, igual que se podía oler una tormenta acercarse.

El pequeño Nicky dejó de chillar. Eso debió de convencer a Shayla de que estaba a salvo o quizá le hiciera pensar que tenía que socorrerlo, porque la puerta se abrió y ella entró en la casa.

Se quedó inmóvil, con la luz de la entrada iluminando su silueta. Era delgada y esbelta, y a pesar de los vaqueros y la camiseta, le recordaba a una bailarina del ballet al que Celia lo había llevado en una ocasión. Se había dormido durante casi toda la representación, pero a esa bailarina no la había olvidado jamás. La recordaba frágil y

delicada, pero con una energía enorme.

—Hay aspirinas encima de la cocina. ¿Puede traerme una?

—Leí en alguna parte que no deben darse aspirinas a los niños porque...

—Escuche, la farmacia más cercana está bastante lejos, ¿de acuerdo? Está casi tan lejos como el hospital, así que tenemos que solucionarlo nosotros mismos.

El se dirigió al frigorífico y sacó un envase de zumo de manzana. Luego, cerró la puerta antes de que ella pudiera ver un plato de algo verde azulado que él debió pensar en recalentar alguna vez.

De repente, se preguntó por qué le importaría que ella viera el contenido de su nevera.

—Oh, esto no es una aspirina, es paracetamol, así que está bien.

—¿Puede traerlo aquí, sea lo que sea?

Desde luego, no había nada llamativo en su visitante inesperada. No llevaba ningún peinado especial, como con esa laca que hace que el pelo no se mueva aunque soplase el viento, que, por cierto, allí soplaba bastante. El sol brillaba en su cabello en ese momento. Fuera, le había parecido de color castaño claro, pero, dentro de la casa, se parecía a la miel y bajaba por su cuello hasta terminar antes de llegar a los hombros.

Pero una persona que llamara a la aspirina paracetamol seguramente habría ido más de una vez al ballet y, desde luego, no se habría quedado dormida igual que él.

Si estuviera buscando esposa, que no era el caso, elegiría una que llevara botas, no una con zapato fino y uñas pintadas.

El vaquero la miró de arriba abajo rápidamente. Sandalias, uñas pintadas de rosa, tobillos bonitos... Y seguro que llevaba lencería de seda y encaje bajo los vaqueros y la camiseta.

¿Por qué demonios pensaba en eso? ¿Y por qué la imagen que le llegó le secó la boca como si estuviera invadido por una tormenta de arena?

Quizá fuera el modo en que aquellos vaqueros se ceñían al sitio adecuado cuando se había inclinado para entrar en el coche, o luego, cuando se había puesto de puntillas para alcanzar al armario que había sobre la nevera.

—¿Qué pasa? —gruñó Turner.

—¡Es más difícil de lo que usted cree!

Entonces Turner se dirigió también a la cocina y fue consciente por primera vez de lo que significaba la palabra austeridad. El linóleo estaba viejo y gastado, la mesa estaba hecha a partir de una litera vieja, y sólo había dos sillas, diferentes la una de la otra, pero lo cierto era que él no esperaba ninguna visita especial. Por lo menos, estaba limpio. Se había acostumbrado a mantener la casa ordenada y prefería limpiar los platos nada más comer para que no se le acumularan.

Al ponerse detrás de Shayla, notó que la cabeza de ella le llegaba a su mentón y que su pelo olía muy bien. A jabón y champú y a algo dulce y seductor que era puramente femenino.

La muchacha estaba tratando de trocear la aspirina con un cucharón de sopa. Él tomó dos cucharas del cajón y puso la aspirina entre ambas, apretó e inmediatamente quedó convertida en polvo.

—¿Así es como se trocea el paracetamol? —dijo el hombre, poniendo el polvo en una cuchara pequeña. Luego, se acercó al niño y se la dio, pero él la escupió.

—Hombrecito, desde luego, sabes cómo impresionar. Trocéame otra de éstas, por favor.

Turner se levantó y tomó unas toallitas, que puso debajo del grifo del agua caliente.

—Agua caliente. Hace seis meses que tengo —dijo, sin expresión en el rostro.

Ella lo miró de reojo y él se fijó en sus pestañas espesas y rizadas. No parecía que llevara rimel en ellas ni ninguna otra cosa. Tampoco llevaba los labios de color rojo brillante ni sombra verde sobre los ojos.

Turner no cambió de opinión. No era especialmente bonita, pero tenía algo natural y espontáneo que seguramente les gustaría a los hombres. De repente, se dio cuenta de que lo único que normalmente tenía a la vista eran caballos.

Shayla estaba tratando de aplastar otra aspirina. No había suficiente músculo en aquellos brazos para escurrir una bayeta de la cocina. Si estuviera buscando esposa, que no era el caso, elegiría una que pudiera levantar un saco o dos.

Esa muchacha no era Celia, pensó de repente, y no era justo tratarla como si lo fuera ni pensar que todas las mujeres que vivían en la ciudad fueran iguales. Quizá ni siquiera había nacido en una ciudad.

—¿De qué parte de Oregón es usted?

—De Portland.

Era mejor mantener la guardia. Celia, nacida y criada en Baltimore, tenía unas ideas muy románticas sobre el campo y sobre los vaqueros. Todas ellas equivocadas. Había pensado que Turner era muy fuerte porque lo había visto montar durante ocho segundos a un toro furioso.

Siempre que se pusiera su sombrero vaquero para llevarla a cenar o al ballet estaba a salvo. Lo malo fue cuando cometió el error de pedirle que fuera a su casa. La desilusión y el desagrado de la chica habían sido inmediatos. La expresión que había puesto al ver aquella cocina habría sido suficiente para agriar la leche.

Aquel día su mejor potro había tenido un mal parto, y él había tenido que llevar al potrillo a la casa para darle leche con un biberón al lado de la estufa.

Pero lo peor había sido cuando ni siquiera había encontrado una vela para iluminar la cena especial que ella le había preparado. Él se había ofrecido a llevarla a cenar a casa de su hermana. Era un viaje de una hora y cinco minutos, pero ya la magia se había perdido. Ella había dicho que no importaba, pero él, poco después, se arrepintió de no haber insistido más.

Turner sabía que la marcha de la mujer había sido definitiva. Habían estado viviendo en una burbuja y el choque con la realidad había sido inevitable. Después de

aquello, él ya no pensaba en las mujeres de un modo romántico.

Se había preguntado tantas veces si sería tan importante tener velas, que cuando volvió a ir a la ciudad, compró dos de color rojo y tres cintas de vídeo. Para la próxima vez.

Pero hasta entonces no había habido próxima vez. Las velas estaban todavía sin abrir, igual que las cintas de vídeo.

Quizá su visitante inesperada las apreciara, aunque eran de hacía tres años, así que lo dudaba.

Tampoco había estado en un rodeo desde entonces. Se estaría haciendo viejo, suponía. Con treinta años, no le resultaba tan atractiva la idea de subirse encima de un toro salvaje.

A él le gustaba trabajar con caballos y se le daba bien, lo sabía. Tenía más trabajo del que podía abarcar. Entre las tarifas que cobraba como domador de caballos, los potros que vendía y la parte de los beneficios del rancho, ganaba un buen sueldo. En realidad, solía disponer de bastante dinero, si era capaz de refrenar su impulso de comprar otro caballo más.

Turner había pagado siete mil dólares por Appaloosa. Su hermana había dado un suspiro y había tenido el sentido común de no decir nada.

Los caballos lo hacían feliz. No conocía ninguna cosa que pudiera causarle el mismo efecto. Le agradaba vivir bien, claro. Echaba de menos a su hermano y, de vez en cuando, añoraba la compañía de una mujer bonita, especialmente en esa época del año. La promesa del invierno ya flotaba en las noches, y la idea de que llegaban los días cortos y las noches largas le llenaba de una nostalgia que no podía evitar.

Había deseado con toda su alma que su relación con Celia funcionara, pero no había sido así y el esfuerzo por conseguirlo había matado algo en su interior. El dolor que el amor de una mujer podía causar no era menos intenso que el de la caída desde el lomo de un toro. Y ya estaba demasiado viejo para ambos.

No había ninguna mujer dispuesta y libre en muchas millas a la redonda. Conocía a todas las niñas que hacía tiempo se habían convertido en mujeres, y sabía que hacía tiempo que o se habían ido fuera o se habían casado. Pero él era demasiado orgulloso y testarudo y estaba demasiado ocupado como para hacer nuevos intentos de relacionarse en uno de esos clubes para corazones solitarios.

Pero esa mujer había ido a él.

Turner miró de reojo la mano de Shayla. No tenía anillo. De repente, sintió que le faltaba algo en su vida desde que había dejado de participar en los rodeos.

Le faltaba la sensación de aventura, de espontaneidad, de no saber exactamente qué iba a pasar al momento siguiente.

«Oye, MacLeod, no te pongas tonto», se dijo, al tiempo que se fijaba en las pecas que Shayla tenía sobre la nariz.

Finalmente, la muchacha consiguió triturar el paracetamol.

—Esta vez inténtelo usted. Después le quitaremos la ropa y le pasaremos una

esponja húmeda por el cuerpo. Le hará bien.

Ella tomó el vaso de zumo y se sentó frente al pequeño, que la miraba con un gesto taciturno que a Turner le recordó a su hermano.

—Cariño, abre la boca —canturreó ella con una voz tan clara y limpia, que Turner se sobresaltó—. Deja que esta bolita mágica se meta dentro y busque todos los gérmenes que se escond...

El niño abrió la boca como un pájaro recién nacido y tragó la medicina con satisfacción.

—¿Se lo acaba de inventar? —quiso saber él.

—Oh. Es una tontería, pero funciona.

Los ojos de Shayla se elevaron ligeramente en los bordes al reír y él se fijó en que eran de un bonito color. Eran de color avellana.

—Canta otra vez, Amapola.

—No —protestó ella incómoda y con un rubor en las mejillas.

Turner pensó que a pesar del color rojo de sus mejillas, no le pegaba el nombre de amapola, que eran, si no se equivocaba, flores brillantes de color rojo o naranja.

Ella era más bien pequeña y con ojos marrones.

—Venga. A mí me ha gustado —animó el vaquero.

Era como oír cantar a un ángel.

Pero ella no tenía ganas de cantar de nuevo. En lugar de eso, quitó la camisa al niño y comenzó a pasarle por el cuerpo las toallitas húmedas que Turner había preparado.

—Vamos a llevarlo a otro cuarto, aquí hace frío —sugirió.

Cuando ella fue a tomarlo en brazos, él se lo quitó.

—No pesa tanto —protestó ella.

Él se encogió de hombros. De acuerdo, tenía que acostumbrarse a ese mundo nuevo en el que las mujeres hacían las mismas cosas que los hombres. No importaba que él acabara de darse cuenta de la habilidad de ella para tratar al niño. Sospechaba que algo así había sido lo que había hecho que Nick se marchara: Turner exigía lo mejor de las personas, pero nunca les daba oportunidad de demostrárselo a él. En ese momento, sin embargo, no se le ocurrió otra posibilidad que devolverle al niño.

Atravesaron un estrecho pasillo. Turner consiguió cerrar la puerta de su cuarto con el pie, al pasar, para que ella no viera las camisas y calcetines sucios de la última semana que se agolpaban en el suelo.

La habitación de invitados era tan sencilla como el resto de la pequeña casa. Ni siquiera tenía cortina.

—Amapola, canta —repitió el pequeño tirano mientras ella ponía unas sábanas, relativamente limpias, sobre la cama.

Al terminar, Shayla miró a Turner y luego a un rincón. Había un par de botas sucias que él se apresuró a recoger. Decidió que necesitaban una limpieza.

Mientras las estaba limpiando con la manguera del jardín, oyó la voz de ella

saliendo por la ventana.

—Oh, pequeño amor, cierra tus ojos.  
Piensa en el sol y en extensos cielos azules.  
En ciervos jugando y en la hierba mojada.  
En los coyotes aullando a la luna...

Después de unos minutos la canción cesó. Turner se dio cuenta de que se había quedado allí, inmóvil, sin prestarle ninguna atención a sus botas.

Ella salió momentos después por la puerta trasera.

—Se ha quedado dormido.

—¿Cómo lo hace? La música y la letra encajan perfectamente.

—No lo sé, me sale sólo. Siento lo de las botas.

—Han estado peores.

—¿Cómo pueden estar peores?

El decidió ser un caballero y no describirle con todo detalle el nacimiento de una vaca.

—¿Podemos llamar a un médico? Quizá baste con relatarle por teléfono los síntomas de Nicky.

—Vamos a esperar un poco. No creo que sea nada grave. Ha podido ser el calor o quizá el viaje en el coche. Imagino que la fiebre le bajará pronto.

—Veo que se le da bien solucionar problemas.

—Esto está bastante lejos de ser un problema. Y de todas maneras, cuando vives en un sitio como éste, no tienes otra opción.

Shayla se abrazó a sí misma y perdió la mirada en la lejanía.

—Creo que esto está en medio de todo.

—Hasta que a uno le apetece comer pizza a las dos de la mañana.

—La pizza es muy fácil de hacer.

—¿Sí?

—Claro que sí. Un poco de masa de harina y salsa de tomate, se le añade mortadela y pimientos verdes frescos y ya está.

—Pimientos verdes frescos. De eso no tenemos.

—Puedo pasarme sin ellos —contestó ella sin pensar—. Pero también podría poner un huerto aquí, ¿no le parece?

Turner observó con culpabilidad las flores marchitas que había en una caja debajo de la ventana del dormitorio.

—¿Las plantó usted?

—No —contestó casi bruscamente.

¿Tenía él aspecto de dedicarse a plantar pensamientos?

El rostro de Shayla se puso tenso y Turner imaginó perfectamente la historia que ella se estaba inventando: él había tenido una pequeña aventura con una mujer que

pensó quedarse a vivir allí y que había plantado las flores, él se había hartado de ella y ni siquiera se había molestado en regarlas.

La verdad era que su hermana había plantado las flores en una de esas temporadas en las que hacía intentos de mejorar el lugar. Él las había regado metódicamente una semana más o menos, pero entonces había conseguido un contrato para adiestrar a seis caballos, además de comprar aquella yegua con manchas de leopardo que era tan agresiva.

Turner decidió no contar a su invitada todo aquello, a pesar de que quizá habría redimido su alma ante los ojos de ella. Pero si era tan estúpida como para pensar que era el clásico play boy, que lo siguiera pensando. Así no se haría falsas ilusiones.

El niño iba a estar allí uno o dos días y ella no iba a marcharse sin él.

—¿Se llama Amapola?

Quizá eso explicara lo mal que parecía haberse tomado que las flores se hubieran echado a perder.

Ella pareció desconcertada.

—¿Se llama usted así?

—¡No! Shayla. Shayla Morrison.

Turner pensó que hubiera preferido que se llamara Amapola, aunque no le pegara. Shayla era un nombre exótico, y por alguna ridícula razón le hizo recordar de nuevo su ropa interior.

—Señorita Morrison...

—Shayla, por favor.

—Shayla, tengo algunas cosas que hacer, así que dejaré que te acomodes tú misma. Puedes ducharte o darte un baño. Luego, abriré el sofá cama.

—¡No puedo quedarme aquí!

—Lo que sí que no puedes es marcharte de aquí. Ese niño no va a ir a ningún lado, así que tú tampoco.

—¿Ni al motel más cercano?

—¿No adivinas a qué distancia está?

—¿Cerca de la farmacia y del hospital?

—Justo en la esquina.

—Entonces, creo que llevas razón.

—Es una costumbre desagradable que tengo.

Shayla esbozó una sonrisa. Fue una sonrisa que mostró sus pequeños dientes al mismo tiempo que una luz aparecía en sus ojos, haciendo darse cuenta a Turner de que se había equivocado en una cosa. Porque ella era muy guapa cuando sonreía.

—No sé qué voy a hacer... —comenzó, ya sin la sonrisa en los labios.

—Creo que vas a quedarte uno o dos días. Veré si puedo encontrar a Maria para que nos diga qué es lo que pasa.

—¿Encontrarla? Pero...

—Antes tenía familia por aquí.



Familia, recordó que vivía en una pequeña choza con un coche desvencijado o dos en el jardín. En parte, por eso había decidido que no era conveniente para su hermano.

«Eres un verdadero canalla, MacLeod».

—Estoy segura de que está pensando llamarte. No puedo quedarme por la noche, pero...

—No puedes irte de aquí. Tienes que quedarte o llevarte al niño donde vayas. Además, creo que se asustaría si lo dejaras con un completo desconocido.

A Turner le extrañó la preocupación que estaba empezando a sentir por el niño.

—Creo que llevas razón —dijo ella, tan sorprendida por su sensibilidad como él mismo.

—¿Tienes prisa porque tienes que trabajar, o es por tu novio o algo?

—En realidad, no. Puedo hacer aquí mi trabajo.

—¿Qué trabajo es ése? —preguntó, fijándose en que no había mencionado la palabra novio.

—Escribo canciones para un programa infantil.

—Eso explica lo de la canción de antes.

Al enterarse del trabajo que hacía, le pareció una mujer aún más atractiva. Aunque después de tres años sin poderle dar ni siquiera un beso a ninguna, le resultaría atractiva cualquier mujer, incluyendo a la chica que llevaba el café de Jordan y que pesaba setenta kilos, sintiéndose completamente orgullosa de cada uno de ellos.

Así que en ese momento iba a animarla para que se quedara y para que durmiera en su cama y se diera una ducha. Saldría oliendo a colonia y jabón...

Y él iría a trabajar hasta bien entrada la oscuridad, volvería y se acostaría agotado para dormir toda una noche sin sueños. Podría hacerlo uno o dos días. No cambiaría mucho la rutina de su vida.

La vio entrar en la casa y él se quedó allí fuera, con las botas que acababa de limpiar. Se fijó en que la puerta del coche de ella estaba todavía abierta, así que decidió cerrarla para que no se le acabara la batería.

Vio el equipaje en el asiento trasero y no supo qué hacer. Le había dicho a Shayla que se acomodara, pero toda su ropa limpia la tenía allí. No le haría mal portarse como un caballero antes de irse al corral para una sesión de adiestramiento con aquel maldito caballo.

Así que agarró la maleta, una maleta vieja que no se parecía en nada a las de Celia, y la llevó a la casa. Iba por el salón, cuando, sin previo aviso, la tapa se abrió y el interior se derramó en el suelo.

No dijo lo que él normalmente hubiera dicho cuando estaba a solas, sino que se agachó y comenzó a poner las cosas de nuevo dentro de la maleta. Trataba de hacerlo sin mirar, pero se dio cuenta de que no había nada de encaje o seda.

Era todo de algodón blanco.

Lo que sintió en ese momento por ella fue la cosa más extraña. Le dio pena que una mujer así no tuviera nada especial.

Desde el primer momento, él había sabido que era el tipo de mujer que debería llevar ropa interior de seda y encaje. Estaba seguro de que bajo ese aspecto tranquilo, tenía que ser una mujer apasionada.

—¡Oh!

Shayla llegaba desde el pasillo y se quedó mirando cómo recogía las cosas.

—Lo siento. La tapa...

—Lo sé, está rota.

Turner levantó la vista para mirarla. Se había ruborizado, y si no se equivocaba, él también debía estarlo.

—Deja, ya lo hago yo —dijo ella solícita, acercándose. Se agachó a su lado y sus manos se rozaron al tratar de agarrar algo blanco innombrable antes de que lo hiciera él.

La piel de Shayla era suave como la seda en la que había estado pensando él y no pudo evitar sentir un escalofrío.

—Tengo que ir a ver los caballos —aseguró, levantándose.

—¿Quieres que haga la cena?

—Claro. Cuando tengas hambre, come lo que quieras.

—No, decía para ti.

—¿Cena para mí?

—No me importa. No esperaba que tú cocinaras para Nicky y para mí.

—No encontrarás mucha comida. Creo que tengo alguna lata de guiso, judías y escalopes de ternera. También hay algo en el congelador.

—Veré qué puedo hacer.

Ya no podría esconderse en las cuadras hasta que ella se acostara. Tendría que cenar con ella y pensar en algún tema de conversación.

Hacía mucho tiempo que no le pasaba aquello y, de repente, le apeteció mucho.

—Encontrarás algunas velas rojas en ese cajón.

Al decir eso, se dio la vuelta bruscamente y la dejó allí, terminando de recoger las cosas del suelo. ¡Caramba! Estaba metido en un buen apuro. Afortunadamente, tenía caballos que atender, y uno de ellos parecía tener bastantes ganas de matarlo.

Y si tenía suerte, el caballo lo mataría antes de que pudiera descubrir la verdadera magnitud del lío en el que estaba metido.

## Capítulo 3

Estaba en casa de un completo desconocido, un desconocido peligrosamente atractivo, e iba a tener que quedarse allí una noche o quizá dos. Era absurdo, una verdadera locura.

Entonces, ¿por qué estaba tan contenta?

Porque a su corazón le gustaba ese hombre, aunque no tanto a su cabeza. Su cabeza estaba llena de las advertencias de su madre, recordándole que Turner quizá no era su tío, sino su padre.

Pero su corazón estaba completamente invadido por el calor que había descubierto en la mirada de Turner al ver al niño, y por la preocupación que había mostrado por la enfermedad del pequeño Nicky.

Todo eso, se dijo, le hacía merecedor de la pizza que le estaba preparando.

Los armarios de la cocina estaban bien surtidos y encontró salsa de tomate, salchichas en lata, aparte de espaguetis, raviolis y latas de diferentes guisos. Lo que no encontró fueron los pimientos verdes ni las cebollas.

Cuando terminó de preparar la pizza, decidió esperar a que Turner regresara.

Había ido a ver cómo estaba Nicky y respiró aliviada cuando lo notó sin fiebre y con la respiración normal. Luego, esbozó una sonrisa al contemplar la espartana habitación.

El mundo de Turner, evidentemente, no estaba dentro de aquellas cuatro paredes. Su mundo estaba fuera de allí. El debía estar habitualmente como lo había visto al llegar: en medio de un corral polvoriento con un caballo salvaje corriendo a su alrededor.

Shayla llevó la traicionera maleta hasta el baño y se dio una ducha. Se lamentó por no haber tenido algo de ropa interior especial. Había sido horrible ver las grandes manos de Turner recoger sus cosas, especialmente cuando eran tan vulgares.

Todo lo que poseía era vulgar, pensó, saliendo de la ducha y mirando con ojo crítico cada prenda de la maleta.

Finalmente, eligió unos vaqueros de color verde oscuro y una camisa de franela con unas delicadas rayas verdes. Se recogió el pelo en la nuca con una goma y se miró al espejo. No estaba arreglándose para él, ¿verdad? Estaba invitada en su casa y era normal que se pusiera presentable.

Hacía tiempo que había aceptado que no era una de esas mujeres que hacen volver la cabeza a los hombres por la calle. Los albañiles no solían silbarla ni los adolescentes tampoco.

Sus facciones eran normales y sus días de universidad habían resultado eternos sin la emoción de un romance. Le gustaba estudiar y era más bien tímida. Había hecho muy buenos amigos de ambos sexos, pero no había llegado a tener novio.

Su madre, que consideraba la universidad el campo ideal para los solteros, se desilusionó bastante cuando su hija no fue capaz de conseguirse un novio doctor o

abogado. La angustia de su madre había aumentado cuando Shayla encontró un trabajo que tendría que hacerlo en casa y no en un lugar donde pudiera conocer gente, o más exactamente, a su media naranja.

¿Había una parte dentro de sí que le gustaba frustrar los planes de su madre? ¿Por eso a su guardarropa le faltaban camisas rojas escotadas o blusas de encaje que le dieran un aspecto más femenino?

Había conocido a Barry un día que había tenido que llevar sus composiciones al estudio de grabación donde se producía el programa. No había sido su apariencia lo que más le había atraído de ella. Shayla recordaba la cara de admiración de él cuando una de las canciones que había escrito para el programa lo había hecho reír. Luego, la invitó a comer. Ella se había mostrado poco habladora, así que le extrañó cuando él le telefoneó. Ni siquiera le habló a su madre de él hasta pasados dos meses. Pero a partir de entonces ya no pudo evitarlo. Barry había entrado en su vida.

Y su madre se había alegrado muchísimo al enterarse.

Su última flor por fin tenía novio.

Shayla suspiró, se colocó el cuello de la camisa y se apartó del espejo. En ese momento, no quería pensar ni en su madre ni en Barry.

¿En quién quería pensar? En él, claro. En el vaquero de los ojos maravillosos, cuya voz provocaba en ella escalofríos por toda la espalda.

El vaquero, se recordó, que había dejado embarazada a Maria y había dejado que se secaran las flores de otra mujer.

El vaquero que había sugerido que pusiera velas rojas para cenar.

Podía sentir el calor en sus mejillas y algo más profundo en su interior. Un fuego que encendía todo su cuerpo.

El teléfono sonó en ese momento. No tenía intención de contestar, pero no dejaba de sonar. Entonces, se le ocurrió que podía ser Maria.

Así que se olvidó de su cabello y corrió hacia la cocina.

—¿Hola?

No hubo respuesta.

—¿Hola? —repitió.

—Humm... Creo que me he equivocado de número —contestó finalmente una voz femenina.

—Ésta es la casa de Turner MacLeod.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Y quién es usted? —preguntó la voz tras una pausa.

—Shayla Morrison —contestó, sin querer dar más explicaciones.

—¿Puede decirle a Turner que Abby ha llamado? —la mujer parecía que iba a desmayarse—. ¿Por favor?

—Claro —respondió Shayla educadamente.

¿Por qué se complacía en tratar de poner obstáculos en la vida de un hombre que

apenas conocía? Quizá fuera porque se había dado cuenta de que a él le gustaba controlar todo y ella disfrutaba introduciendo cierto caos. Pero, de repente, sintió lástima por él.

Poco después, Shayla sacó algunas cintas de música de la maleta y se fue al salón. Al igual que el resto de la casa, era tan austero como la habitación de un monje. Había un sofá relativamente nuevo tapizado en un tono beis que recordaba a las papillas de avena. Una silla a juego, una mesa de café y una televisión completaban el mobiliario.

Una pequeña manta, tirada de cualquier modo en el suelo, daba la única nota de color. Los motivos eran una preciosa mezcla de turquesas y rojos. Al lado de ella, había una pequeña caja con avíos de costura. Shayla, sin pensarlo, tomó la pequeña manta y la colocó sobre la pared para ver el efecto que hacía. Le gustó; así que la fijó con unas cuantas chinchetas que encontró en la caja de costura.

Luego, se sentó en el sofá, que era bastante cómodo, lo que le hizo pensar que Turner elegía las cosas más por la comodidad que por el aspecto.

—Bueno, tengo que empezar a pensar en las canciones para Halloween, en vez de en Turner MacLeod.

De repente, tomó un trozo de papel y comenzó a escribir:

Noche de brujas, duendes y monstruos... vigilad a Amapola u os daréis un buen susto. Oh, ¡cómo espero que los murciélagos no muerdan...!

Tiró el lápiz contra la pared y arrugó el trozo de papel. Seguidamente, fue hacia la ventana. La casa tenía un jardín con la hierba seca en la parte de la entrada. En un rincón, había una modesta parrilla de ladrillo y hierro. Al otro lado, había un arbolillo inclinado por la fuerza del viento. Al fondo, se extendía el paisaje, que resultaba muy hermoso bajo aquella luz tenue del anochecer, suave y llena de misterio y promesas. La tierra se extendía sin fin, en estado salvaje. La carretera era la única cosa hecha por el hombre, una cinta que se retorció sobre aquel océano de hierba ondulante. No había nada más, ni siquiera un poste o una cerca.

Shayla se quedó allí mucho tiempo, incapaz de apartar la mirada, deseando ser pintora, en vez de escritora de canciones vulgares, para poder atrapar en un lienzo el paisaje que tenía delante: un cielo inmenso de color índigo al encuentro con un paisaje dorado interminable.

—Ahora, a pensar en Halloween —se recordó con firmeza.

Recuperó el lápiz y fue a sentarse de nuevo al sofá. ¿Dónde estaría Turner? ¿En el granero? ¿En el corral? ¿Desde qué ventana podría verlo?

—Halloween —se repitió una vez más, mirando el papel blanco que tenía en la mano—. *Vampiros, vampiros, vampiros. Ojos azules haciendo el guiso de las brujas...*

Era extraño que los vampiros tuvieran los ojos azules, pensó. Y extraño que

hicieran un guiso cuando los armarios de aquella casa estaban llenos de latas de guisos.

—Quiero morder tu cuello —*continuó para sí*.

Inmediatamente, se ruborizó al imaginarse el fuerte cuello de Turner.

Shayla recordó que en la escuela algunas chicas, por supuesto que ella no, llevaban en el cuello marcas rojas. De repente, se preguntó cómo se haría una de esas marcas.

—Shayla, eres una escritora de canciones, no una creadora de marcas de pasión. ¿Qué voy a hacer con este vampiro de ojos azules?

También este trozo de papel lo arrugó y lo tiró sobre la mesa de café.

«Olvídate de los vampiros», se dijo a sí misma. Estaba empezando a darse cuenta de que lo de los vampiros no iba a funcionar.

La mesa de café estaba cubierta de revistas de caballos. *Caballo y Jinete, Ilustraciones de caballos, Jinetes del oeste...* Todas parecían enormemente interesantes.

¿Le interesaban a ella los caballos?

Shayla deploraba a las mujeres que desarrollaban un repentino interés por las mismas cosas por las que se interesaba su novio o marido.

—Amor a primera vista —*escribió en otro papel*—. Cielos de Montana, amor a primera vista, ojos de medianoche.

Volvió a arrugar el papel. Luego, lo pensó mejor y lo rompió en pequeños trozos.

—¿Qué tiene esto que ver con Halloween?

Recuperó el primero de los papeles escritos y lo abrió, tratando de suavizar los pliegues. La verdad era que no estaba tan mal. La puerta trasera se abrió en ese momento. Turner estaba de vuelta.

Shayla sintió algo en su corazón, como un millón de palomas agitando sus alas. Algo muy grave le estaba sucediendo a la sensata Shayla.

—Hola —dijo, levantándose y dirigiéndose a la cocina.

Él se estaba quitando las botas. Al mirarla, sus ojos parecieron extrañamente oscuros. Turner estaba lleno de polvo y algo sudoroso, pero estaba tan guapo como sólo un hombre puede estarlo.

—Hola —le contestó.

—Te he hecho una pizza para cenar. La acabo de poner en el horno, por si quieres lavarte un poco.

—¿Pizza? ¿Me has hecho una pizza?

Shayla sonrió al ver el gesto de sorpresa casi adolescente en su rostro. Como si nunca le hubieran hecho la cena.

«¡Ja! No te dejes conmovir, Shayla. Seguramente, ya ha tenido antes de ahora a sus pies montones de cenas exquisitas. Cangrejos, espárragos, langosta...».

Shayla se daba cuenta de que se estaba metiendo en terreno pantanoso. Se estaba comportando como la mujer dócil que espera en la puerta a que su marido vuelva a

casa.

¿Cómo podía ella disfrutar con ese papel, cuando siempre había estado orgullosa de su independencia? ¿Ella, que había rechazado siempre la idea de que la vida de una mujer nunca sería plenamente satisfactoria sin un hombre?

—Voy a darme una ducha —dijo él.

Si fuera su esposa, podría ducharse con él. La idea la hizo ruborizarse violentamente.

Unos minutos después, Shayla pudo oír correr el agua y el sonido le resultó tan íntimo, que notó la garganta seca.

Ella estaba dando los últimos toques a la pizza y colocando las velas rojas sobre la mesa mientras él estaba en el baño sin nada encima.

Shayla estaba sintiendo cosas que jamás había sentido, cosas puramente animales. Su madre le diría en ese momento que saliera corriendo de allí inmediatamente. «Cuanto más guapo es el hombre, menos puedes confiar en él», le había dicho muchas veces.

Shayla dejó la pizza sobre la mesa. Luego, encendió las velas y apagó las luces cuando él entró. Estaba recién afeitado y tenía el pelo aún mojado. Llevaba una camisa limpia metida por los vaqueros.

Sus ojos se encontraron.

Turner cruzó despacio la cocina, mirando únicamente a la pizza.

«Va a besarme», pensó Shayla excitada.

—Huele muy bien —declaró Turner despacio y con voz suave.

—Gracias —contestó.

Turner estaba muy cerca de ella en ese momento, mirándola a la luz dorada del atardecer. El hombre se inclinó.

«Recuerda a Maria», se dijo Shayla con desesperación. «Recuerda las flores marchitas».

Turner le pasó un dedo por la mejilla y luego se lo mostró.

—Es harina —dijo ella débilmente, notando la textura dura de sus manos y sintiendo que su corazón se detenía.

—Parece que has estado jugando con ella como el payaso Bo-Bo.

Pero, ¿por qué demonios mencionaba en ese momento a un payaso?, pensó Shayla al tiempo que miraba los labios del vaquero, deseando que la besaran.

«¡Oh, Dios! He perdido la cabeza». ¿Era su vida tan insatisfactoria que tenía que abandonarse a fantasías de ese tipo estando despierta? Pero ante la imagen de aquellos labios rozando los suyos, sintió que sus caderas se derretían y notó el rostro encendido, bajo el maquillaje.

«Shayla, recuerda la realidad. Las canciones de Halloween. A tu madre». Pero en lo que se puso a pensar fue en la idea antigua de hombre y mujer y en lo que cada uno tenía que ser para el otro.

Turner la miró fijamente a los ojos como si quisiera leer en ellos.



«Demasiado deprisa», se dijo Shayla. «Y si vas demasiado deprisa, vas a lamentarlo, muchacha».

Pero, al fin y al cabo, no había límite de velocidad en Montana, le dijo otra vez en su interior.

Mientras, comenzó a notar la energía que Turner emanaba, su olor varonil fuerte, limpio y bueno. Cien por cien masculino.

—Yo, hambre. Ahora.

Turner se dio la vuelta y ella se dio cuenta de que debía estar un poco inclinada hacia él, porque perdió el equilibrio y tuvo que dar un paso hacia delante para no caerse. Turner la agarró por el hombro y la miró divertido.

Nicky estaba en la entrada, mirándolos.

El pequeño tenía mucho mejor aspecto, aunque los miraba con suspicacia.

¿Sería una advertencia de que Shayla, la sensata, había perdido el juicio por completo?

¡Había sido increíble!

—Bueno, entonces, comamos —dijo Shayla alegremente.

—Demasiado oscuro —balbuceó Nicky, agarrando una de las dos sillas que había junto a la mesa.

Shayla dio la luz y Turner la miró con gesto serio. Era evidente que estaba haciendo un juicio sobre ella por dejarse dominar por un niño de tres años.

—No importa tanto que la luz esté o no encendida —dijo ella, defendiéndose.

—No he dicho nada. Nicky, yo usaré la otra silla y tú te pondrás sobre una almohada.

Nicky lo miró sin decir nada, se sentó más cómodamente y tomó su tenedor, mirando a la pizza.

Turner se cruzó de brazos.

Nicky y Turner se quedaron mirándose un rato. Finalmente, Nicky se levantó.

—De verdad, no lo entiendo. Tiene sólo tres años —dijo Shayla.

—¡Es suficientemente mayor como para ir por una almohada! Y suficientemente mayor como para aprender modales.

Lo dijo con firmeza, pero sus ojos miraron con afecto al niño que desapareció hacia el vestíbulo. Turner se volvió entonces hacia ella.

—Nadie me había hecho nunca antes una pizza. Me encanta, de verdad.

Turner se levantó y fue hacia el salón por una silla.

—Pues comamos antes de que se enfríe —contestó ella.

Shayla cortó la pizza y como Nicky no había llegado, se levantó para ir a buscarlo. Turner la agarró.

—Deja que lo haga él solo.

Nicky llegó finalmente con una mirada de satisfacción. Shayla notó que la almohada que llevaba era la de la cama de Turner.

—Es mi almohada —dijo Turner con una mueca.

Nicky puso cuidadosamente la almohada sobre la silla vacía, se subió y se sentó.

—¿Crees que trata de decirme algo? —preguntó Turner.

—Yo, pizza, ahora.

—Pídelo por favor —corrigió Turner.

Nicky levantó los ojos y frunció el ceño. Turner hizo lo mismo.

—Por favor —dijo Nicky.

Shayla sirvió la pizza y comenzó a comerla, deseando repentinamente haber hecho para comer algo más elaborado.

—Está estupenda —exclamó Turner con tan sincero entusiasmo que Shayla decidió hacer siempre pizza para comer.

Si tenía la oportunidad de prepararle alguna otra comida. Lo cual era bastante improbable. En ese momento, se hizo una promesa a sí misma: Turner cocinaría la próxima vez, por lo de igualdad de derechos y todo eso. Y eso, se repitió, suponiendo que volviesen a comer juntos. Maria podía llamar en cualquier momento.

La idea le resultó extraña y también, tuvo que reconocer, incómoda. Sus ojos se posaron en los labios de Turner y en sus dientes. Estaba segura de que éstos sabían mejor que la pizza. Esa idea la sorprendió y de repente sintió miedo al pensar que Turner pudiera leer sus pensamientos y ver en ellos lo mucho que lo deseaba.

—Ya veo que te gustan las manzanas —dijo, tratando de escapar de ese tipo de pensamientos.

—¿Sí?

—Y las zanahorias.

—Ah, lo dices por la nevera.

—Son las únicas cosas frescas que hay en la casa.

—Las compro para los caballos —contestó él, con aire sumiso.

—Yo, seis —anunció Nicky, mirando de reojo a Turner.

—¿No eres muy pequeño para tu edad? —preguntó Turner.

—Gaseosa, ahora —ordenó.

—¿Es siempre así? —preguntó Turner sorprendido.

—Tiene sólo tres años.

—Creí que había dicho que tenía seis —dijo Turner—. Nicky, si quieres algo de beber tienes que pedirlo de otra manera.

—Gaseosa, ahora, Amapola —repitió Nicky.

—No, no, Nicky, no, no —respondió Turner.

—Gaseosa, por favor —se rindió el pequeño.

—Beberás leche —dijo Turner.

—Si no tienes... —aseguró Shayla.

Turner se levantó y sacó un cartón de leche de un armario que ella no había visto. Así que Nicky tuvo su vaso de leche.

El niño hizo burbujas con ella y algunos ruidos groseros.

—¿Es siempre así? —preguntó Turner.

Shayla notó que ya no aguantaba más. ¿Cómo se atrevía a juzgar a un niño al que no había ayudado a criar?

—Él necesita un padre. No puedo soportar que haya hombres capaces de hacer algo así, abandonar a un niño como si ser padre no fuera más que plantar una semilla y luego quejarse porque la madre no sabe educarlo.

Turner la miró con mirada extraña.

—¿Crees que es mío?

Ella miró despacio a Turner y al niño. Salvo el color de los ojos, podían haber sido gemelos.

—¿No lo es?

—No creo que debiéramos tener esta conversación delante de él.

Ella sintió deseos de decirle que era él quien había empezado, pero en ese preciso instante sonó el teléfono. Turner se levantó, mirándola, y cruzó la cocina.

—Olvidé decirte que ha llamado Abby —dijo inocentemente, dando un mordisco a la pizza.

Turner la miró con desagrado. ¿Cómo era posible que esa mujer le hiciera una pizza cuando pensaba que el niño era suyo? ¿Cuándo pensaba que lo había abandonado?

Y encima le decía que Abby lo había llamado, como si contestar el teléfono en su casa no pudiera tener todo tipo de repercusiones.

Abby sabía que estaba acompañado y, conociendo a su hermana, estaba seguro de que no descansaría hasta que averiguase quién era exactamente esa compañía.

Podía dejar que el teléfono sonara, pero Abby tenía la costumbre de pensar que estaba en el granero y que, cuando lo escuchara, iría corriendo a contestar. Así que su hermana solía esperar largo rato. Turner le decía siempre que desde el granero no podía oírlo y ella le había sugerido que pusiera un teléfono en el granero. ¿No sabía ella que había lugares sagrados?

—Hola —contestó finalmente—, Abby. Me imaginé que serías tú... Nadie se ha sorprendido tanto como yo... Es una larga historia... ¿Tienes tiempo? Bueno, en este momento estoy ocupado... ¿Qué? Bueno, recuerda que podemos hacer que May Swanson tenga un ataque al corazón... —en ese momento, Turner escuchó el sonido que hizo la mujer al cerrar la línea—... cenando. Estoy cenando.

El niño comenzó a chillar, pidiendo más leche.

—Por favor —le recordó Turner, poniendo la mano sobre el auricular—. Sí, ya has oído al niño... es pequeño... De acuerdo. Tengo una vida secreta de la que nunca te he hablado. Tan secreta, que tampoco yo sabía que existía.

Eso hizo que Shayla lo mirase.

—El pequeño es el hijo de Maria Gerrardi. Así que parece que tienes un sobrino.

Su hermana chilló tan alto que él tuvo que apartar el teléfono del oído. Los ojos de Shayla parecieron aumentar de tamaño y se volvieron más oscuros, al tiempo que su rostro se quedaba sin sangre.

Claro, Abby sabía la historia de Maria y Nick. Shayla no sabía nada. Así que cuando Turner colgara el teléfono iba a darle una relación detallada de la historia de la familia MacLeod.

Aunque si tuviera sentido común, lo que haría en ese momento sería marcharse. Y ella siempre había sido sensata.

Aunque tenía que reconocer que cuando él le había quitado el harina de la cara y ella se había echado ligeramente hacia delante, no se había comportado de manera muy sensata.

—¿Qué me dices de Nick? —preguntó Turner a Abby—. No, yo... ni una palabra... No, Abby, por favor, no empieces. Es tu sobrino y tienes derecho. De acuerdo, si quieres. Trae un par de pimientos verdes contigo —añadió en voz baja, esperando que Shayla no lo oyera.

Al volverse y ver la forma en que ella lo estaba mirando, pensó que podía haber suprimido lo de los pimientos, porque estaba claro que no iba a hacerle ninguna pizza más.

—No, no era Maria quien contestó al teléfono. Es una larga historia... Sé que tienes tiempo, ¡pero yo no!

Después de algunos minutos más tratando de convencer a su hermana de que esperara al día siguiente, por lo menos, para ir a conocer a su sobrino, cosa que le parecía de lo más excitante, colgó el teléfono.

—¿Quién es Nick? —preguntó Shayla.

—Yo, Nicky.

—Mi hermano —contestó él.

—¿Nicky es suyo o tuyo?

—Imagínatelo.

—No es justo.

La vida no era justa.

—Nicky, Shayla y mami —dijo el pequeño—. Nicky no es tuyo. Nicky quiere a Shayla. Nicky quiere a mamá. Nicky quiere a Ralph. A Nicky le gustan los caballos. A Nicky le gusta la pizza. A Nicky no le gustas tú —dicho lo cual, dio un mordisco despreocupado a la pizza.

Si la vida fuera justa, eso no le estaría sucediendo: dos personas a las que no gustaba nada llegaban de repente y le complicaban la vida.

¿Para qué contarle todo a Shayla? Su hermana se encargaría de ello en tres minutos al día siguiente. Él confiaba en tener algo que hacer en Billings.

Por esa noche, lo mejor sería mantener las distancias con esa mujer de ojos de color avellana, que lo tenían hechizado. Ésa era la única posible respuesta a lo que había surgido entre ellos en aquel corto espacio de tiempo.

Turner estaba sorprendido por lo que le estaba sucediendo por dentro. Por la sensación de conocerla de hace tiempo cuando había entrado a la cocina un rato antes. Por la sensación de conocerla desde siempre.

Y entonces, le había parecido de lo más natural limpiar su cara de harina. Incluso besarla, le habría parecido normal. Tan normal como la tormenta que se avecinaba. La podía oler en el aire, en el viento.

Sus ojos se encontraron y vio la tormenta, formándose en los de ella.

## Capítulo 4

Turner se levantó con la espalda dolorida por el sofá. Al ofrecerle su cama, ella le había dicho que no, pero finalmente él había ganado, si pudiera decirse que eso era ganar... Se había pasado toda la noche tratando de dormir en el salón en una cama que parecía que iba a cerrarse en cualquier momento.

El salón estaba diferente. No sabía por qué, pero parecía más acogedor.

¿Podía una mujer conseguir eso con su sola presencia? Se dio la vuelta varias veces y fue por agua unas cuantas más, y cuanto más cansado estaba, más pensaba en sus labios, en sus ojos y en el color de miel de su pelo. Tampoco podía quitarse de la cabeza su voz. Con su sonido, se quedó finalmente dormido.

Cuando se despertó, se encontró con dos ojos oscuros mirándolo fijamente. La cara del niño estaba muy cerca y la corta distancia le daba aspecto de lechuza.

—Buenos días, Nicky.

Volvió a cerrar los ojos. No se había encontrado tan mal desde aquellos días en los que iba a un rodeo y terminaba lleno de magulladuras y durmiendo, con bastante alcohol en la sangre, en camas tan incómodas como aquella.

—Nicky gustar caballos.

Turner abrió un ojo y vio que el niño seguía allí. Se incorporó y gimió. Acababa de amanecer. Le dolía mucho la espalda y la cabeza le daba vueltas por la falta de sueño.

—Caballos. Por favor, caballos.

—¿Quieres ayudarme a darles de comer?

La respuesta fue un solemne gesto afirmativo.

—¿Estás mejor?

Otro gesto afirmativo. Luego, una sonrisa tan parecida a la de su hermano a su edad, que Turner no pudo evitar sentir un nudo en la garganta.

—De acuerdo, ve a vestirme y vuelve a buscarme dentro de cinco minutos.

Nicky volvió a los dos minutos, justo cuando Turner se subía la cremallera de los pantalones. Turner dobló la cama y colocó bien los cojines. Luego echó un nuevo vistazo a toda la habitación.

Seguía pareciéndole diferente, pero no podía decir por qué.

—¿Viene Ralph? —preguntó Nicky, agarrando su dinosaurio.

—Siempre que no se coma a mis caballos.

Nicky rió con un sonido profundo y ambos caminaron hacia la puerta. Turner se sorprendió al notar una manita regordeta que agarraba la suya.

Tan pronto como la tomó, se dio cuenta de cuál era su obligación. Tenía que encontrar a su hermano. Tenía que arreglar lo que hacía tiempo había estropeado.

El tiempo pasaba y los niños pequeños se hacían grandes y luego hombres. Nunca puedes recuperar los momentos que has desperdiciado o malgastado. Era estúpido ser tan testarudo como lo era él. Y era estúpido tener que esperar a que Nick actuara

primero cuando había sido él quien se había equivocado.

En ese momento, lo vio todo perfectamente claro. ¿Quién era él para decir lo que su hermano tenía que hacer? Si se hubieran hecho las cosas como él decía, ese niño no habría nacido.

Y ese pequeño tenía que nacer. Turner MacLeod no tenía derecho a inmiscuirse en ello. Creyendo tener controlada la situación, lo había estropeado todo. Nicky dejó caer su querido dinosaurio al suelo tan pronto como vio los caballos.

Turner tenía allí cuatro para adiestrar, sin contar a la yegua que le estaba dando tantos problemas. También tenía unos cuantos caballos propios que andaban por la pradera. En ese momento, los cuatro nuevos estaban al lado de la cerca, esperando a que les llevaran el desayuno.

Nicky se subió a la valla con tanta rapidez y energía que estuvo a punto de caerse al otro lado. Turner lo apartó de la valla y le presentó a cada uno de los caballos. Les había dado nombres de una sílaba para mayor comodidad. Hacía tiempo que había dejado de usar la imaginación para ello. Había llamado a esos: Stock, Doc, Rock y Shoe.

Después de llamar a cada uno, Nicky les susurró algo al oído y los acarició con exquisita ternura. Para Turner fue un momento delicioso.

Después de echarles heno, se dispuso a darles la comida ayudado por Nicky, quien, orgulloso, les dio alfalfa a través de la valla. También distribuyó en las cajas de cada caballo el grano que su tío le dio en cubos.

—Buen trabajo, pequeño hombre.

Nicky esbozó una sonrisa y su pecho se hinchó de orgullo.

—Queda uno —le dijo Turner, rellenando el cubo de avena—. Allí, detrás del granero.

Turner no pudo evitar sonreírse ante el modo grave en que Nicky se tomaba su trabajo.

Se encaminaron hacia la parte trasera del granero, donde había un pequeño cubil.

—¡Bonito! —gritó Nicky, dejando el cubo y corriendo hacia la valla.

Turner lo agarró del brazo.

—Todavía no está domesticada, Nicky. Es mala. Podría morderte.

—Nicky quiere acariciar. Ahora.

—No —dijo Turner—. Podrás hacerlo en el futuro, pero ahora no.

¿En el futuro? ¿Habría un futuro para él y ese niño? ¿O para él y esa yegua? Turner miró a su pequeño invitado y pensó en la no tan pequeña invitada que estaba en la casa. Entonces, pensó en que la habían dejado sola. Pero tampoco podía estar todo el día detrás de ella.

Finalmente, trató de concentrarse en el animal. Bonita no era la palabra adecuada para describirla. La yegua era un animal con el cuerpo blanco y manchas negras desde el hocico hasta las patas, que le daban aspecto de leopardo. Turner había quedado hechizado nada más verla.

Lo cual era estúpido, ya que había cometido demasiadas equivocaciones por ella. La yegua desconfiaba profundamente de la gente y Turner no sabía si era algo que pudiera enmendarse.

Pero aquella mañana, más que nunca, quería creer que los errores podían enmendarse, que a ese animal se le podía dar una segunda oportunidad, y a las personas también.

—Nicky quiere acariciar. Ahora.

—La han hecho daño, Nicky. Está enfadada y puede hacerte daño. Tienes que alejarte de ella.

—Me gusta.

—Sí, a mí también.

—Nicky, hambre. Ahora.

Colocaron el heno y el grano en el cubil de la yegua. Ella permaneció contra la cerca opuesta, como si quisiera estar lo más alejada posible de ellos.

—No te asustes —dijo Nicky al animal—. A Nicky, le gustas —su pequeña manita volvió a encontrar la de Turner—. A Nicky, le gustas —repitió decidido.

Turner no sabía qué decir, así que apretó la manita y volvieron juntos a la casa.

Estaban cruzando el jardín de la entrada cuando apareció la caravana de su hermana. Su sobrina, Danielle, que acababa de cumplir seis años, salió del automóvil y corrió hacia él. Turner nunca sabía por qué era merecedor del vigor de sus saludos, pero le encantaban. La agarró y comenzó a girar con ella en brazos hasta que la niña comenzó a dar gritos. Finalmente, la dejó en el suelo y le acarició el largo cabello rubio.

Abby, en avanzado estado de gestación, estaba intentando salir del coche y Turner fue a ayudarla.

—Estás muy guapa —le dijo con una sonrisa.

Y era cierto. Llevaba el pelo recogido en una trenza que le caía sobre el hombro. Pero eran sobre todo sus ojos, tan oscuros como los de Nick y su hijo, lo que la hacía espectacular. Brillaban con una luz suave y sosegada.

—Claro, yo y mi refrigerador tenemos más o menos la misma medida.

Pero Turner estaba seguro de que a su hermana le había encantado el piropo. Así que, por lo menos, había hecho algo bien.

La mujer miró a Nicky, que se había refugiado detrás de la pierna de Turner.

—¡Oh! —exclamó con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Se parece mucho a Nick! —dijo, poniendo una bolsa de verduras en las manos de Turner.

—Hola, ¿cómo te llamas?

—Nicky —contestó con cautela. —Nicky, soy tu tía Abby y ésta es tu prima Danielle.

Nicky asintió sin comprenderlo del todo.

—Tengo juguetes en el coche —dijo Danielle al niño—. ¿Quieres verlos?

Su gesto afirmativo esa vez fue más vigoroso e, inmediatamente, salió de detrás



de la pierna de Turner.

Abby y Turner soltaron una carcajada.

—He traído beicon y huevos. No sabía si tenías aquí.

—¡Cómo me conoces! —dijo y miró dentro de la bolsa—. Pero si es tarta de arándanos...

Fueron hacia la casa juntos y, mientras entraban, pudieron oír las carcajadas que salían del coche.

—Tenemos que hablar con Nick —dijo Abby.

—Lo sé.

—Creo que es maravilloso —añadió Abby.

—¿Sabes qué, hermanita? Yo también —admitió, besándola en la mejilla.

—Eres un encanto. ¡Hacía mucho tiempo que no me llamabas hermanita!

Shayla se despertó en medio de un silencio interrumpido únicamente por el débil grito de un halcón y el sonido del viento sobre el tejado. No se oían coches, ni aviones, ni ambulancias. Ese lugar era, pensó, perfecto para crear música.

Abrió los ojos y le gustó lo que vio, a pesar de la sencillez relativa de su habitación. Olía a cuero y a jabón de lavar la ropa. La cama era grande y antigua y Shayla se imaginó a los parientes de Turner transportándola en un carro muchos años atrás.

El escritorio estaba lleno de hebillas de plata que pertenecían a diferentes rodeos. Al lado de la ventana, había una silla de montar con una placa de plata grabada: *Campeón. 1990*. Varias gorras colgaban de una fila de ganchos al lado de la puerta.

Una de las paredes estaba cubierta de fotos enmarcadas de caballos, muchos de ellos adornados con cintas. En la parte inferior de cada una de ellas, estaban escritos a mano, cuidadosamente, nombres como Blackie, Partner, Brandy y Joe.

Ya la noche anterior se había dado cuenta de que no había ninguna foto en la que apareciera alguna persona. Shayla se estiró, sintiéndose extrañamente feliz. Se levantó y fue hacia la ventana, que abrió, dejando entrar el aire seco otoñal.

El aire era tan puro, que respirarlo le produjo la misma sensación que si hubiera bebido agua de un manantial de la montaña.

Justo cuando empezó a preguntarse cómo era posible que Nicky, normalmente madrugador, no estuviera armando escándalo, los vio llegar.

Nicky y Turner se acercaban a la casa desde los establos. Sus pies levantaban pequeñas nubes de polvo y el sol formaba un halo dorado a su alrededor. Iban de la mano y Turner tenía la cabeza ligeramente ladeada, como si escuchara.

Desde allí, Shayla pudo oír la voz excitada de Nicky, aunque no entendió las palabras exactas.

La muchacha sintió que se le humedecían los ojos. La imagen de ellos dos juntos le pareció conmovedora y tierna. El rostro de Nicky tenía un gesto de... felicidad, pensó Shayla, sin saber a ciencia cierta si había visto antes aquel gesto en el niño.

Y aunque Turner tenía la cara tapada por el ala del sombrero, Shayla intuía que él también estaba feliz por su modo tranquilo de caminar y por el modo en que las dos manos estaban sujetas.

De repente, oyó detenerse un vehículo delante de la puerta. De él salió una niña encantadora que se abrazó a Turner y se dejó alzar en brazos. Shayla no pudo evitar conmoverse también por esa imagen, aunque no sabía bien por qué.

Inmediatamente después, se apartó de la ventana y buscó rápidamente en su maleta. Sacó de ella unas mallas rojas y una camiseta grande que llevaba el nombre de la Universidad de Oregón. Luego, se cepilló el cabello hasta que estuvo brillante y se dio un toque de color en la boca y en las mejillas. Finalmente, salió a reunirse con ellos.

—Shayla, ésta es mi hermana, Abby.

—Hola —contestó tímidamente.

—Shayla, te agradecemos muchísimo que hayas traído a nuestro sobrino —declaró, agarrándole fuertemente la mano.

El recibimiento fue tan cariñoso que Shayla supo en seguida que todo iba a ir bien.

Todos fueron hacia la cocina, donde Abby comenzó a sacar de la bolsa los alimentos que había llevado.

—Turner, ¿te has dado cuenta de lo mucho que Shayla se parece a la tía Marg?

—Pues la verdad es que no.

Abby se echó a reír.

—Bueno, supongo que no piensas en Shayla como pensarías en la tía Marg, ¿verdad?

Shayla miró sorprendida a Turner, que se sonrojó violentamente.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —quiso saber Abby mientras colocaba el beicon ordenadamente en la sartén—. Pon la cafetera, Turner. ¿Qué vamos a hacer?

—He hecho algunas llamadas hoy para ver si podía encontrar a Maria. Y a Nick.

Abby se volvió hacia él con una sonrisa de satisfacción.

—¡Se pondrá feliz de saber que es padre!

Shayla miró a Turner con desagrado. ¡Había dejado que ella pensara que era él el padre! Pero Turner parecía muy ocupado con el café.

Pero, ¿y ella? ¿Por qué había pensado mal de él sin conocerlo? Quizá por su madre. Por la idea que ésta tenía de los hombres. «Cuanto más atractivo es un hombre menos puedes confiar en él».

—Y ahora tú quédate a vigilar el beicon —ordenó Abby a Shayla—. Yo haré las tostadas. Cuéntame por qué has traído al niño.

Así que Shayla se ocupó del beicon al mismo tiempo que le contaba a Abby lo que había ocurrido. Sólo que no le dijo nada de sus sentimientos hacia Turner.

—Me imagino que Maria piensa venir aquí —dijo Abby—. ¿Te vas a quedar hasta que llegue?

—No puedo quedarme indefinidamente. Un día o dos como mucho. Y ahora que estás tú aquí, Nicky estará bien atendido. Creo que no hay necesidad de que me quede.

—Oh, no cuentes conmigo —respondió Abby, después de mirar de reojo a ambos—. En teoría doy a luz dentro de un mes, pero tengo el presentimiento de que... —la mujer se tocó el vientre con satisfacción.

—¿Qué tipo de presentimiento? —quiso saber Turner.

Lo preguntó con tanto temor que ambas mujeres soltaron una carcajada.

—Cosas de mujeres —contestó Abby.

Sus palabras provocaron en Shayla una sensación de bienestar. Cuando había visto llegar a Abby, una mujer fuerte y capaz, había pensado que no había motivo para que alargara su estancia allí, pero quería quedarse. Era así de sencillo y así de complicado.

Tan complicado como el hombre que estaba a su lado, midiendo el café con precisión militar.

—¿No te da miedo estar tan lejos de un hospital?

Abby hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Llevo viviendo en esta tierra toda mi vida. La naturaleza no me asusta. No me asustaría ni aun siendo mellizos.

—¿Mellizos? —exclamó Shayla.

—Mellizos —confirmó Turner, mirando preocupado el abultado vientre de la hermana.

Abby miró cariñosamente a su hermano y luego a Shayla.

—¿Dices que te vas a quedar hasta mañana?

Shayla sintió dentro de ella otra vez aquel deseo de quedarse para continuar su aventura y para ver el final de aquella historia.

En ese momento, se oyó la risa de los niños en el exterior.

Iba a ser un final feliz. ¿Y quién puede resistirse a un final feliz?

Además, ¿por qué no iba a quedarse? Podía hacer su trabajo desde allí. Y cuanto más pensaba en su madre y en Barry, menos ganas tenía de volver. Se estaba resistiendo incluso a hacer la llamada obligada, antes de que su madre y Barry pusieran en estado de alerta a toda la policía del estado.

Su madre había insistido para que Shayla le dejara un mapa. «Así sabrán dónde buscarte, por si te pierdes, cariño», le había dicho.

¿Por qué no se quería quedar entonces? La respuesta era bien sencilla: porque él no la había invitado a su casa. Era ella quien había irrumpido allí.

—Debería marcharme. Mañana —dijo sin mucha convicción.

Mejor debería haber dicho que se iría a las nueve del día siguiente.

Turner se volvió hacia ella con una mirada bastante significativa. Él también quería que se quedara, a su pesar.

—No tengas prisa por irte —la aconsejó Abby—. Esta tierra es muy hermosa, y

deberías conocerla a caballo.

—Oh, hace muchos años que no monto a caballo.

—Bueno, entonces ya está. Hoy trataremos de localizar a Maria y Nick y mañana Turner te dará un paseo a caballo. Yo cuidaré de los niños. ¿De acuerdo, Turner?

—Claro.

—Seguramente, querrás hacer alguna llamada para avisar de que estás bien.

—Sí, tengo que llamar a mi madre —dijo rápidamente Shayla, notando cierta culpabilidad por no mencionar a Barry. ¿Por qué su relación con Barry siempre le provocaba sentimientos de culpa?—. Lo haré después de desayunar.

Abby llamó a los niños y todos se sentaron a la mesa, alrededor de un magnífico desayuno.

—A Nicky gustar beicon —anunció Nicky, agarrando un trozo con la mano.

—No seas cerdo —le dijo Danielle.

Nicky la miró sin decir nada y ella le devolvió la mirada.

El pequeño se puso bizco, colocó un dedo en la nariz y luego comenzó a hacer un ruido espantoso. La niña hizo lo mismo.

Turner miró a su hermana, quien le pasó la sal con una sonrisa mientras también ella imitaba a los cerdos.

—Ahora tú cerdo, Shayla —ordenó Nicky.

Ella se agarró el estómago, encogido de la risa y por tratar de hacer el ruido del cerdo. Por fin, levantó la cabeza y puso su mejor cara porcina.

Los niños comenzaron a chillar y Turner la miró con incredulidad.

—Tío Turner, ahora te toca a ti —chilló Danielle.

—Sí, ahora tú —asintió Nicky.

Turner se encogió de hombros y trató de hacer un sonido animal.

Danielle abrió la boca de par en par. Igual que Abby. Nicky soltó una carcajada y Shayla lo miró asombrada.

—¿Qué?

—Ha estado muy bien —dijo Abby, levantando su taza hacia él—. Me acabas de hacer albergar esperanzas.

—¿Qué? ¿No creías que podía imitar perfectamente a un cerdo?

—No, no creía que ibas a ser nunca capaz de jugar.

—Juego todos los días con los caballos —protestó—. Así es como me gano la vida, jugando.

—Algunas personas a eso lo llamarían trabajo.

—Bien, se equivocan —contestó con firmeza—. Y por cierto, ahora tengo que volver con ellos.

—Bien, adelante. Shayla y yo te iremos a ver dentro de un rato —Abby hizo una seña hacia el salón, que podía verse desde allí—. A propósito, esa alfombra en la pared sobre el sofá queda muy bien.

—¿Qué alfombra? —preguntó sorprendido Turner.

Shayla se quedó mirando su trozo de beicon, tratando de reprimir unas ganas terribles de soltar una carcajada. ¡Dios! ¡Cuánto hacía que no se reía de aquella manera! ¿Por qué su vida se había hecho tan seria y aburrida?

Turner fue hacia el salón. Hubo un silencio. Un momento después, la alfombra citada estaba escondida bajo su brazo. Turner salió mientras Abby y Shayla se echaban a reír.

Los niños las miraron con ojos asombrados y comenzaron también ellos a reír.

—Necesita una familia —dijo Abby, mirando hacia su hermano con cariño—. Mis padres murieron cuando él tenía sólo diecisiete años, así que tuvo que encargarse de mi hermano y de mí. Se lo tomó muy seriamente y fue bastante estricto con Nick y conmigo. Pero creo que haber tenido que tomar ese papel tan joven le ha hecho mostrarse reacio a formar él mismo una familia.

Shayla se limitó a escuchar atentamente.

—Había una muchacha cerca de aquí que le gustaba mucho a mi hermano cuando andaba por los veinticinco, pero tenía entonces demasiadas responsabilidades. ¡No quería casarse y empezar a tener hijos cuando acababa de quedarse libre de nosotros dos! Además, el hecho de que ahora Nick y él estén distanciados le ha hecho creer que no supo educarnos, cuando en realidad no es cierto. Considerando su edad, creo que lo hizo muy bien.

—Sigue, quiero oírlo todo —la animó Shayla.

Quizá para decidir si era una buena candidata para él, pensó con inquietud. Pero por supuesto que no lo era. Ella vivía en Portland y nunca había pensado en mudarse. Además, tenía que pensar en su trabajo.

Incluso aunque estuviera pensando en formar una familia, ¿por qué iba a elegir a un hombre como aquél? De acuerdo, era tan guapo que quitaba el aliento. De acuerdo, podía pasarse horas escuchando su voz. De acuerdo, era fascinante.

Pero era tan dominante que no podía soportar una alfombra colgada en la pared. Y francamente, después de sobrevivir a una madre como la suya, no iba a casarse con alguien que fuera igual.

Abby estaría en ese momento contándole su vida, pensó Turner mientras se disponía a reunir cuerdas, mantas, cabestros y una vieja silla de montar. Como si a alguien pudiera parecerle interesante su vida...

A él no le había gustado nada cuando durante la comida los niños habían empezado a hacer muecas y a reír históricamente, descontrolándose por completo.

Pero luego había pensado que no tenía derecho a enfadarse. Al fin y al cabo, no eran sus hijos. Finalmente, él mismo había perdido el control, pensando que Abby y Shayla lo harían también.

¡Y claro que lo habían hecho! Se habían estado riendo de él mientras desayunaban.

—Eso sí, no ha sido una ofensa atroz —murmuró para sí, colocándose varias

cuerdas sobre el hombro y agarrando la silla.

Cuando sus padres murieron, él nunca permitió que Nick y Abby se rieran de ese modo. Suponía que le asustaba perder el control y que ellos le perdieran el respeto.

Por eso, probablemente, se había convertido en adiestrador de caballos. Era una ocupación en la que podía ser él mismo. Era un trabajo duro, pero satisfactorio.

Recordó la risa de los niños en la mesa y su comportamiento estúpido. También el de Shayla.

También recordó haber quitado la alfombra de la pared y haberlo lamentado inmediatamente. ¿Por qué le había fastidiado tanto? No estaba molestando y hasta quedaba bonita allí.

Quizá Nick llevara razón cuando hablaba de él. Tenía que ejercer control sobre todas las cosas, incluso sobre las que no importaban. Si fuera un hombre como tenía que ser, volvería a poner la alfombra en la pared.

Turner suspiró y dejó la alfombra preparada para llevarla luego a la casa. Sintió ganas de volver y formar parte de aquel círculo de risa.

El hombre salió del corral y silbó alto y penetrantemente a través de los dientes. Los caballos se volvieron hacia él, que se acercó pensando lo mucho que le gustaba su trabajo.

Shayla marcó el número de teléfono con inquietud, esperando que respondiera el contestador automático, pero no fue así.

—Shayla, ¿dónde has estado?

—Alrededor del mundo en una canoa. ¡En tres días! Voy a salir en el libro Guinness de los récords.

—Estaba empezando a preocuparme. ¿Por qué ese sarcasmo?

—Sólo trataba de ser graciosa.

—Pues no lo has conseguido.

Tres días antes Shayla se habría disculpado, pero después de haber viajado a setenta y tres millas por hora, todo había cambiado.

—Voy a quedarme unos cuantos días, mamá.

—¿Dónde?

—En casa del tío de Nicky, en Montana.

—¿En casa de su tía y su tío? —preguntó la madre tras una pausa.

Shayla podía haberla engañado fácilmente. Después de todo, Nicky tenía una tía y un tío, que además estaban juntos en ese momento. Pero no quiso mentir.

—De su tío.

—¿Es soltero?

Shayla no dijo nada.

—¿Es guapo, Shayla? Dímelo.

—Mamá, volveré a casa dentro de unos días.

—¿Unos días? ¿Y qué se supone que tengo que decirle a Barry?

—Humm, salúdalo de mi parte.

—Shayla, no cometas ninguna estupidez. Siempre te dije que estabas haciendo una tontería...

—Mamá, estamos en una línea de varios abonados, no puedo ocuparla tanto tiempo.

—¡Claro que puedes! A menos que otros abonados tengan una emergencia tú tienes derecho a hablar con tu pobre madre.

—¿Cómo lo sabes? ¿Lo de las emergencias?

—Lo he leído en las guías de teléfono.

—¿Es que te dedicas a leer las guías de teléfono?

—Eso es lo que hace la gente vieja y solitaria como yo.

—Que tengas cincuenta y dos años no significa que seas una vieja —contestó Shayla, pensando que estaba dirigiendo mal la conversación.

—Me siento vieja. Las piernas me dolían mucho esta mañana.

—Bueno, mamá, sólo llamaba para decirte que estoy bien. Estoy contenta...

—¿Contenta? —dijo su madre alarmada.

—Y me voy a quedar aquí unos días más.

—¿A quedar? Pero si no puedes...

—Mamá, tengo veinticuatro años y creo que puedo quedarme, si así lo deseo.

Hubo un silencio.

—¿Pero cuánto tiempo?

—Unos días.

—Shayla, ¿has perdido el juicio?

—Sí —contestó. Luego, colgó.

Se imaginó que la culpa haría que se le encogiera el estómago, pero no fue así. De hecho, fue al revés. Comenzó a reírse.

Era libre.

Si no fuera por esas malditas canciones de Halloween, sería totalmente libre.

—Vampiro, vampiro... —canturreó.

Pero la canción era diferente. Hablaba de cielos de Montana y de ojos a medianoche.

Abby estaba en el jardín, al lado de las flores marchitas. Shayla fue a reunirse con ella mientras los niños comían alrededor de la casa jugando felices.

—No sé por qué me molesto —dijo Abby, observando disgustada un geranio marchito.

—¿Plantaste tú esas flores?

—¿Creías que las podía haber plantado él? —preguntó Abby con una mueca.

Esa respuesta le dio a Shayla bastante información. Por ejemplo, que Turner llevaba mucho tiempo sin la compañía de una mujer.

—No —respondió, tratando de ignorar la alegría de su corazón.

## Capítulo 5

Turner estuvo con los caballos cerca de una hora, antes de que Shayla apareciera, evidentemente obligada por Danielle y Nicky. Los cuatro caballos no estaban acostumbrados a que hubiera desconocidos y eso les hizo perder la concentración. Lo mismo que a él.

—Lo siento, me insistieron para que viniera —se disculpó.

—No te preocupes. A éste le vendrá bien algo de ejercicio —contestó, hablando del caballo que los estaba mirando y relinchaba suavemente, sin prestar la más mínima atención a Turner.

Por el rabillo del ojo, Turner pudo ver que Shayla llevaba un puñado de hierba en las manos.

—¿Cómo se llama, tío Turner? —preguntó Danielle.

—Rock. Digo Chance.

—Oh —contestó Danielle con aprobación—. Como el de *Vuelta a casa*.

—Nombre, Nicky —gritó Nicky, tan alto que el potro lo miró sorprendido.

—Le está enseñando —explicó Danielle a Shayla con gesto serio—. ¿A que sí, tío Turner?

—Sí —contestó, tratando de ignorarlos.

Aquellas mallas rojas de Shayla le estaban haciendo sentir tan tímido y torpe como al caballo.

—¿Y cómo lo hace? —susurró Shayla.

—Golpea al caballo con esa manta hasta que el caballo deja de odiarla y le gusta.

No era una mala explicación, pensó Turner. El potro ya empezaba a calmarse. En lugar de saltar cada vez que la manta lo tocaba, simplemente se movía un poco. Pronto lo soportaría inmóvil.

Turner tiró la manta sobre la cabeza del animal y la dejó allí.

La audiencia soltó una carcajada, como Turner sabía que haría. El potro miró por debajo de su improvisado sombrero y pareció también echarse reír.

—De acuerdo, muchacho. Es suficiente por hoy —Turner quitó la manta al caballo y le dejó que fuera hacia los niños.

—Tocar —gritó Nicky.

—Nicky, no lo asustes —ordenó suavemente Shayla.

—La verdad es que cuanto más ruido haga, mejor —dijo Turner—. A nadie le gusta un caballo que se asusta con el más mínimo ruido. Yo hago ruidos con cadenas y con botes llenos de piedras para que sepa que puede confiar en mí.

—Es fascinante.

—¿Sabes? Llevo haciendo esto desde pequeño y todavía me fascina. Sigo aprendiendo nuevas cosas cada día. ¿Qué más puede pedir un hombre a la vida?

«No estar solo», le contestó una voz interna.

—Vamos, niños. Tengo que hacer algunas llamadas —dejó al potro marcharse y



él se acercó a los niños.

—Quiero ver caballo bonito —dijo Nicky.

—Yo también —añadió Danielle—. Mamá dice que esa yegua está loca. Shayla lo miró extrañada.

—He comprado un animal huraño —admitió—. Venid a ver. Fueron todos para allá y Shayla reaccionó como los demás.

—¡Es preciosa! Nunca he visto nada igual.

—Es una Appaloosa. Tiene manchas de leopardo.

Por un momento, Turner pensó en lo guapa que estaría Shayla sobre aquella yegua. Luego, le pareció una idea ridícula.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué dice tu hermana que está loca?

—Es salvaje y mala. Da patadas, muerde y golpea.

—Entonces, tú eres el que está loco, porque se nota que aun así la adoras —respondió Shayla, mirándolo con una sonrisa que reflejaba que lo comprendía.

—¿Harías algo por mí? —preguntó Turner sin pensárselo dos veces.

—¿Qué?

—¿Por qué no cantas para ella? He leído en alguna parte que la música ejerce un efecto relajante sobre los caballos. Sin embargo, yo nunca lo he intentado debido a que no canto muy bien.

Por un momento, pareció que Shayla iba a negarse, pero finalmente se encaminó hacia la valla y miró al animal con gesto pensativo. Luego, comenzó a cantar:

Mujer salvaje,  
¿Estás verdaderamente loca  
o guardas dentro una herida?  
Espera, espera, espera,  
mujer salvaje.  
El amor se acerca.

Su voz era suave y dulce, y la melodía, mágica. Turner notó cómo un escalofrío le recorrió la espalda.

Y lo mismo debió ocurrirle al animal, que dejó de dar patadas y alzó las orejas.

—Canta otra vez —suplicó Turner.

Shayla cantó una segunda y después una tercera vez. El animal suspiró como si se aliviara de un gran peso, dio un paso hacia ellos y luego se detuvo. Bajó ligeramente la cabeza y puso el peso sobre las patas traseras.

Una estrofa más y la yegua se iría a dormir.

—Es increíble —dijo Turner suavemente.

—¿Pero crees que la ayuda?

—No lo sé. Quizá pueda inventar un modo de que le sirva de ayuda.

—Cantas muy bien —declaró Danielle.

—Gracias —dijo, casi tímidamente.

—Canta Amapola Semilladepimiento —pidió Nicky mientras todos se alejaban del caballo.

—No creo que...

—Por favor —imploró Danielle.

«Por favor», imploró en silencio Turner. Su voz tenía sobre él el mismo efecto que sobre la yegua. Lo relajaba y le hacía pensar que el mundo era bueno.

Y también le hizo anhelar muchas cosas de su pasado. Como por ejemplo, cuando llegaba a casa para encontrarse el olor a pastas recién hechas y la sonrisa de su madre, al tiempo que su padre apoyaba la mano sobre su hombro después de haber estado trabajando juntos con los caballos.

Turner hizo un gesto negativo con la cabeza. Todo ese mundo había desaparecido de súbito.

«Hijo, están muertos. El avión se estrelló y nadie ha sobrevivido».

Después de aquello, siempre había sentido miedo a desear demasiado las cosas, miedo de ser blando, miedo de perder el control... Sí, de acuerdo, y también miedo de amar.

—Por favor —repitió Danielle—, canta.

Amapola Semilladepimiento va a venir a tomar té.

Amapola Semilladepimiento me quiere.

Vamos a pasarlo muy bien,  
riendo y cantando y haciendo versos.

La magia de su voz había desaparecido. Esa pequeña canción era rápida y alegre.

Amapola Semilladepimiento es mi mejor amiga  
y la amaré hasta que deje de ser niña.

«Y después», pensó él, y entonces sintió un estremecimiento. Shayla estaba empezando a ejercer un extraño efecto sobre él.

Los niños, satisfechos con la canción, salieron corriendo. Nicky gritó alegremente, tratando de que sus piernas corrieran tanto como las de su prima, un poco más largas.

—Nunca he visto a Nicky tan... tan feliz —dijo pensativa—. No quiero decir que antes fuera un niño triste, pero...

—Los niños necesitan estar con otros niños, según creo.

—Es también el lugar, grande y salvaje. Aquí se puede gritar y correr. Nicky vive en un pequeño apartamento en Portland.

Turner no quiso imaginarse a Nicky en el apartamento. Era un niño lleno de energía que estaba hecho para correr entre la hierba, para descubrir cachorros en los corrales y para bañarse en el río con un potro.

¿Le habría robado al pequeño su infancia? ¿Se habría criado allí con su madre y su padre si él no hubiera intervenido? ¿O el noviazgo entre su hermano y Maria habría terminado de forma natural después de un tiempo?

Dio un suspiro.

—¡Niños! No os acerquéis a los caballos si yo no estoy con vosotros. Vamos a hacer algunas llamadas a ver si encontramos a Maria —añadió a Shayla.

Aunque se daba cuenta de que en realidad no quería encontrarla tan pronto. Porque cuando la encontrara, Shayla se iría de allí para siempre.

Había una nota de Abby sobre la mesa en la que decía que se había echado a dormir una pequeña siesta. Turner buscó su agenda de teléfonos y se dispuso a hacer las llamadas.

No tenía por qué haberse preocupado. Con todas las personas con las que habló, y fueron casi la mitad del país, no recordaban cuándo había quedado vacía la casa de los Gerrardi. Joel, el de la gasolinera le dijo que quizá Milly, la mujer que trabajaba en correos, lo sabría, pero no fue así.

Después de casi media hora de llamadas inútiles, dejó de buscar a Maria y se dispuso a localizar a su hermano. Llamó al parque natural en el que, según el programa de televisión, su hermano trabajaba.

Mientras hacía las llamadas, no dejó de observar furtivamente a Shayla, que se encargaba de colocar tallos de hierba en una jarra de leche antigua de esmalte que había sobre la mesa de la cocina. Los tallos eran de diferentes medidas y para ello entraba y salía de vez en cuando. Después de un tiempo, aquello fue tomando la forma de una pequeña obra artística.

Cuando terminó, la contempló desde diferentes ángulos, alejándose y dando vueltas alrededor. Finalmente, asintió con un gesto de satisfacción. El resultado era muy sencillo: una vieja jarra de leche, ligeramente abollada, con hierba y maleza, pero daba a la cocina un aspecto totalmente diferente.

Con el olor de las galletas al horno, aquello parecía casi... ¡caramba! Parecía un hogar.

Turner continuó con el teléfono pegado a la oreja, fingiendo no prestar a Shayla el más mínimo interés. Aunque en realidad estaba atento a cada uno de sus movimientos.

—¿Qué puede hacer una mujer aquí? —había preguntado sarcásticamente Celia—. ¿Aprender a hacer punto?

Pero Celia no había aprendido a hacer punto.

Shayla caminó sin rumbo por el salón. Luego, se sentó, escondiendo bajo la camiseta aquellas piernas maravillosas, sacó un bolígrafo desde detrás de la oreja y comenzó a tararear algo.

Era algo sobre Amapola y un vampiro.

Turner cerró los ojos. Tan sólo veinticuatro horas antes todo era de lo más sencillo para él y parecía que su vida jamás iba a cambiar.

—Nick MacLeod —informó a alguien que estaba al otro lado de la línea—. Una emergencia familiar. Sé que está en la montaña, lo vi en televisión. ¿Al guardabosques más cercano? Sí, gracias —contestó, anotando un número de teléfono.

Gatos negros y cacareos de brujas,  
Amapola, no te asustes...

El teléfono del guardabosques más cercano sonó y sonó. Turner se alegraba de poder escucharlo por un oído mientras por el otro escuchaba a Shayla. Iba a colgar cuando alguien contestó.

—Aquí Fin de la carretera.

Estupendo, su hermano había terminado viviendo en un lugar que se llamaba *Fin de la carretera*. ¡Como si Turner no se sintiera ya suficientemente culpable!

—Estoy buscando a Nick MacLeod.

—Sí. Usted y el resto del oeste.

—¿Perdón?

—El no quiere escribir un libro, no quiere salir en una película y tampoco quiere conocer a su hermana.

—Gracias, pero ya conoce a mi hermana, que resulta que es también su hermana.

—Oh, perdón. ¿Quién es usted?

—Soy su hermano Turner.

El hombre volvió a disculparse.

—Su hermano no ha recibido una sola llamada en tres años, ni siquiera una carta, si no me equivoco, y ahora, después de ese programa de televisión, el mundo entero trata de encontrarlo. Siento haber sido grosero, pero empiezo a sentirme como su maldito agente. No he venido a trabajar a este sitio sólo para contestar el teléfono. De todos modos, lo siento. Nick se ha tomado dos semanas de vacaciones. Él también odia todo lo que está pasando.

—¿Dejó algún número donde localizarlo?

—No.

Pero algo en el tono del hombre le hizo sospechar. Nick no estaba solo cuando se marchó de la montaña.

—¿Con quién se fue? ¿Con la mujer rubia que lo entrevistó?

—No, y no porque ella no lo intentara. Una amiga que hacía tiempo no sabía nada de él vio el programa y vino hasta aquí. Se fueron juntos, y su hermano no parecía muy triste, desde luego.

—¿Era una antigua novia?

—Creo que se llamaba Mary o Marie o algo por el estilo.

—Si lo llama, dígame que ha llamado su hermano y que es urgente.

—¿Algún fallecimiento?

Turner oyó que en ese momento Nicky entraba por la puerta de atrás.

—Nicky, comer. Ahora.

—No y no vas a comer nunca —contestó Turner.

Colgó el auricular y miró a su sobrino enfadado.

—No grites así en esta casa, y sobre todo si hay alguien al teléfono.

—Vale —asintió Nicky amigablemente—. Tío, tú gustas.

Turner no dijo nada. Entró en el salón y vio a Shayla sentada con las piernas encogidas y el cabello cayéndole sobre el rostro. Sobre ella, el lugar que había ocupado la alfombra en la pared daba la impresión de estar vacío.

—Parece que están juntos dijo—. Maria y Nick —añadió.

Los ojos de Shayla brillaron intensamente.

«Encima es una romántica», pensó Turner. «Seguro que cree en el amor, en finales felices y en los cuentos de hadas».

Él, por su parte, era un hombre que había pasado demasiado tiempo con las botas llenas de estiércol como para creer en cosas que no fueran completamente reales.

—¿Están juntos? —repitió encantada.

El asintió.

—Pero no sé dónde.

—¡Oh! —exclamó, como si no le importara dónde pudieran estar.

—¿Está Abby durmiendo todavía? —quiso saber Turner.

—Sí. Creo que sigue descansando.

Turner dio un suspiro. No era tan canalla como para pedirle a su hermana que se levantara a hacerles la comida si necesitaba descansar. Y él no había hecho comida para varias personas desde que su hermana había cumplido los dieciséis.

Shayla se quedó mirando al papel. Tonterías. Estaba escribiendo tonterías.

Había perdido toda concentración desde que había visto a Turner trabajar con el potro.

Había sido algo increíble de ver. El animal tan desconfiado y el hombre tan decidido, tan fuerte y tan paciente.

Había sido como ver un baile extraño de dar y tomar, de poder controlado y generosidad.

Turner había sujetado la manta, una prenda grande y colorida de rayas, en una mano, y en la otra una vara. Con ella le había ido dando golpecitos rítmicos por todas partes, desde la cabeza, al lomo, bajo el vientre y sobre las orejas. El caballo saltaba y trataba de esquivarlo al principio. Luego, comenzó a limitarse a retroceder un poco y, finalmente, acabó por quedarse quieto, con una mirada de aceptación, casi de disfrute, cuando la manta fue colocada sobre su lomo.

Pero lo que más le había gustado a Shayla había sido la mirada del hombre. La concentración en sus ojos, su intensidad, su seguridad...

Turner estaba haciendo algo físico, pero la concentración de su mente flotaba en el aire y Shayla estaba convencida de que era eso lo que había calmado al caballo.

Y también estaba convencida, al verlo trabajar con el animal, de que empezaba a conocer el corazón de ese hombre.

Un corazón grande y desnudo, pero también amable y abierto.

Y Shayla lo había comprobado de nuevo cuando él le había pedido que cantara para la yegua. Turner estaba deseando llegar más allá de los límites de su propio conocimiento y experiencia para encontrar la llave con la que poder abrir un corazón salvaje.

Cantar a la yegua había sido una experiencia deliciosa para Shayla. La había llenado de paz, de una sensación de estar conectada a esa tierra de hierba ondulante y polvo ligero, al sol suave de septiembre y al inmenso cielo azul.

Luego, habían vuelto juntos a la casa y los sentidos de Shayla habían permanecido a flor de piel. Era tan consciente del color oscuro de los ojos de Turner, del aroma a caballo y cuero que se aferraba a él, de la longitud y energía de cada uno de sus pasos, que casi vibraba con ello y deseaba estar aún más cerca de él.

Eran deseos sorprendentes. Quería colocar su cabeza sobre el pecho de él, saborear sus labios y sentir la fuerza de sus brazos rodeándola.

Incluso la risa de los niños que iban corriendo delante, parecía formar parte de ese sentimiento de Shayla.

Por un momento, el tiempo se detuvo y Shayla tuvo todo lo que alguna vez había deseado. Más de lo que había deseado jamás.

Era una sensación extraña, ya que, en realidad, lo único que poseía en ese momento era el aire que respiraba, pero de alguna manera cambiaba todo ya que él respiraba ese mismo aire.

Después, se quedó allí sentada, fingiendo trabajar para estar cerca de él y escuchar su voz profunda al hacer las llamadas. Le encantaba cómo hablaba con la gente. Lo hacía con calma y autoridad.

También se sintió feliz cuando se enteró de que Nick y Maria estaban juntos y de que Turner no había sido capaz de localizarlos.

Shayla abrió el cuaderno por una hoja anterior y leyó:

Amor a primera vista,  
cielos de Montana.

Amor a primera vista,  
ojos de medianoche.

¿Por qué no sabía que mi corazón estaba roto?

¿Por qué no sabía que mi dolor era soledad?

¿Por qué no escapé nada más verte?

¿Por qué no me voy antes de que descubra cada matiz del azul?

Shayla alzó la vista, consciente, de repente, de que él la estaba mirando. Turner estaba en la entrada con las manos en los bolsillos de los vaqueros y una sonrisa en

los labios.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Te olvidas de todo cuando compones, ¿verdad?

Shayla se sintió culpable al pensar en lo que estaba escribiendo. Cielos de Montana. Entonces miró lo que la haría olvidarse de todo: los ojos de medianoche.

—¿Llevas ahí mucho rato?

—Uno o dos minutos. ¿Vas a leerme lo que has escrito?

—¡No! —gritó con demasiada energía, escondiendo el papel entre los otros.

—Qué tímida eres —aseguró Turner, sonriendo.

Nicky entró como una exhalación y aterrizó en el regazo de Shayla, arrugando la hoja de papel. La canción de Halloween había sido arrugada y desarrugada tantas veces que ya no importaba.

—Tío Turner tiene comida —dijo el pequeño, dando a Shayla un beso en la mejilla y separándose después para salir corriendo hacia la cocina—. ¡Danielle!

—¿Qué? —repitió Shayla, al ver que Turner seguía mirándola con una sonrisa.

Turner miró la mejilla, que ella se limpió.

—Comida —dijo él con voz ronca—. Danielle —gritó, saliendo al pasillo—, ve a buscar a tu madre.

Pero el deseo de besarla en la mejilla quedó flotando en el aire, como su concentración cuando trabajaba con los potros.

Poco después estaban todos reunidos en la mesa, como una gran familia.

Shayla nunca había formado parte de una gran familia. La suya había constado sólo de ella y su madre.

De pequeña, incluso después, había deseado tener más hermanos. Luego, quiso encontrar un marido que fuera el padre de sus hijos, pero lo que más había echado de menos había sido un padre.

Si se casaba con Barry, pensó, no llegaría a tener una gran familia. A él no le gustaban los niños.

«Disfruta de este momento», se ordenó a sí misma. Es lo más cercano a una gran familia que probablemente llegues a tener nunca.

Y lo disfrutó. Lo disfrutó muchísimo. Los niños riendo y chillando, Abby haciendo bromas a su hermano sobre los perritos calientes que se estaban quemando en la barbacoa.

Turner había cortado algunas de las manzanas y las zanahorias en grandes trozos para los niños. A Shayla le hizo gracia, sabía que era lo que le daba a los caballos.

—¿Puedo ponerles nombre a tus próximos caballos, tío Turner? —preguntó Danielle.

—Claro, cariño.

—Bien, espero que tengas muchos.

—Van a llegarme otros seis a finales de este mes, así que puedes empezar a pensarlos ya.

—Llamaré a uno Priscilla —decidió Danielle.

Turner gimió y luego tosió para disimular su consternación.

—Y a otro lo llamaré Candyland. Es mi juego favorito.

—Odio ese juego —protestó Turner—. Me hiciste jugar contigo la pasada víspera de año nuevo.

Pero Shayla se dio cuenta de que Turner no comentó que le disgustara el nombre, lo cual era obvio.

—Y por ahora, ya está —continuó Danielle—. Ya te diré otro día el nombre de los otros.

—Gracias.

—Aunque sería más divertido poner el nombre a uno de los caballos que te quedas tú en vez de a los que son para otra gente. Y tú, Shayla, ¿cómo llamarías a un caballo?

—Algo bonito, como Bailarín de los vientos.

Muchos de los caballos con los que había trabajado tenían ese tipo de nombres o incluso peores.

Turner era un hombre que se consideraba a sí mismo racional, nada poético, así que se sorprendió por la respuesta.

—Por eso voy a llamar a la yegua Luna.

Shayla lo miró y esbozó una sonrisa, como si le hubiera dado un sol brillante y dorado.

Él, sin embargo, pensó demasiado tarde que era un nombre estúpido para un caballo, pero le resultó difícil decírselo. Le daba pereza. Se fijó en que Abby lo estaba mirando con extrañeza y él la miró con gesto desafiante.

En ese momento, sonó el teléfono y él, agradecido, lo contestó.

—¡Maria! —exclamó sorprendido—. Por supuesto que está aquí el niño. Está bien. Es un niño precioso, Maria. Shayla está aquí también. ¿Diez días? Pero...

La comunicación se cortó y se quedó mirando el auricular. ¿Se había cortado la línea o había sido Maria quien la había cortado deliberadamente? Lo cierto era que el teléfono allí no era muy estable. Las líneas se cortaban a menudo con el viento, las tormentas y hasta con los pájaros.

—Era Maria —declaró, volviendo a la mesa—. Manda un beso para Nicky.

—¿Y? —preguntó Abby.

—¡Diez días! No vendrá hasta dentro de diez días.

—No puedo quedarme diez días. Por supuesto que no puedo —dijo Shayla con voz nerviosa.

—¿Por qué no? —quiso saber Abby—. Puedes trabajar aquí.

—Bueno, mi fecha de entrega...

—Tengo una máquina de fax —aseguró Abby.

—Pero no estaría bien.

Él no pudo evitar darse cuenta de que Shayla estaba intentando no mirarlo,



asustada por aquello que parecía espesar el aire entre ambos. Y él también estaba asustado. Demasiado asustado como para invitarla a que se quedara, pero no lo suficiente como para decirle que se marchara.

—Yo voy a tener mucho trabajo para finales de mes y no puedo ocuparme de los caballos y del niño a la vez.

La tensión que había en el aire estalló bruscamente cuando Abby y Shayla soltaron una carcajada, como si el comentario de él hubiera sido una broma muy graciosa.

—Si eso ha sido una invitación, Turner, ha sido bastante pobre.

Él miró a su hermana, que no apartó la vista.

—Shayla, quédate hasta que vengan Nick y Maria —dijo entonces Turner—. Por favor —añadió, al darse cuenta de que su tono había sido ligeramente autoritario.

«Di que no», se dijo. «Escapa mientras puedas». ¿Pero cómo podía ella decirle que no cuando aquel «*por favor*» parecía haberle costado tanto?

Lo miró fijamente y entonces supo que no se marcharía de allí.

## Capítulo 6

La casa se quedó finalmente en silencio. Danielle y Nicky se acostaron en la habitación de invitados, en sendos sacos de dormir. Turner sintió envidia de ellos al recordar el sofá cama en el que le tocaba dormir a él.

Sintiéndose como un Santa Claus ladrón, Turner se levantó y sacó de debajo de la cama la vieja alfombra que Shayla había colgado en la pared. Se quedó mirándola sin saber qué pensar. ¿Cuál era el problema? ¿Por qué sentía que aquello estaba relacionado con su corazón y no con las paredes lisas de aquella habitación monacal?

Enfadado consigo mismo, agarró la alfombra y los clavos que Shayla había usado para colgarla y la puso en la pared. Luego, volvió a la cama.

Quizá al día siguiente, si el tiempo no lo impedía, pondría la tienda de campaña en el jardín para que los niños durmieran. Quizá también él pudiera dormir con ellos. Hasta el suelo era mejor que ese artilugio.

Miró a la pared y frunció el ceño.

A menos que estuviera confundido, sus botas de nieve, que él había dejado en el porche trasero meses atrás, estaban ahora colgadas en la pared.

¡Y se iba a quedar diez días! Seguro que cuando volviera a casa uno de esos días se encontraría las paredes pintadas de rosa y pañitos de ganchillo por todas partes.

Aquella noche, su hermana, que tampoco había dicho cuándo se iba a marchar, había hecho carne asada, y Shayla, prácticamente de la nada, de tan sólo un poco de harina y unos huevos, había hecho unos bollos exquisitos que había dicho que se llamaban *puddings de Yorkshire*.

Los niños los habían devorado mientras él había tratado de mostrarse prudente y educado. Pero, al fin y al cabo, era un hombre que había estado sobreviviendo a base de latas y recetas de la televisión, así que quizá también él había acabado perdiendo un poco el control.

Que era lo mismo que sentía que le estaba pasando con su vida.

Y todo era por culpa de que Shayla supiera hacer pizza y *puddings de Yorkshire* y se fuera a quedar otros diez días.

Para entonces, probablemente, se habría apropiado por entero de su corazón.

Al día siguiente, irían juntos a montar a caballo. Como él llevaba toda la vida haciéndolo, imaginaba que su nerviosismo no tenía nada que ver con los caballos. De repente, sintió un escalofrío.

Luego, trató de recordar si alguna vez se había sentido tan triste.

Durante el desayuno, los niños decidieron imitar a los monos en vez de a los cerdos. Comieron tortas de avena recién hechas y cubiertas de sirope de arce mientras reían y gritaban.

Shayla se había recogido el pelo en una cola de caballo. Tenía el aspecto de una muchacha de dieciséis años, que era probablemente la edad en la que él se había

puesto por última vez nervioso ante una cita romántica.

Aunque aquello no era una cita romántica, se advirtió a sí mismo. ¿Por qué se le había ocurrido esa estupidez? Iban a ir simplemente a dar un paseo a caballo.

Pero iban a ir solos, así que tenía que pensar en temas de conversación.

Como en una maldita cita romántica...

—¿Sabes, Abby? No sé si es una buena idea que Shayla y yo nos vayamos. Parece como si en cualquier momento pudieras romper aguas.

Abby le dirigió una mirada que le hizo sentirse tan transparente como un colegial.

—No seas idiota —le espetó con descaro.

Danielle y Nicky soltaron una carcajada y se le quedaron mirando.

—¿Cuándo se ha vuelto a colocar esa alfombra en la pared? —añadió Abby para tratar de estropearlo.

Turner se levantó de la mesa.

—Está fenomenal —continuó su hermana—. ¿La has puesto tú?

—No... Santa Claus —declaró. A los niños les pareció enormemente gracioso—. Si piensas venir, vamos —le dijo a Shayla.

Le daba igual que su entrometida hermana pensara que existía un idilio entre ellos.

—Creo que voy a quedarme —contestó Shayla—. No quiero dejar a Abby con todo este trabajo.

¡Había conseguido asustarla!

Pero Abby no se asustaba fácilmente.

—Vete —ordenó a Shayla—, yo soy una mujer embarazada, pero cualquier persona que elija quedarse a limpiar en vez de ir a montar a caballo no tiene más remedio que ser estúpida, y mi paciencia con los estúpidos no es muy grande —la muchacha suavizó el comentario con un guiño.

Shayla salió prácticamente corriendo al oír aquellas palabras.

—Abby ha sido siempre así —dijo Turner, encontrando la paciencia suficiente como para ir al paso de Shayla—. Es una maleducada y una mandona. Quiere que siempre se haga su voluntad.

—Me da la impresión de que no es la única por aquí —dijo con cara inocente.

La mirada de sorpresa de él hizo que Shayla soltara una carcajada.

Desde luego, Shayla no le tenía mucho miedo, pensó Turner.

La mañana era soleada y brillante, tan agradable que era capaz de suavizar el peor de los humores.

—No vamos a montar los caballos con los que tú estuviste trabajando ayer, ¿verdad? —preguntó nerviosamente.

Shayla tenía algo de miedo, que era un sentimiento que él desconocía. Debería llevar a Shayla a casa antes de que empeorara la situación.

Pero no lo hizo.

—No, ninguno de ellos está todavía preparado para llevar a un jinete. Los

caballos que uso para montar, los míos, están aquí —explicó, abriendo una verja.

Turner silbó hacia un grupo que había al lado del río. Tres de ellos se volvieron.

—¡Qué bonitos!

Turner la miró de reojo. Shayla tenía los ojos brillantes y la boca ligeramente abierta. Estaba muy guapa.

—Este es Stan —aseguró Turner, mostrándole un animal de doce años al que acarició el hocico y detrás de las orejas.

—¿Stan? ¿Cómo la abreviatura de Stanley? ¿Qué clase de nombre es ése para un caballo? —preguntó, arrugando la nariz.

La tenía pequeña y redonda, como la de una muñeca de trapo.

—¡Es un nombre lógico y apropiado!

—Creo que tiene un aspecto más salvaje.

—¿Tú crees?

Turner estaba empezando a sospechar que en diez días todos los caballos tendrían un nombre más tonto y exótico.

—«Guerrero de los vientos» es un buen nombre, y queda bien junto con «Bailarín de los vientos».

Turner dio un suspiro y le dio las riendas de Stan. Luego, agarró otro de los caballos.

—Y ésta era la yegua de mi madre. Cumplirá treinta y tres años pronto.

—¿No es mucho para un caballo?

—Sí, pero con una buena dieta y ejercicio los caballos cada vez duran más. Ahora es bastante frecuente que lleguen a los treinta. Yo espero que ésta viva para siempre —lo dijo sin pensar y, al darse cuenta, se quedó en silencio—. Bueno, es una yegua y no tendrás ningún problema en manejarla —añadió después de aclararse la garganta.

—¿Y cómo se llama?

Turner esbozó una sonrisa. Aquello le recordó que a su madre también le gustaban los nombres raros.

—Mi madre la llamaba «Ángel solitario».

—«Ángel solitario» —repitió Shayla complacida.

—Yo la llamo simplemente Angie. Puedes montarla tú, yo montaré a Stan. Y ahora, ponte a su lado para que te empiece a conocer. Haz un pequeño nudo en las riendas, pero que no quede demasiado tenso.

Turner la miró un instante y vio que Shayla trataba al caballo de una manera relajada. Los caballos eran los animales más intuitivos y psicológicos que conocía. Incluso un animal tan viejo como Angie, podía reaccionar violentamente si no lo trataban adecuadamente.

Turner ató a Stan, el guerrero, a la valla, fue hacia Shayla y desató el bonito nudo que ésta había hecho.

—Yo siempre hago un nudo que se deshaga rápidamente, por si es necesario —explicó.

Turner hizo un nudo y tiró de él para demostrar la resistencia y luego, con un movimiento de la muñeca, tiró de él y el nudo se disolvió.

—¿Cómo lo haces?

El interés de Shayla era sincero y él se puso a explicarle cómo hacer el nudo. También le sugirió que lo repitiera para ver si había aprendido.

—¡Oh!, yo soy muy torpe. Viéndome hacer esto, seguro que pensarás que mi coeficiente intelectual es bastante bajo.

Pero siguió intentándolo y eso le gustó. En el quinto intento, con un gesto de máxima concentración, lo consiguió y alzó los brazos con gesto de triunfo como si acabara de atar las patas de un cordero en un tiempo récord.

Y demostró ser igual con todo lo demás. Quiso que le explicara para qué servía cada utensilio de los establos y cómo se usaban. Y quiso poner la silla y las bridas a Angie ella sola.

A Turner le gustó mucho contestarle a las preguntas. Disfrutó con su entusiasmo y su habilidad para reírse de sus errores.

Tampoco le importó las posturas que Shayla ponía sin darse cuenta al tratar de agarrar una de las pezuñas de Angie. Pensó que Shayla era una de esas personas que ponían el corazón en todo lo que hacían.

Cuando terminó con la pezuña, la dejó en el suelo. Tenía el rostro colorado por el esfuerzo y la coleta se le había deshecho ligeramente. En la parte delantera de la camisa le había salido una mancha alargada.

Estaba para que le hicieran una foto: la mujer del vaquero.

Turner se maldijo. Su hermana tenía razón, era un idiota.

Turner terminó de preparar las pezuñas de Angie y luego le colocó una pequeña manta blanca encima.

—¿Lo ves? Deja las cruces así, de manera que puedas soltarlas o ponerlas más flojas cuando quieras.

Shayla estaba muy cerca y olía maravillosamente bien. Al colocar la silla sobre la manta, se tuvo que acercar más y Turner olió su pelo.

—¿Así?

Turner notó que la garganta se le quedaba seca. Shayla dio un paso hacia atrás.

—Sí —contestó Turner—, así.

«Y ahora, aléjate antes de que pierda el control por completo», pensó para sí.

Pero en vez de decir aquello, se torturó a sí mismo, dejándola que lo ayudara a poner la silla, a fijar la cincha e hiciera el nudo que la había enseñado a hacer poco antes.

Desde luego, Shayla no tenía talento para los nudos. Pero cuando, finalmente, terminó de hacerlo, lo miró con una sonrisa que deshizo varios nudos que Turner sentía en su interior.

De repente, se sintió alegre para todo el día.

—Quiero intentarlo una vez más —aseguró Shayla—, sólo para confirmar que lo he aprendido —añadió, pensando para sí que el olor que despedía ese hombre estaba mareándola.

De nuevo, el nudo se le escapó.

—¡Maldita sea! Lo siento.

Turner la miró divertido. Sus ojos de medianoche la miraron por debajo del ala del sombrero.

—No estás escribiendo ahora una canción para Amapola, no te preocupes.

Turner no se había afeitado aquella mañana y tenía las mejillas oscurecidas por el vello. Estaba increíblemente atractivo. Era vital, fuerte y un cierto misterio envolvía su persona.

Shayla estaba casi temblando por estar tan cerca de él. El único nudo que le había salido bien había sido el del estómago.

—Mira.

Turner se acercó a ella. Olía a loción de afeitar, a jabón y a sol, y ligeramente a cuero también.

Había tanta energía en cada cosa que hacía, tanta fuerza, tanta agilidad para hacer cosas que a ella le parecían increíblemente difíciles...

A Shayla le gustaba el modo en el que él movía las manos, con la seguridad con que se hacen las cosas que se han hecho muchas veces.

Shayla se estremeció pensando en sus manos. Manos que podían acariciar a una mujer con pasión.

—¿Estás pensando en otra cosa? —preguntó Turner, acercándose a su oído.

Su aliento era cálido y sensual.

—Estaba soñando despierta. Es una mala costumbre que tengo.

—Peligrosa costumbre para estar al lado de un caballo.

«Y cerca de algunos hombres, también».

—De acuerdo, y ahora viene la parte más divertida.

Shayla miró silenciosamente a los labios del hombre.

—Quieres montar, ¿verdad?

—Claro —balbuceó—. Pero todo me ha resultado muy divertido.

Aunque no podría afirmar que hubiera sido igual de divertido si él no hubiera estado tan cerca de ella. Turner esbozó una sonrisa.

—A mí me pasa igual. Me encanta todo lo relacionado con los caballos. Me vuelven loco. Incluso me gusta limpiar las cuadras. ¿Cuántas veces has montado a caballo?

—No muchas. Sé montar si el caballo va despacio, simplemente.

—Montemos y veamos qué pasa.

Shayla puso el pie en el estribo y se subió torpemente. Antes de pasar el pie hacia el otro lado se quedó inmóvil y notó, agradecida, que una mano de hierro la colocaba

firmeramente sobre la silla.

No estaba segura de si tenía que darle una bofetada o las gracias, así que lo miró fijamente.

Turner tenía un gesto solemne y, si sus ojos reflejaban un brillo sospechoso, el ala del sombrero no se lo dejó ver.

—Llevaba mucho tiempo sin subir a un caballo.

—Lo has hecho muy bien. Y ahora, vamos a dar un paseo.

Y así fue. Shayla se relajó en cuanto el caballo se empezó a mover. Se limitó a dejarse llevar por el balanceo rítmico.

—Al trote —dijo él.

Ella tiró un poco de las riendas, siguiendo las lecciones casi olvidadas.

—Si estás preparada, trata de dar un círculo alrededor mío. Intenta que el caballo dé pasos largos.

Shayla lo hizo y se sintió, repentinamente, más libre de lo que jamás se había sentido. Finalmente, obligó al caballo a ir a un paso más suave.

—No lo haces mal —aseguró el hombre—. La gente normalmente tiende a decir que monta mejor de como lo hace en realidad. Tú montas bastante bien.

Shayla notó cómo se sonrojaba.

—Me refiero a que te colocas bien sobre la silla. Y lo otro, tampoco lo haces mal.

«Dale una bofetada», pensó.

Pero no lo hizo. Soltó una carcajada y él también lo hizo. Dirigieron los caballos hacia la carretera y pasaron la casa. Abby los saludó desde el jardín. Estaba tendiendo ropa, y Turner maldijo entre dientes. Shayla miró lo que Abby estaba tendiendo, y vio que era la ropa interior de Turner.

Nicky y Danielle estaban jugando con unos caballos de madera también en el jardín y gritaron a Turner, que les prometió darles una vuelta pronto en un caballo de verdad. Luego, se dirigieron hacia el sendero de entrada por el que Shayla y Nicky habían llegado parecía hacer ya una eternidad.

Y entonces, en un lugar que Turner pareció tener apuntado en su mente, giró y galopó hacia la pradera abierta.

Iba sentado derecho y relajado, como si llevara montando a caballo toda su vida. Cosa que era probablemente cierta.

—Te imagino en un caballo salvaje.

—¿Como en las películas?

—Sí.

—¿Un caballo que se encabrite y salga al galope?

—¡Eso es!

—No me gustan esos caballos. A veces, me traen caballos así, y entonces trabajo con ellos en el corral y les enseño lo básico. Prefiero los caballos tranquilos y responsables, como éste.

—¿Y cómo consigues que sean así? Explícamelo desde el principio.

Turner la miró para ver si lo decía en serio, descubriendo que así era. Luego, comenzó a hablarle de lo que hacía cuando le llegaba un caballo salvaje.

—¡Maldita sea! Estoy seguro de que te estoy aburriendo con todo esto —dijo con una sonrisa perezosa que la hizo estremecer.

Y antes de que ella pudiera decir que no, que hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto, comenzó a galopar a través de la pradera hasta que finalmente relajó la carrera.

Trotaron hasta un alto y allí se detuvieron. En la distancia, podía ver cómo se alejaban dos ciervos. Shayla pensó que era uno de los mejores momentos de su vida. Quizá el mejor.

—Así estás mejor —dijo Turner, mirándola.

—¿A qué te refieres?

—Tienes las mejillas rojas. No sales mucho, ¿verdad?

—No lo suficiente —admitió, aunque no estaba segura de si las tendría así sólo por el aire—. Mi trabajo me obliga a estar dentro de casa para poder tocar el piano.

—Háblame de ello.

Shayla lo miró fijamente para ver si estaba bromeando. Pero él la estaba mirando fijamente, dando muestras de querer saber sinceramente cómo era su trabajo.

Los caballos iban uno al lado del otro y ella le habló de su vida en Portland, sorprendiéndose a sí misma al ser capaz de relatarle su insatisfacción con las canciones infantiles que tenía que componer.

Turner la escuchó atentamente, interrumpiéndola sólo una vez para señalarle un águila dorada que hacía círculos sobre ellos.

—Oh, te estoy aburriendo mucho.

Y entonces, con una espontaneidad fruto de aquella mañana agradable, tiró de las riendas de su caballo y miró hacia atrás.

—A ver si me alcanzas —lo retó.

Galoparon de nuevo y por supuesto que la pudo alcanzar. Luego, volvió a dejarla delante para que ella descubriera, por sí misma, aquellas tierras que le pertenecían.

Y no le pertenecían sólo materialmente hablando, sino que también eran parte de su alma.

Se detuvieron en un alto, desde el que parecía que pudieran ver el infinito. Shayla se detuvo y él se puso a su lado.

—He hablado demasiado.

—No, no es cierto. No te preocupes.

—Me siento bien contigo, mejor que con mucha gente a la que conozco hace mucho más tiempo.

—Me alegro. Cuéntame más cosas.

Ella soltó una carcajada.

—No hay mucho más.

—Claro que sí, no me has hablado de las cosas que más te gustan.



—Esto —respondió, tocando el lomo del animal y señalando al horizonte.

—¿Y qué más? ¿Qué te gustaba antes de descubrir esto?

¿Había vivido ella realmente momentos semejantes antes de aquellos? Shayla buscó en su memoria.

—Las duchas calientes cuando hace frío —decidió—. Y esa sensación de frescor cuando me lavo los dientes. ¡Ah! Y los calcetines nuevos también.

Turner la miró con incredulidad.

—¿Calcetines nuevos? La mayoría de las mujeres habrían mencionado los diamantes o un viaje a Hawai.

—Ah —exclamó, ruborizándose—. No sabía que te estuvieras refiriendo a cosas grandes.

—De acuerdo, me refiero a grandes cosas.

—De acuerdo, entonces, ¡Johann Pachelbel!

—¿Tu novio?

Ella soltó una carcajada al ver la oscuridad que ensombreció sus ojos.

—No, a menos que yo sea mucho mayor de lo que parezco. Era un compositor del siglo dieciocho. Mi pieza favorita la compuso él y se llama *El Canon*.

—Pero tienes novio, ¿verdad?

Lo dijo como si su gusto por lavarse los dientes la hiciera incapaz de resistirse al atractivo masculino, como si no creyera que pudiera no tener novio.

—Más o menos.

—¿Más o menos? La respuesta a esa pregunta es sí o no.

¿Cómo podía contestar que sí cuando Barry no la había hecho sentirse nunca de ese modo? Tan increíblemente viva, tan abierta al mundo, tan llena de esperanza e incertidumbre, tan consciente de los labios de él o de sus músculos bajo la camisa y tan excitada al sentir sus manos al ayudarla a subir a la silla del caballo.

—Es sólo un amigo —contestó.

Y de repente, supo que era cierto. Si ella no hubiera ido allí, un día Barry habría conocido a otra mujer y ella habría terminado por cansarse de tratar de complacer a su madre en cuanto al tipo de hombre que deseaba para ella. Pero eso ya no pasaría nunca.

—Si es sólo un amigo, no pasa nada si hago esto.

Lo dijo con una voz profunda y sensual, tan suave como la seda.

Turner acercó el caballo al de ella y rozó con la pierna sus muslos.

—¿El qué? —balbuceó ella.

Turner la miró fijamente a los ojos. Luego, sus ojos descansaron en los labios de Shayla.

—Adelante —susurró Shayla.

Turner se inclinó hacia ella y rozó sus labios. Shayla notó cómo el mundo se abría a sus pies. Todo cambió en ese instante y supo que nada sería ya igual. Se apartó y se tocó los labios extrañada.

Turner sonrió.

Ella no. No sabía nada de él en realidad, pero era un buen momento para empezar a hacerlo.

—Y ahora, cuéntame tú. Háblame de las cosas que más te gustan.

Turner hizo que el caballo se pusiera sobre las patas traseras y dio una vuelta mientras abría los brazos.

—Esto.

Le encantaba montar un buen caballo en un día como ése. Miró a Shayla con los ojos brillantes y se alejó galopando.

Horas después, a Shayla le dolían las piernas y tenía los músculos entumecidos. La nariz se le había quemado con el sol y tenía la coleta completamente deshecha.

Pero no le importaba. Podría haber galopado a su lado toda la vida, atravesando los montes y valles de aquel paisaje, que sería demasiado duro incluso para la mayoría de los hombres.

Turner había llevado agua, pero nada de comer, así que, cuando ya no pudieron aguantar más, se dirigieron a la casa.

Llegaron sin aliento y riendo.

Abby había hecho pastas, así que las devoraron sin hacer caso de las protestas de ésta para que comieran algo más sano. Al terminar, Turner se puso a jugar con Nicky y Danielle, y la casa entera se llenó de risas.

En un momento dado, el teléfono sonó.

—Shayla, es para ti.

Ella frunció el ceño. ¿Cómo podía ser para ella? Nadie sabía dónde estaba, ni siquiera le había dado el teléfono a su madre. ¿Sería Maria?

—¡Barry!

Su sonrisa se apagó instantáneamente.

—¿Cómo has conseguido el número? ¿Qué quieres decir con que te lo ha dado mi madre? Yo no... ¿Qué? ¿Una máquina que le dice quién ha llamado? ¿En una pequeña pantalla del aparato? Es increíble.

Shayla se volvió y observó a Turner, tumbado de espaldas en el suelo, tirando a los niños hacia arriba. ¿Por qué habría creído que él había dejado de jugar? Los niños estaban gritando más alto que nunca y él no la estaba mirando siquiera.

—¿Qué es ese ruido tan espantoso? —quiso saber Barry.

—Es Turner, tirando a Nicky hacia arriba.

—Espero que lo tire sobre sí. Tu madre dice que es guapo.

—¡Yo no he dicho eso!

—Bueno, pero, ¿lo es?

Shayla miró a Turner, todavía en el suelo, pero ya sin hacer nada, con los dos niños encima.

—Sí —susurró—. Quiero decir, si es tu estilo —añadió inmediatamente.

—¿Qué tipo de estilo?

—Oh, ya me entiendes: robusto, sano...

«El tipo de hombre que sale en las novelas», estuvo a punto de añadir.

Abby la miró de reojo, esbozó una sonrisa y pasó a su lado para poner en el horno otra de las bandejas de pastas. Shayla tomó una y la mordió nerviosamente.

—¿No canta ni hace ninguna otra cosa creativa? —continuó Barry con una voz llena de satisfacción.

—No —admitió Shayla—. No lo hace.

—Entonces, ¿cuándo vuelves a casa?

Casa. Eso la hizo recordar su pequeño apartamento lleno de cosas artísticas y musicales.

—Dentro de unos días.

—Esa respuesta es bastante vaga.

—De acuerdo, en diez días. Volveré a casa... en diez días.

La palabra casa se le había quedado pegada en el paladar y no sabía por qué.

Ella amaba su pequeño apartamento, pero si tu casa era donde tu corazón estaba, ella lo había dejado fuera, en medio de aquellas praderas.

—Diez días —hizo una pausa larga—. Ja, ja... tú siempre bromeando, Shayla.

Turner pareció darse cuenta de que Shayla no podía hablar bien con tanto ruido y agarró a cada niño bajo un brazo y se los llevó fuera.

—No estoy bromeando —dijo, sintiéndose sola al abandonar Turner la habitación—. Barry, tengo que colgar ya.

—Te prohíbo que te quedes ahí —su voz dio un extraño gritito.

—¿Perdón?

—De acuerdo, prohibir es una palabra equivocada. Sólo quería darte a entender, de la manera más contundente posible, que no quiero que te quedes ahí.

—Tú no tienes ningún derecho a decirme dónde quieres que esté.

—Lo dices como si estuvieras hablando con un desconocido. Shayla, nosotros estamos prácticamente comprometidos —contestó él con frialdad.

—Uh, no... no lo estamos.

«Ten cuidado», se dijo. «No eches a volar tu imaginación por un beso robado y un paseo bajo el sol».

—Habla cuando vuelva —añadió.

Quizá volviera a Portland y pudiera convertirse de nuevo en la mujer que siempre había sido: dulce, flexible, paciente...

—Tengo que colgar —repitió con tono desesperado.

—No, tu madre quiere hablar contigo.

Shayla colgó el teléfono. De repente, se dio cuenta de que estaba temblando.

Abby la miró con cariño y le dio otra pasta.

El teléfono comenzó a sonar de nuevo y Shayla se quedó mirándolo.

—No respondas —le dijo a Abby.

Luego, salió.

Turner estaba colocando la tienda de campaña.

—Shayla, sujeta esa cuerda y ayuda a Nicky a tirar de ella.

El temblor cesó.

—Espera un segundo.

Shayla fue hacia su coche y abrió la puerta. Entre las cintas de música encontró *El Canon*. La puso en el equipo y subió el volumen.

Después fue a sujetar la cuerda, pero perdió el equilibrio y se cayó hacia atrás, arrastrando a Nicky, que cayó sobre ella.

Turner se acercó con aquella sonrisa a medias tan sensual que era tan característica en él.

—¿Estás bien?

Ella asintió, pero él se dio cuenta de que estaba temblando, aunque supuso que era más fácil que se debiera a la llamada de teléfono que a la caída.

Había sido un error besarla, pensó Turner. Shayla tenía una especie de novio con el que tenía que aclarar las cosas. Aunque lo cierto era que Shayla no se había alegrado mucho al hablar con él por teléfono.

O por lo menos, no había expresado la misma emoción que cuando él la había besado.

Pero seguía pensando que había sido un error hacerlo. Él, al igual que cualquier otro hombre, tendría problemas para poder olvidarse de un beso como aquél. Ese beso se quedaría dentro de él durante los próximos diez días.

Había sido un beso dulce y lleno de inocencia e ingenuidad, un beso de mujer, lleno de pasión.

Y aquella mujer no era nada consciente de esa faceta suya. Ni siquiera llevaba ropa interior sexy, se dijo Turner, moviendo la cabeza. Aquella mujer pensaba que lavarse los dientes era una de las sensaciones más placenteras de la vida.

Turner sabía que tenía que comportarse con ella como con aquella yegua rebelde que tenía. Una vez que se comienza algo, hay que terminarlo.

Pero terminar lo que había empezado con Shayla, hacer que ese beso fuera más allá, significaría introducir el caos en su vida. Y ese caos duraría siempre, no sólo diez días.

Y ése no era el plan que tenía pensado para sí, a pesar de que en ese momento no le resultara fácil pensar en ningún plan.

Si fuera inteligente, se iría con el viejo Stan a hacer una excursión. Esa parte de Montana que llamaban Big Open era ideal para perderse un par de días.

O diez, para ser exactos.

Pero tenía que trabajar con los caballos y quería conocer mejor a su sobrino. Y además, su hermana podría necesitarlo en cualquier momento.

Así había sido siempre su vida, una vida llena de responsabilidades.

Pero cuando fijó su mirada de nuevo en Shayla, no pudo estar seguro de si lo más responsable sería irse o quedarse.

La música del coche de Shayla salió por los altavoces y llegó a él. Era hermosa. Triste, de alguna manera, y aun así tenía un matiz de esperanza pura y de asombro.

—¿Quieres dormir esta noche en la tienda? —le preguntó.

—¿No hará frío? —respondió ella, confusa.

Eso era lo que él esperaba.

—Tengo sacos de dormir bastante buenos.

—Shayla dormir con Nicky y Danielle y el tío Turner.

Los ojos de Shayla eran bastante expresivos y delataron la lucha que debía estar sosteniendo consigo misma.

Y a menos que malinterpretara a su invitada, se dio cuenta de que ella, al igual que él, había perdido finalmente la batalla.

—Muy bien, dormiré esta noche en la tienda.

—¡Bien! —gritó Danielle—. Lo primero, comeremos bombones alrededor del fuego que el tío Turner va a hacer para nosotros. Y luego, cantaremos. ¡Y después, nos iremos todos a dormir a la tienda!

Turner se dijo a sí mismo que en cualquier momento podría marcharse a montar en su viejo caballo.

—¿Qué hay de cena esta noche? —quiso saber Danielle.

—Creo que he visto a tu madre hacer lasaña —contestó Shayla, mirando a la tienda solemnemente.

Turner decidió que no quería irse a montar a caballo o, por lo menos, no en ese preciso momento.

—Una lasaña no es comida de campamento —protestó la niña—. ¿No tienes ninguna lata de guiso, tío Turner?

—No —mintió.

## Capítulo 7

Shayla se obligó a terminar las canciones de Halloween antes de reunirse con todos ante el fuego del campamento.

Era una verdadera hoguera, chispeante y situada en una zona hundida del prado que se veía desde la ventana del salón.

Abby entró por otra bolsa de bombones.

—Esos chicos se van a poner malos —dijo alegremente—. No han dejado ni una pasta y ahora están acabando con los bombones. ¿A que no sabes quién es el peor? ¡Y encima tiene la desfachatez de acusar a Nicky! Shayla soltó una carcajada.

—¿Dónde diablos ha conseguido la leña? Por aquí no hay mucha.

—A Danielle le encantan los fuegos de campamento, así que Turner se mete en el camión y va a doscientas millas para conseguir leña. Tonterías.

Al decirlo, dirigió a Shayla una mirada despreocupada. Algo sin importancia en realidad, pero que demostró el corazón enorme que él tenía, haciendo que a Shayla se le humedecieran los ojos.

—¿Vas a venir pronto?

—En cuanto termine.

—Me muero de ganas por escuchar tus canciones.

Shayla gimió.

—Son horribles. Lo peor que he hecho. Probablemente, me echen.

—Lo dudo. No tardes demasiado. Nicky va a hacer de monstruo del Lago Ness en quince minutos.

—Allí estaré.

De hecho, ya había acabado las canciones de Halloween, pero había otra canción que le rondaba una y otra vez y sabía que no se quedaría tranquila hasta que la escribiera.

Sacó su trozo secreto de papel y lo abrió. Leyó lo que tenía ya escrito y continuó:

Nunca debería de haberme quedado a probar el primer beso.

Así no tendría tanto que echar de menos.

Cuando la otra vida me aparte de aquí,

pensaré en los cielos de Montana, en los ojos de medianoche

y en el día de hoy.

Shayla miró la canción, hizo un gesto con la cabeza ante su propia estupidez y colocó el trozo de papel detrás de los demás.

Luego, tomó su chaqueta, se metió las canciones en el bolsillo y salió. Todo el mundo aplaudió como si ella fuera de la familia. Como si las cosas no hubieran ido del todo bien al no estar ella.

¿Cuándo había tenido ella una familia?

Turner hizo un gesto, señalando el hueco que había a su lado, y ella fue a sentarse. De la hoguera salían suaves llamaradas y el cielo de Montana, sobre ellos, estaba lleno de estrellas.

—Gracias a Dios que has venido —murmuró Turner—. Danielle estaba amenazando con enseñar a Nicky una de esas canciones que no tienen fin.

—Nos habría torturado durante días —susurró Shayla con una mueca de horror—. Posiblemente, durante meses.

—Infravaloras a mi sobrino. Usaría ese arma hasta que cumpliera dieciocho años.

—No habléis en voz baja —los criticó Danielle—. Es de mala educación.

—Es verdad —admitió Turner, haciendo un gesto a Shayla.

—¿Os estabais contando un secreto? —preguntó Danielle.

—Sí, una canción secreta.

Shayla sintió que el corazón le daba un vuelco. ¿Cómo podía él saberlo? ¿Se le habría caído el trozo de papel de la libreta?

Pero era simple casualidad.

—La vas a cantar ahora, ¿verdad, Shayla? —preguntó Turner con voz dulce.

Shayla pensó que el brillo y la intensidad de sus ojos podrían inspirar cientos de canciones secretas.

—¡Sí, sí, cántanos las canciones de Halloween! —insistió Danielle.

—Nicky ser vaquero en Halloween —anunció Nicky, mirando a Turner con admiración—. Canta, Shayla. Ahora.

Así que ella comenzó a cantar.

A los niños les encantaron las canciones y Shayla tuvo que cantar cada una siete u ocho veces para satisfacerlos. Luego, llegó la hora de irse todos a dormir.

Shayla miró la tienda de campaña. ¿Qué la habría hecho aceptar la oferta de dormir allí, bajo el mismo techo que Turner, sin paredes entre ellos y sin puertas? ¿Con qué dormiría un hombre así?

Shayla metió a Nicky en la casa y lo ayudó a desvestirse. La parte de arriba del pijama no estaba con la otra y la encontraron, finalmente, debajo de la cama... junto con Ralph, el dinosaurio.

—¿Quieres a Ralph? —preguntó, dándose cuenta de repente de que el muñeco, del que antes Nicky nunca se separaba, llevaba días sin ser visto.

—No, Nicky tener amigos ahora.

Ella trató de abrazarlo, pero él se escapó y salió corriendo.

—Cepíllate los dientes —le gritó.

Eso hizo que se quedara sola y reflexionara sobre lo que se iba a poner para dormir. Tenía un camisón, pero de repente no le gustaba nada. Era de franela, con cuello alto y la cintura ajustada con un elástico. Era la prenda ideal para una bibliotecaria del siglo pasado.

Tampoco estaba segura de si las camisetas grandes que tenía le estarían mejor.

Finalmente, salió fuera. El aire de la noche era frío. Shayla se metió en la tienda.

Turner estaba allí con unos pantalones cortos y una camiseta azul marino con la inscripción de un rodeo. Shayla se preguntó si él se daría cuenta de lo guapo que era. Y de repente, pensó que la palabra guapo no le hacía justicia. Porque eso sólo no le bastaría para domar los caballos. ¿Qué cualidad lo ayudaría cuando estaba con los caballos?

—Nicky dormir aquí, Danielle aquí y Shayla aquí.

—Rodeado de tus chicas favoritas, ¿eh? —dijo Turner, aceptando el deseo del niño y colocando los sacos—. ¿Y yo dónde duermo?

—Allí —contestó el niño, señalando un espacio fuera del círculo y al lado de la puerta.

—¿Por qué?

—Para que los osos te coman.

—Aquí no hay osos. Además, creía que me querías.

—Nicky querer tú —admitió sorprendido, como si elegir si Turner podía ser o no comido por un oso no tuviera que ver con el cariño.

Al meter a los niños en el saco, Shayla se dio cuenta de que parecían sus padres. Eso provocó en ella una sensación de nostalgia y deseo muy fuertes.

Cuando los niños se metieron en el saco, Shayla miró a Turner, deseando que también la metiera a ella en el saco y que la besara de nuevo.

Deseó poner su saco de dormir junto al de él para sentir su calor.

Pero en los ojos de Turner no vio deseo.

—Buenas noches.

Turner apagó la luz y la oscuridad los invadió.

—Buenas noches —contestó.

Ella pensó que no iba a poder dormir. Siempre le había costado conciliar el sueño. Los problemas se metían en su cabeza y no la dejaban tranquila por la noche.

Pero desde que había llegado allí, dormía estupendamente. Y aquel día, el paseo a caballo, el esfuerzo para hacer las canciones y la hora bajo el cielo estrellado la habían dejado agotada. Cerró los ojos y escuchó la respiración profunda de Nicky. Y por encima del aroma de la tela de la tienda y del jabón de las prendas, bien colocadas a la entrada, le llegó el olor de Turner. Cuero y jabón. Y luego, ya no pudo pensar en nada más...

Turner maldijo para sí, doblando los brazos debajo de la cabeza y mirando al techo de la tienda. ¿Había sido de él aquella estúpida idea?

Se había metido de cabeza en el infierno, pero no porque el suelo fuera menos cómodo que su sofá cama, sino por ella.

Shayla estaba muy cerca y no le dejaba dormir. No podía dejar de recordar la mirada en sus ojos cuando montaba a caballo, su expresión de felicidad, el sabor de sus labios, el olor de su cabello...

A pesar de que la tienda de campaña tenía el típico olor de las cosas que han



estado mucho tiempo guardadas, no podía evitar que el olor del cabello de Shayla se le metiera por la nariz y alterase sus sentidos.

Si no conseguía conciliar el sueño pronto, al día siguiente estaría agotado.

Tan sólo unos días antes, él dormía como un bebé, pensó.

«Me encantaría que se marcharan todos mañana mismo», pensó.

A la mañana siguiente, lo despertaron Nicky y Danielle, que se pusieron a saltar encima de él.

El saco de dormir de Shayla estaba vacío.

Cuando Turner consiguió llegar a la cocina, Abby y Shayla estaban sentadas a la mesa, tomando café.

—¿No has dormido bien? —preguntó Abby, mirándolo con interés.

—He dormido estupendamente. Como nunca.

Abby se encogió de hombros.

—Turner, Shayla tiene que mandar sus canciones por fax hoy mismo, así que voy a llevarla a ella y a los niños a mi casa. Me gustaría que Nicky conociera a su tío Peter. Creo que nos quedaremos a dormir. Incluso, a lo mejor, algún día más. ¿Qué te parece?

—Bien, claro —respondió despreocupadamente, escuchando a medias lo que Abby le estaba diciendo acerca de llevarse el coche de Shayla y dejar la caravana allí.

De modo que él dormiría esa noche en su cama... Todo estaría tranquilo y en calma, y él tendría la oportunidad de proseguir su trabajo con los caballos.

La casa de Abby y Peter era muy bonita. Un rancho laberíntico con partes de piedra y madera.

El marido de Abby era tímido y guapo, y era evidente que adoraba a su mujer y a su hija.

—Turner nos regaló la casa cuando nos casamos —explicó Abby—. Era la casa familiar cuando éramos pequeños, pero cuando Peter y yo nos casamos, él insistió en que nos quedáramos con ella. Dijo que era muy grande para él y que probablemente no podría resistirse a la tentación de convertir la mitad en un establo. Y eso fue lo que me convenció. Sigue teniendo su parte del rancho, pero lo que más le gustan son esos malditos caballos. Creo que le gustan más que las personas.

—A los caballos los puedes controlar —dijo Shayla en voz baja.

Abby la miró astutamente.

—Creo que lo conoces ya bastante bien. La cuestión es...

Fuera cual fuera la cuestión, tuvo que esperar para exponerla, porque Danielle y Nicky comenzaron a tratar de convencer a Peter para que los llevara a caballo.

La cuestión era, por supuesto, pensó Shayla, si ella sería capaz de soportarlo.

Y ella no sabía la respuesta, aunque tampoco parecía tener ya demasiada importancia debido a que Turner no había vuelto a mostrar ningún interés por ella

después de aquel único beso.

Shayla pensó en aquel breve momento en que los labios de él habían rozado los suyos. Luego, lo apartó de su mente con un gesto.

—¿La máquina de fax? —preguntó a Abby.

—Está en la segunda puerta de la derecha, yendo por el pasillo.

La habitación era un despacho y Shayla encontró en seguida la máquina de fax. Después de marcar el número y pasarlas hojas, se quedó sentada esperando respuesta. Por ejemplo: ¿qué es esta basura? O alguna otra, aún peor.

Era cierto que su jefa se dedicaba a hacer programas infantiles, pero también sabía maldecir como un soldado y no dudaba en actuar cuando alguien la enfadaba.

Pero la respuesta fue otra.

Shayla, has hecho un trabajo estupendo, ¡lo mejor que has hecho jamás! El tema para el próximo programa será: la amistad se ha estropeado y luego se arregla de nuevo. Adiós, tu jefa.

Shayla se quedó mirando la nota y sintió que el mundo brillaba de nuevo.

Ya no sabía lo que era bueno o malo. ¿Sería que lo que ella trataba de decir en las canciones, el matiz que trataba de dar a su trabajo, era apreciado sólo por ella?

O quizá era otra cosa. Quizá aquel sentimiento de libertad, de unión con el cielo y la tierra, había impregnado también sus canciones.

Quizá la manera en que se había sentido al cabalgar al lado de él, después de que sus labios tocaran los de ella, se reflejaba en sus canciones y las hacía brillar y volar como su espíritu lo había hecho el día anterior.

—¿Hay algún problema? —preguntó Abby al ver entrar a Shayla en la cocina.

—No —dijo Shayla—. Tienes una casa preciosa.

—Sí, es muy bonita. La construyó mi padre, que tenía un don especial. Turner tiene ese mismo don, aunque es imposible que te hayas dado cuenta a juzgar por dónde vive. Pero cuando era pequeño, siempre estaba haciendo dibujos de casas. Todos pensábamos que algún día sería arquitecto.

—¿Le gustaría serlo? —preguntó Shayla sorprendida.

Era difícil imaginar a un Turner diferente del que había conocido. Parecía un hombre tan perfectamente amoldado a su estilo de vida, que era casi imposible imaginarlo trajeado y andando por una ciudad.

—Oh, eso creo. Siéntate, estoy haciendo té. El doctor dice que tengo que tratar de no tomar café. Cuando mis padres murieron, la economía familiar tuvo un momento de crisis. Esta región es muy dura. Si vienen varios años de sequía, la situación puede volverse bastante desesperada.

—Eso debió de ser muy duro —dijo Shayla con tristeza—. Y encima, acababais de perder a vuestros padres... ¡Con lo jóvenes que erais! ¿Cuántos años tenías tú?

—Yo tenía diez; Nick, once; y Turner, diecisiete. Fue terrible para todos y, en ese

momento, pensé que yo era la que estaba pasándolo peor, pero luego me di cuenta de que fue más duro aún para Turner. Era un adolescente travieso y divertido que se tuvo que convertir de la noche a la mañana en un hombre.

Abby miró a Shayla con tristeza.

—Le debo muchas cosas. Él se dedicó a trabajar para nosotros y perdió la oportunidad de ir a la universidad. Nick y yo sí que pudimos ir.

Abby hizo una pausa.

—Y pagó un precio muy alto por ello. En algún momento, se olvidó de reír y de soñar.

Abby se calló y pareció, por un momento, preocupada. Luego, se volvió y llenó de agua la tetera, la llevó a la mesa y se sentó al lado de Shayla.

—No sabes lo feliz que me hace cuando lo oigo reír contigo y Nicky —sonrió—. Me imagino que no eres un ángel, como el de ese programa de la televisión, ¿verdad?

—No suelo ver la televisión, así que no sé de qué programa me estás hablando, pero, ¿yo un ángel? ¡Claro que no! —dijo Shayla con una sonrisa.

—Pues no estés tan segura. Algunas veces creo que todos somos ángeles y que estamos aquí para ayudarnos los unos a los otros. Y ahora, cuéntame qué te han dicho de las canciones. Has entrado en la cocina con una expresión extraña. ¡No me digas que te han echado!

—¡No, todo lo contrario! Les han encantado.

—¡Por supuesto que les han gustado! Eran unas canciones preciosas. Ya viste cómo reaccionaron los niños al oírlas.

Shayla dio un suspiro.

—¿Tienes algún problema? ¿Te pasa algo? Mira, acabo de preparar té. Lo hice en una tetera, no en una cazuela de cocinar. Odio la cocina de Turner, no es nada hogareña y es imposible cocinar con una cazuela y una sartén.

—Lo hiciste muy bien —aseguró Shayla, resistiendo el impulso de discutir cada una de las costumbres domésticas de Turner.

—Eso es por la práctica —contestó Abby con un suspiro—. Y que tengo una caravana bien surtida. Para mí visitar a Turner es casi como ir de acampada con la caravana.

Shayla no dijo nada. La verdad era que estaba sorprendida con el sencillo estilo de vida de Turner. A Barry le gustaban los juguetes y su cocina tenía una máquina de hacer café, un microondas, una máquina de hacer gofres, un robot de cocina y todos los artilugios que podían usarse para cocinar. Tenía, además, una pequeña pantalla de ordenador colocada debajo de uno de los armarios de cocina. También poseía un equipo de música del tamaño de un coche y un aparato de televisión monstruoso, un ordenador que silbaba canciones de jazz y jugaba al ajedrez con el nivel de Bobby Fischer al mismo tiempo. Era más fácil conocer a un hombre cuando no se escondía detrás de una montaña de aparatos y botones.

—Otra vez estás poniendo esa cara, como si te pasara algo.

Shayla dio un sorbo a su té, que estaba delicioso, y reprimió el poderoso impulso que sentía de hablar sobre Barry a Abby.

—No me pasa nada en concreto. Es que estoy pensando en las canciones que tengo que hacer para el próximo fin de semana. Tengo que pensar algo fabuloso sobre la amistad que se acaba y luego vuelve a renacer.

—A ti seguro que te resulta muy fácil.

Shayla, de repente, se dio cuenta de que se sentía muy a gusto con Abby, y muy unida también. Casi como si fueran hermanas.

—No es difícil. Es sólo que estoy empezando a sentirme como si ya lo hubiera dicho todo antes. Podría sacar viejas canciones que hice hace tiempo y nadie notaría la diferencia.

—Tú sí la notarías —contestó Abby con verdadera convicción.

—¡Claro! Está en mí, ¿no es así?

—¡Shayla! No te menosprecies por tener esa maravillosa cualidad que es la integridad. No hay muchas personas así en el mundo. Y ésa es una de las cosas en las que te pareces a Turner.

«No te atrevas a suplicarle que te diga cuáles son las otras cosas en las que te pareces», se advirtió a sí misma.

—Tampoco Turner ve mucho la televisión —continuó Abby maliciosamente.

Shayla decidió cambiar de tema, y rápidamente.

—Dentro de unas semanas, tendré que comenzar a componer las canciones para el día de acción de gracias —declaró, sintiéndose como si en su interior se hubiera abierto un grifo que no podría ser capaz de tapan. También el día anterior había desnudado su alma ante Turner.

En ese momento, pensó que eso nunca le había sucedido ni con Barry ni con su madre.

—Mi vida es un caos y no me apetece escribir canciones sobre pavos.

—¿Nunca se te ha ocurrido escribir otro tipo de canciones, Shayla?

—La verdad es que no tengo tiempo.

Pero, ¿era el tiempo o sería la falta de confianza? ¿La asustaba tratar de hacer algo nuevo, salir de su pequeña rutina?

—No he conocido nunca a un compositor de canciones, pero creo que tú eres muy buena.

Abby dijo aquello con un cariño y una admiración que emocionaron a Shayla y estuvieron a punto de hacerla llorar.

Y la razón residía en que otra de las cosas que le estaban pasando allí, en la región de los cielos grandes, era que las emociones y los sentimientos, que llevaban mucho tiempo congelados en su interior, parecían estar empezando a derretirse.

—Deberías escribir algo tuyo —afirmó Abby—. Deberías intentarlo.

Shayla pensó entonces que no estaba acostumbrada a los elogios. Su madre pensaba que su música era algo temporal, que sólo compondría canciones hasta que

llegara el marido adecuado. Y Barry, sospechaba Shayla, veía su música como un vehículo para mostrar sus propias habilidades.

—Quizá algún día —contestó con repentina valentía, recordando la canción que había empezado a escribir el día anterior, no sin cierto sentimiento de culpabilidad.

—¡Ay, Dios! —exclamó Abby, tocándose la espalda y cerrando los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupada Shayla.

—Nada —contestó Abby con una sonrisa cansada—. El peso del bebé me cansa la espalda. Me ocurrió lo mismo con Danielle.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Sí. Puedes enamorarte de mi hermano —hizo una pausa y soltó una risita—. Estaba bromeando.

Pero Shayla no estaba segura de que no lo hubiera dicho en serio. Ni tampoco de no estar ya un poco enamorada.

«Silencio», pensó Turner, entrando en la casa. «¡Qué maravilla!».

Silbó alegremente y el sonido hizo eco, aunque no pareció muy alegre.

Había trabajado con los caballos todo el día y estaba terriblemente cansado.

Turner abrió el armario y observó la fila de latas. Luego, se acercó al frigorífico para buscar alguna cosa del día anterior.

Pensó en la pizza y en las pastas y se le hizo la boca agua.

¡Maldita sea! Nadie le iba a hacer para cenar esa noche pizza y pastas.

Entonces, recordó a los caballos, que en un corto espacio de tiempo se volvían completamente adictos a los copos de avena. Sólo tenía que enseñarles un cubo de avena para que olvidaran su libertad sin ningún problema. Se vendían completamente por el contenido de un cubo.

Y sería horrible que él hiciera lo mismo por una pizza y unas pocas pastas. Además, no debía de ser difícil hacerlas. Así que iba a intentarlo. No tenía intención de volver a depender de nadie.

Dos horas después, estaba masticando un trozo de pizza que sabía a una mezcla de carbón y madera. Y encima, había dejado la cocina en medio de un completo desorden.

Se levantó y se puso el sombrero, pensando en irse a comer al restaurante de Jordan.

Cuando ya estaba saliendo hacia la carretera, se dio cuenta de que estaba tratando de escapar de su propia casa.

Y no por el desorden de la cocina, sino por el silencio.

¡Ánimo, Turner!

Si había ido buscando compañía, no tuvo ningún éxito. En el café de Jordan no había un alma. Ni siquiera la señora Baker estaba trabajando como era habitual. La adolescente que le sirvió era muy alegre, pero evidentemente se lo estaba pasando muy bien hablando por teléfono con su novio. Turner comió rápidamente, pagó y se

marchó.

Cuando llegó a casa, el teléfono estaba sonando. Antes, cuando había una llamada, sabía con seguridad que era Abby, pero las cosas habían cambiado. Podía ser Maria o Nick, o el novio de Shayla, o su madre, o incluso ella.

Descolgó.

—Soy Nicky, ahora.

—Hola, gran hombre —contestó, tratando de ignorar el calor que invadió su corazón al oír la voz infantil.

—Llamo para darte buenas noches.

—¿A mí? —preguntó sorprendido.

No se lo creía. Había pensado que el niño iba a decirle que quería hablar con su dinosaurio Ralph, al que había visto el día anterior asomando desde debajo de la cama de invitados.

—Sí —insistió Nicky—. Buenas noches, tío Turner.

—Buenas noches, Nicky —consiguió decir, a pesar del nudo del tamaño de un centro comercial que se le había formado en la garganta.

Se quedó con el teléfono en la mano.

—Eres patético —se dijo a sí mismo.

No se le habían humedecido los ojos desde que con ocho años había perdido su primer rodeo.

Ni siquiera cuando sus padres habían muerto había llorado, así que sería una estupidez empezar en ese momento.

Se fue hacia su habitación, se quitó la ropa y se metió entre las sábanas.

Le gustaba esa sensación de libertad de dormir desnudo y poder hablar consigo mismo.

Las sábanas olían al cabello de Shayla y Turner hundió la nariz en la almohada.

—Patético —murmuró de nuevo.

Estaba en su cama, donde tenía que estar. Y no había un sonido en la casa.

Cuando llegó la mañana, se sintió como si no hubiera dormido nada y la primera pregunta que se le pasó por la cabeza fue que cuándo volverían. La segunda fue si volvería a dormir decentemente alguna vez.

## Capítulo 8

Turner se sentó en la mesa de la cocina. Tenía la cabeza como si hubiera estado todo el día montando sobre toros salvajes y toda la noche bebiendo cerveza. El café sabía fatal y los cereales tenían la textura de la arena.

Sin saber por qué, de repente pensó que su casa era demasiado pequeña. Si su casa fuera más grande, podría conservar su cama cuando tuviera visita. Nunca tendría que irse a otro cuarto y no le importaría que se quedaran más tiempo. Tampoco tendría que torturarse con el olor a champú femenino al amanecer.

Abby llevaba tiempo sugiriéndole que la casa era pequeña.

En realidad, no costaría mucho tirar una de las paredes y añadir unos cuantos metros de vivienda, pensó, tomando una servilleta y haciendo un sencillo boceto. «¿Y por qué motivo?».

Arrugó la servilleta. ¿Y por qué iba a tener un motivo? ¿Un hombre tenía que tener motivos para todo? De acuerdo, pues ahí estaba el motivo: llevaba varios días sin dormir. Se estaba volviendo loco.

En ese momento, comenzó a sonar el teléfono. Turner trató de probarse a sí mismo y, en vez de contestar en seguida, dio un sorbo al café y se quedó mirándolo. Dejó que sonara otra vez. No quería que nadie pensara que estaba al lado del teléfono esperando impacientemente alguna llamada porque se sintiera desesperado y solo.

Descolgó después de dejarlo sonar cuatro veces.

Era Abby, no Shayla. ¿Por qué se sentiría tan decepcionado?

—Turner, nos vamos a quedar aquí unos días más. No te importa, ¿verdad?

Su hermana quería oírle suplicar que llevara a Shayla de nuevo a su casa. Lo notaba en su voz.

—¿Por qué iba a importarme? —contestó, ordenándose a sí mismo no preguntar cuántos días se iban a quedar—. ¿Cuántos días más?

—Hasta esta noche. ¿Sabes lo que ha pasado?

—Dime.

—Que Henry se ha ofrecido a darle un paseo en avioneta a Shayla.

—¡Mantenla lejos de él! —en ese momento supo que había caído en una trampa.

—¿Qué? ¿Por qué?

Su hermana parecía muy inocente cuando se lo proponía, pero lo que quería era oírle decir que estaba celoso. Lo notaba en su voz.

¿Habría una manera sutil de decirle a su hermana que su vecino, un vaquero con el que había competido en unos cuantos rodeos, era un mujeriego empedernido?

—Henry Smith es un canalla.

Hubo una pausa de asombro. Finalmente, había conseguido sorprender a su hermana.

Pero se equivocaba de nuevo. Su hermana se estaba riendo. De nuevo había caído en la trampa diciendo aquello.

—Nicky y Danielle van con ellos como carabinas. ¿Te gusta más así?

¿Por qué demonios le importaba que ella se hubiera dado cuenta?

—¡No! No me gusta más así.

—Hoy estás muy protestón, Turner. Me alegro de no estar allí.

—Yo también —gritó.

Colgó el teléfono inmediatamente y luego esbozó una sonrisa que se convirtió finalmente en una carcajada. Su hermana había conseguido hacerle perder el control.

¿Y por qué se tenía que sentir avergonzado por ello? Fue a la mesa y alisó la servilleta. Dibujó algunas líneas más.

Muy bien, una nueva habitación. Estupendo. Eso sería suficiente para acomodar a dos o tres invitados. «Déjalo, Turner», se ordenó a sí mismo.

Pero la idea de añadir un dormitorio le había dejado extrañamente insatisfecho.

Si fuera a formar una familia, lo que por supuesto no era su intención, tendría que reformar toda la casa.

Si ampliara el salón un metro, podría poner un piano no muy grande. Y si tirase la pared que separaba su dormitorio y la habitación pequeña, la habitación principal sería lo suficientemente grande como para que cupiera un buen cuarto de baño con bañera y jacuzzi.

La idea de Shayla y él juntos dentro del jacuzzi hizo que se le secase la boca.

¿Por qué le sorprendía tanto pensar en ella cuando imaginaba el jacuzzi? ¿Para quién había pensado que sería el piano? El único instrumento que había tocado él era el triángulo con un grupo de la escuela y, si no le fallaba la memoria, la profesora le había llegado a golpear en la cabeza con la regla por equivocarse en el ritmo.

Impaciente consigo mismo, arrugó la servilleta con rabia y la tiró a la basura. Falló, pero la dejó en el suelo, como cualquier soltero haría.

Salió de la cocina a grandes pasos y se dirigió a la puerta, donde tomó su sombrero y su chaqueta.

Shayla estaba destrozándolo todo. Ni siquiera estaba allí y seguía destrozándolo todo. La doma de caballos requería paciencia, control y concentración. Y dormir bien...

Pero una vez que estuvo con los caballos, se tranquilizó. No podía estar con aquellos animales sin concentrarse por completo. ¿No era ése su atractivo? Requerían una intensidad de atención que hacían que se olvidara de sí mismo.

Se sumergía en el sudor y el polvo, en los relinchos suaves y el resto del mundo perdía toda importancia. En ese momento, se dio cuenta de que había comenzado a trabajar con los caballos después de que sus padres murieran.

Eso lo ayudó a borrar el dolor. Cuando su hermano se marchó, él comenzó a trabajar todavía con más ahínco, sin saber si trabajaba para escapar o para curar sus heridas.

En cualquier caso, estaba seguro de que unos días antes no se habría hecho esas preguntas.



Trató de ignorar el ruido, pero no pudo evitar oír la avioneta de Henry varias veces, molestándolo como el zumbido de una abeja. Incluso dio algunas vueltas por encima de él como si esperara que los saludara.

Pero no pensaba hacerlo.

Luego, se acordó de que Danielle y Nicky también estaban allí arriba. Se los imaginó con las narices apretadas contra las ventanillas, saludándolo frenéticamente. ¿Qué podía hacer?

Turner los saludó.

Desde aquella distancia, ellos nunca se darían cuenta de su gesto de enfado.

—Hola.

La voz le sobresaltó y el caballo retrocedió tres pasos. Turner se dio la vuelta.

—Lo siento, no quería asustarte —dijo Shayla, esbozando una sonrisa.

—¡Me has estado espiando!

—La verdad es que he hecho bastante ruido. Parecías muy concentrado en lo que estabas haciendo.

Turner se dio cuenta de que seguía con el ceño fruncido e hizo un esfuerzo por relajarse.

La avioneta planeó sobre ellos a una altura menor. Turner se imaginó que Henry trataba de verlos. Shayla saludó con la mano.

—Pensé que estarías con ellos ahí arriba —comentó, señalando la avioneta.

—Los niños querían dar una vuelta. Yo odio los aviones. Me dan mucho miedo y me mareo.

—¿De verdad? —preguntó, tratando de conseguir, sin éxito, disimular su alegría.

—¿Qué estás haciendo?

—Esto se llama llevar a un caballo con dos riendas.

—Ahora recuerdo que me hablaste de ello ayer, pero no me acuerdo de lo que quería decir exactamente. No es para que lleven un arado, ¿verdad?

Los clientes de Turner, la mayoría gente rica, se habrían muerto al escuchar aquello.

—No. Es para prepararlos para que lleven las riendas en el cuello. Comienza a establecer la relación de confianza entre ellos y yo. Así aprenden que nada de lo que yo les pida va a hacerles daño. Además, cuando comienzan a entender lo que yo quiero, se sienten satisfechos de sí mismos.

—Éste parece muy satisfecho consigo mismo.

Turner miró al caballo, que parecía soñoliento.

—¿Éste cuál es?

—Nicky lo llama Mermelada.

—¿Y tú cómo lo llamas?

—Me da miedo decirlo.

—¡Oh, vamos!

—Zapato —musitó.

Turner miró a Shayla, que hizo un esfuerzo para no reírse.

La muchacha estaba muy guapa aquel día, vestida con vaqueros y una camisa grande de franela. Un pañuelo adornaba su cuello.

—Me gusta más Mermelada.

—A mí también.

—Enséñame cómo se hace.

—No es muy interesante.

—A ti parece que te encanta.

¿Cómo podía discutir algo así? Turner tomó las dos largas riendas, dos cuerdas gruesas de algodón, e hizo un chasquido con ellas al caballo, que se movió obedientemente hacia delante. Luego, señaló a derecha e izquierda y le ordenó que trotara. Finalmente, y para alegría suya, el caballo lo obedeció cuando le ordenó que se detuviera.

—Creo que es muy interesante. Era totalmente salvaje cuando llegué.

—Es un adicto a los copos de avena —contestó Turner con modestia, frotando al caballo en el hocico—. Y también, un buen alumno y un buen caballo.

—Se me ocurre... —Shayla, de repente, hizo un gesto tímido y se miró las zapatillas.

—¿Qué?

—Si quieres... —Shayla continuó observando sus zapatillas.

—¿Qué? —preguntó él con impaciencia.

—Podíamos ir otra vez a montar a caballo. He traído comida de casa de Abby. Pero quizá tengas mucho trabajo...

Turner se quedó mirándola. Había llevado comida y había conducido treinta y cinco minutos hasta allí, rechazando montar en la avioneta, así que parecía que quería estar con él.

Tanto como a él le apetecía estar con ella.

De repente, Turner se preguntó de qué demonios estaba tratando de escapar. ¿Por qué no se decidía de una vez? Entonces, se preguntó si alguna vez compraría ese piano y si tendría que tirar la pared del salón para meterlo en casa.

—Bueno, creo que si te has molestado en traer comida...

Ella soltó una carcajada.

Verdaderamente, debía resultar gracioso. Un hombre adulto fingiendo que lo que le interesaba era la comida, cuando resultaba evidente que lo que le interesaba era ella.

—Bueno, en realidad me apetece mucho ir a montar a caballo contigo —murmuró suavemente.

Ella respondió a su sinceridad con una sonrisa amplia y un brillo en los ojos que les infundió una sensualidad especial y maravillosa.

Se acercó a ella, dando un largo paso y la tomó de la barbilla. Los ojos de ella se hicieron enormes y sus labios suaves y húmedos.

Ella no dijo nada y Turner, finalmente, se sintió vencido.

Trato de recuperar el control.

—Quizá estemos yendo demasiado deprisa.

Era la misma cosa de la que había acusado a Nick en su relación con Maria.

«¿Cómo puede ser real? La conoces sólo hace una semana», se dijo. Pero algo dentro de él le decía que debía tener confianza.

—¿Demasiado deprisa? —susurró Shayla—. Creía que no había límites de velocidad en esta región.

Entonces, él la besó. Saboreó sus labios y sintió que algo en él renacía.

Pero en seguida se echó hacia atrás. Iba a tener que esforzarse mucho para controlarse a sí mismo.

Shayla tenía razón. Irían a montar a caballo, comerían y se conocerían un poco más.

—Muy bien, vamos a ensillar los caballos —Turner le dio la mano.

La mano de Shayla se unió a la suya como si siempre hubiera estado allí. Su piel era suave y delicada, pero su mano lo agarraba con fuerza.

Turner sintió de nuevo aquel nudo en la garganta. Un nudo tan grande como la ciudad de Nueva York entera.

Shayla se había despertado aquella mañana en una bonita cama de cuatro columnas en casa de Abby, pero hubiera preferido encontrarse en la tienda de campaña.

La mañana anterior, ella había sido la primera en despertarse y había podido observarlo en su saco de dormir.

Estaba muy atractivo. Tenía el rostro relajado y una barba incipiente que le oscurecía el mentón. Sus labios se movían ligeramente.

Shayla se había levantado para hacer café antes de sucumbir al deseo de tocarlo.

Esa mañana, a pesar de estar a más de veinte millas de él, en casa de su hermana, el deseo de tocarlo había resultado igual de intenso. Si no más.

Le caía muy bien Abby. Era una mujer que adoraba a sus hijos y a su esposo, pero no quería malgastar un minuto de tiempo. Sólo tenía diez días y quería disfrutar del sentimiento que llenaba su corazón hasta el límite. Quería abandonarse a él totalmente para no marcharse con el remordimiento de lo que no había ocurrido, de lo que no había hecho...

Abby y Henry le habían insistido para que diera una vuelta en la avioneta.

—Creo que empezaré a trabajar en las canciones —había replicado Shayla sin entusiasmo.

Abby la miró con suspicacia, como si supiera algo que Shayla no sabía.

Pero quizá sí que lo sabía, o estaba empezando a saberlo.

Después de marcharse Henry, Abby se había acercado a ella.

—¿Por qué no te vas a pasar el día con Turner?

—¡Oh! —exclamó.

Notó que se ruborizaba violentamente y miró a Abby, que sonreía con malicia, como si hubiera leído los pensamientos de Shayla.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? Porque está muy ocupado.

—Ah.

—Sería muy atrevido por mi parte.

—¿Atrevido? No exageres.

—Además, seguro que no le apetece.

—Te voy a decir algo de mi hermano. Cuanto más quiere algo, más finge lo contrario. Los vaqueros son así, invulnerables. Es una estupidez. A mí me costó mucho tiempo curar a Peter de ello.

Shayla recordó la noche anterior, cuando en la tienda de campaña había mirado a Turner con deseo y él había respondido sin ninguna expresión.

Recordó sus ojos. Le habían parecido cautelosos. ¿A lo mejor quería que ella pudiera descubrir algo en ellos?

—Date una oportunidad. Te tomas la vida demasiado en serio.

Shayla pensó que eso era muy diferente a lo que solían decirle. Nunca la animaban a que se diera una oportunidad, a que hiciera algo fuera de lo normal. Siempre tenía que ajustarse a los demás. Si hacías algo tan sencillo como viajar hasta Montana, estabas loca.

—Mi hermano también se toma la vida demasiado en serio. Después de todo, no sé si sería buena idea que os hicierais novios. Os imagino totalmente serios en una noche fría de invierno.

—¿Novios? Creo que te estás equivocando.

—Lo sé. Estaba sólo bromeando. Aunque sí es verdad que te tomas todo muy en serio. Pero piensa que no siempre tendrás la oportunidad de estar en Montana.

—Pobre Turner, convertido en guía turístico...

—Pues apuesto que le encantaría —Abby miró a Shayla fijamente a los ojos—. Te voy a decir lo que vas a hacer: le harás la comida y se la llevarás. Le encantará, igual que a los potros que van detrás de su cubo de avena.

Shayla no pudo contener una carcajada.

—Creo que sin la comida no querrá pasar el día conmigo.

Abby la miró con impaciencia.

—¡Otra vez! Tienes que recordar que es un vaquero. Has de darle una excusa.

Y en ese momento, horas después, Shayla se alegraba infinitamente de haber aceptado aquel reto. Por una vez, había decidido que no le importaba lo que pareciera. ¿Qué importaba si pensaba de ella que era una atrevida?

Se tumbaron de espaldas sobre la manta, al lado de los restos de comida, mirando al cielo. La hierba se mecía con el viento y los caballos pacían satisfechos.

Shayla estaba tan cerca de él que podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo. Pensó en acercarse un poco más, pero decidió que eso sería demasiado atrevido, incluso para su nueva personalidad.

Trató de recordar cuándo se había sentido tan a gusto, tan llena de paz y de felicidad. La respuesta era nunca.

—Háblame de todas esas hebillas de cinturón que tienes en la cómoda —le pidió ella con voz soñolienta.

—La mayoría de ellas son por montar toros.

Lo dijo con despreocupación, como si haberlas ganado hubiera sido tan peligroso como jugar al ajedrez. Shayla no pudo evitar sucumbir a la tentación de girarse para mirarlo. Su perfil era fuerte y, en ese momento, parecía relajado. Shayla sintió algo parecido a la excitación al pensar en lo cómodos que se sentían uno al lado del otro.

—¿Sigues montando toros?

—No, mi cerebro ha crecido.

Shayla soltó una carcajada. Le encantaba cada vez que él hablaba o se comportaba como un vaquero tradicional para conseguir su admiración. Turner también comenzó a reír, al darse cuenta de que ella lo entendía.

—¿Por qué lo hacías? ¿Qué te atraía de ello?

Turner se giró hacia ella y comenzó a jugar con un mechón de su cabello.

—No lo sé con seguridad. Jamás he tenido que explicarlo.

Shayla pensó que tras aquellas palabras se escondía una gran soledad. Turner no había tenido a nadie para compartir sus mejores momentos ni tampoco los peores. Aunque era la vida que había elegido, ya que un hombre como él no debía carecer de oportunidades.

—Creo que, de alguna manera, está relacionado con demostrar que se es fuerte —contestó pensativamente—. Con saber lo que tu cuerpo es capaz de hacer. Es brutal y satisfactorio a la vez.

De repente, Shayla pensó en cómo se movía Turner. Lo hacía de un modo muy personal, con una gran confianza. Con la seguridad del hombre que ha tenido que luchar, que se ha expuesto a toros salvajes, así como al clima extremo de Montana.

Turner había descubierto los límites de su cuerpo, y eso se notaba. Por la forma en que caminaba, por la posición de su mandíbula. Se hacía evidente por la fuerza y agilidad con las que colocaba la silla en un caballo o tiraba un fardo. Se hacía patente en el humor y paciencia que desprendían sus ojos tranquilos y profundos.

Era un hombre que había aprendido a confiar en su propia fuerza. Quizá demasiado. Ésa era su grandeza y su debilidad.

Porque, ¿podía un hombre así aprender alguna vez a compartir su peso con alguien?

Era increíblemente atractivo y no sólo físicamente. Su espíritu era hermoso. ¿Quién lo conocería a fondo? ¿Cuántas mujeres habrían visto las mismas cualidades en él? ¿Cuántas le habrían ofrecido recorrer junto a él ese solitario camino?

Pero, en cualquier caso, él seguía solo.

—Quizá... —Turner dudó unos segundos—. Quizá montar toros salvajes esté relacionado también con el miedo. Con enfrentarte a lo que más te asusta sin parpadear.

Turner levantó los hombros en un gesto que parecía querer borrar todos sus miedos.

—¿Te hiciste daño alguna vez?

—Por fuera. Nada grave, algunos cardenales y rasguños. Una vez me rompí el brazo.

«Por fuera», repitió mentalmente Shayla, pensando que era un comentario interesante.

—¿Y qué me dices de tu interior, Turner? ¿Te han herido alguna vez por dentro?

—En un rodeo, no.

—¿Y tu hermano?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, casi con brusquedad.

—Se te nota en la cara cada vez que alguien habla de él. Y también cuando miras a Nicky. Abby me dijo que estabais muy distanciados, pero no me dijo el motivo.

Turner pensó que a pesar de que se conocían desde hacía muy poco, ella sabía mucho sobre él. Especialmente, sobre las cosas que más trataba de esconder.

—Nos peleamos hace años. Fue culpa mía.

—¿Por Maria?

—Yo pensaba que eran demasiado jóvenes para tener una relación seria. Nick acababa de terminar la escuela y tenía toda la vida por delante.

—¿Y qué piensas de que venga ahora con Maria?

—Los hombres no hablan de esas cosas. Hablamos de cosas más importantes. De los precios del ganado o de camionetas.

—Gracias a Dios que no soy un hombre —le respondió Shayla.

—Me parece que no lo dices en broma.

—Insisto, ¿qué piensas acerca de la llegada de tu hermano?

Turner la miró en silencio y supo que tenía que contestar algo.

—No es sólo por él, es también por Maria. Le debo una disculpa, así que me alegro de que vengan. Pero también tengo miedo. Más que cuando montaba aquellos toros.

—Las cosas que más asustan son las de nuestro interior, ¿verdad?

—¿A ti qué te da miedo?

Shayla tomó una ramita y se la puso entre los labios.

—Te parecerían cosas estúpidas.

—Prueba.

—Cambiar, eso es lo que más me asusta.

Turner la miró fijamente a los ojos.

—Eso no me parece ninguna estupidez. También a mí me asusta bastante.

—¡No es cierto!

—Tú misma viste cómo quité la alfombra de la pared y la saqué fuera de la casa.

—Eso no tiene nada que ver con cambiar.

—¿Crees que no?

—No, tenía más que ver con el deseo de controlar.

—Es lo mismo, Shayla. Háblame de tu vida.

Turner la oyó hablar y su voz le pareció que tenía un tono musical. Descubrió que no era feliz en su trabajo, pero que la música la entusiasmaba. Quizá porque la ayudaba a forjar su propio camino, le daba paz interior.

No era como Celia, que se centraba en el exterior. Shayla tenía todo un mundo dentro de ella.

Pero la cuestión era si podría amoldarse al mundo de él. Su rancho era el único lugar donde él podría vivir. Había nacido allí y estaba acostumbrado a esos espacios abiertos, a ese modo de vida. Le gustaba tener que luchar contra las fuerzas de la naturaleza y no le importaba que el vecino más próximo estuviera a varias decenas de millas.

Pero quizá ella viera las cosas de otro modo.

El invierno se acercaba y era una época aterradora debido a sus bajas temperaturas.

No era una vida sencilla, era muy dura. «Pregúntaselo», le dijo una voz en su interior. Después de todo, era una mujer que encontraba placer en las cosas más sencillas. Le encantaban los calcetines nuevos, por ejemplo.

¿Pero qué le preguntaría en realidad?

No sería justo preguntarle algo sobre lo que él no había recapacitado en profundidad.

Además, ¿cómo iba a poder ella contestar a algo de lo que nada sabía? Quizá pensara que podría acostumbrarse a ese modo de vida para luego descubrir lo contrario.

Así que lo único que Turner sabía era que cuanto más tiempo se quedara allí, más sufriría cuando ella se marchara.

«Enfréntate a ello sin pestañear, Turner MacLeod», se ordenó a sí mismo.

—Vámonos —dijo con voz ronca.

Ella pareció confusa y dolida.

Quizá, se dijo él, se le había pasado la época de aprender a estar con otra persona.

Shayla demostró ser una persona susceptible. Turner observó cómo trataba de controlarse y fingir que no le había dolido su brusquedad, aunque él notaba el dolor que la invadía por la posición de sus hombros, por el gesto de la barbilla y por el color de sus ojos.

¿Le habría hecho daño más veces sin darse cuenta? Seguramente, ella sería más feliz con su «especie de novio». Tendrían muchas cosas en común.

Volvieron a la casa envueltos en un doloroso silencio. En un momento dado,

Turner detuvo al caballo.

—¿Has visto algo? —preguntó Shayla.

Turner asintió y señaló hacia el este.

—¿Ves aquel polvo?

—¿Será Abby que trae a los niños? Me parece que dijo que pensaba venir por la tarde. Nicky y Danielle estaban deseando verte.

—¿A mí?

—Eres su tío favorito.

Turner no contestó. Se limitó a mirar hacia el polvo que se elevaba en la distancia. Si no se equivocaba, el polvo procedía de focos separados por una o dos millas entre sí.

Se acercaban tres vehículos hacia su casa.

Turner no podía creérselo. Nunca habían llegado tres coches al mismo tiempo, pensó, frunciendo el ceño. Y en ese momento, pensó que todo era culpa de aquella mujer que iba al lado de él.

Turner dio un suspiro y, haciendo una ligera presión con las piernas sobre el caballo, se colocó el sombrero, decidido a ir en busca de lo desconocido.

Ella cabalgó a su lado, con su cabello al viento, y él pensó en la posibilidad de que ella cabalgara siempre a su lado, en busca de lo desconocido.

«Enfréntate a ello sin pestañear».



## Capítulo 9

Cuando se dirigieron a la casa, y después de desensillar los caballos, descubrieron que Abby ya había llegado.

Turner pensó que la entrada de su casa estaba empezando a parecerse a un aparcamiento. Estaba la caravana de Abby, el coche de Shayla, su camioneta y la camioneta de Peter.

Turner hizo un gesto con la cabeza y miró hacia la carretera, por la que se acercaban las otras dos nubes de polvo. Una de ellas estaría a una milla todavía, la otra un poco más lejos. Apartó la vista y entró en la casa, justo detrás de Shayla.

Pensó en que le gustaba llegar con ella a casa, a pesar del silencio incómodo de la vuelta.

—Hola —saludó Abby.

Danielle y Nicky aparecieron de pronto y se aferraron a las piernas de Turner, gritando y riendo mientras él trataba de soltarse. Al levantar la vista, vio que Abby y Shayla sonreían con ternura.

También vio aquella condenada servilleta de papel que él recordaba haber tirado al suelo, pero que alguien había vuelto a colocar en la nevera, sujetándola con un imán de color blanco y negro con forma de vaca, que él no recordaba que fuera suyo.

¿Qué diablos estaba intentando conseguir su hermana?

—¿Ha venido Peter contigo? —le preguntó.

—No, tenía trabajo. Pero yo te he traído a estos chicos, que se morían de ganas de verte.

—Pues no sé por qué —dijo secamente, pero, cuando miró hacia abajo y los vio colgados de sus piernas, algo dentro de él se conmovió.

Luego, levantó la vista hacia Shayla y su leve sonrisa delató que ella sabía exactamente por qué.

—Viene alguien —comentó él, tratando de acercarse hacia el frigorífico con los niños todavía colgados a él. Fue como tratar de caminar en medio de un pantano.

—¿Quién es? —preguntó Abby, tan sorprendida que Shayla se dio cuenta de que rara vez debían recibir visitas.

La sonrisa desapareció de los labios de Shayla, al darse cuenta, de pronto, de lo solo que normalmente debía sentirse Turner.

—No sé quién será. Sólo vi el polvo en la carretera —comentó, quitando la servilleta de la nevera.

Abby sonrió.

Él la miró con gesto sombrío y se la guardó en el bolsillo.

De pronto, se oyó el sonido de una puerta cerrarse afuera, y Abby se dirigió a la ventana.

—Es una Barracuda roja.

Turner se fijó en que Shayla empalidecía. Luego, trató de soltarse de los niños,

pero le resultó imposible.

—Ya es suficiente —le dijo con tono serio, pero no le hicieron el menor caso.

Turner, finalmente, consiguió llegar, arrastrándolos tras él, a la ventana, y echó un vistazo por encima del hombro de Abby. Una mujer muy elegante y algo rellenita había salido de un polvoriento coche deportivo. Llevaba un pañuelo de color rosa en la cabeza y unas gafas de sol muy llamativas. Su indumentaria se completaba con un enorme jersey blanco de angora y unos pantalones con motivos de tigre.

Abby le hizo una mueca. Luego, volvió la vista de nuevo hacia sus visitantes.

Un hombre se bajó por el lado del conductor. Era muy guapo, pero algo blando y con barriga.

—Es mi madre, ¿verdad? —susurró Shayla—. Decidme que no.

—Tu madre no llevaría unos leotardos con franjas naranjas y negras, ¿verdad? —preguntó Turner.

Shayla soltó un gemido y Turner se volvió hacia ella que, de pronto, había empalidecido y parecía agotada. La mujer vital y risueña que había sido hasta entonces había desaparecido.

—¿Y quién es ese hombre que la acompaña? —preguntó él.

—¿Un hombre? —aulló Shayla. Luego, corrió hacia la ventana—. ¡Oh, Santo Dios! Es Barry. ¿Qué han venido a hacer aquí?

Miró a su alrededor como buscando algún sitio donde esconderse. Turner pensó que le encantaría esconderla.

Se la echaría sobre el hombro y correría a la puerta de atrás para alcanzar el corral. Luego, la pondría sobre un caballo y se la llevaría de allí.

Pero era evidente que no podía hacer nada parecido. Los tres se quedaron inmóviles, mirándose entre ellos. Turner, al oír la voz de la madre de Shayla, se acordó de una maestra de primer grado que solía pegarle con la regla. Era algo así como el sonido de unas uñas deslizándose por una pizarra.

¿De dónde diablos vendría la bonita voz de Shayla?

—Vaya, ¿no es precioso este lugar? —estaba diciendo la mujer con su tono agudo, dejando ver que ese lugar le parecía todo salvo precioso.

Turner miró a Shayla con compasión, pero ella no estaba mirándolo.

«Agárrala y echa a corren», le sugirió una voz interior. Pero él era ya adulto. Y sabía que había que enfrentarse a las situaciones desagradables, porque estaba seguro de que esa situación iba a ser desagradable.

La mujer no había parado de hablar desde que se había bajado del coche.

—Holaaaaa —gritó en ese momento desde la puerta.

Danielle y Nicky se miraron el uno al otro, echándose a reír. Ambos le soltaron las piernas y echaron a correr.

Sin duda, era lo más inteligente.

Abby fue a abrir la puerta. Parecía extrañamente conmovida por lo que estaba sucediendo.

La madre de Shayla estaba de pie en la puerta, posando como si fuera una antigua estrella de cine. Sus ojos comenzaron a escrutar todo hasta que dieron con lo que estaban buscando. Con él.

—Shayla, cariño, gracias a Dios que no nos hemos equivocado de casa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Shayla en un tono de voz algo tenso.

La muchacha seguía estando muy pálida.

—¡Estaba muy preocupada por ti! Al no poder hablar contigo por teléfono, me di cuenta de que tenía que venir urgentemente. Barry vino...

Se oyó abrirse la puerta de la calle y la madre de Shayla se volvió, sonriendo aprobadoramente.

—Aquí está. Barry, hemos acertado con el camino. ¡Mira! Aquí está Shayla.

Barry saludó a Shayla con lo que a Turner le pareció un gesto teatral.

—No puedo creerlo —respondió Shayla mientras devolvía a Barry el saludo—. ¿Cómo se te ha ocurrido?

Turner observó con gran interés el gesto de dolor que puso la madre.

—Pero si ni siquiera nos has presentado a tus nuevos amigos, Shayla... —dijo, observando con gran interés la barriga de Abby.

Shayla hizo las presentaciones de mala gana. Turner no pudo evitar darse cuenta de que su madre pareció algo decepcionada al enterarse de que Abby era su hermana y no una novia o una doncella a la que había seducido.

Quizá apretó demasiado fuerte la mano de Barry al presentarse, ya que el hombre lo miró con un gesto de dolor en el rostro.

—¿A qué habéis venido? —preguntó Shayla de nuevo.

—Hemos venido a recogerte —respondió su madre, como si fuera una sorpresa que debiera encantar a su hija.

Según parecía, el nombre de la madre de Shayla era Esmeralda, y él estaba casi seguro de que su maestra de primer grado también se llamaba así. O quizá Esther o Hester o Henrietta o algo por el estilo. O sea, el tipo de nombre que un escritor suele utilizar para una bruja. Pero lo cierto era que la mujer había insistido en que la podían llamar Essie.

—Todavía no me puedo ir —contestó Shayla, cruzándose de brazos.

Por la cara de asombro de Essie, y también de Barry, Turner presintió que Shayla lo iba a tener difícil. Sintió ganas de darle una palmada de ánimo en el hombro, aunque finalmente se contuvo.

—Pero —dijo Essie—, pero Shayla, hemos venido hasta aquí para recogerte y nos hemos preocupado muchísimo por ti y mi bursitis está fatal...

«No te lo creas», le dijo Turner a Shayla en silencio. Ella no dejaba de mirar a su madre con cierto escepticismo, aunque también parecía sentirse algo culpable.

—Bueno, bueno —dijo Abby—, vamos a sentarnos todos un rato. Prepararé un café y un té. Así podremos todos conocernos un poco mejor.

Él estuvo a punto de preguntar para qué diablos querían ellos conocerse mejor.

Shayla miró a Abby con ojos al menos tan sombríos como los que él debía tener. Pero Abby los ignoró a los dos.

—Probablemente, deberíais pasar aquí la noche. Habéis hecho un largo viaje. Además, pronto oscurecerá y estas carreteras pueden resultar peligrosas de noche.

—Sólo en caso de que hubiera niebla. Y eso es bastante improbable en septiembre —murmuró Turner, pero nadie pareció hacerle caso, salvo Shayla, que le sonrió con gratitud.

—Y ya mañana decidiréis quién se va con quién —añadió Abby, ignorando a su hermano.

—De hecho —intervino Barry—, sería...

Turner no atendió a lo que decía el hombre. No le gustaba su voz, melosa y grasienta como el aceite. Así que desconectó de la conversación y se dedicó a mirar a su hermana, preguntándose cómo iba a acomodar a toda esa gente en la casa.

Pero Abby ya lo había pensado por él.

—Los chicos pueden dormir en la caravana conmigo. Essie, tú dormirás en el cuarto de Turner, Shayla tú lo harás en el cuarto pequeño y Barry, en el sofá cama.

Barry en el sofá cama. Eso le gustaba.

—Oh, y me queda Turner —añadió Abby, volviéndose hacia él.

Él sonrió con gesto tenso.

—Bueno, tú puedes dormir en la tienda de campaña, Turner.

—Gracias —dijo él con sequedad.

«¿Por qué estará haciendo todo esto? ¿Y a qué viene esa mirada maligna en sus ojos?», pensó Turner. Debía estar disfrutando al alterar todo su mundo ordenado. Y encima, ni siquiera se molestaba en ocultarlo.

—Creo que debería ser yo quien durmiera en la tienda —se ofreció renuientemente Barry.

—Oh, no, quédate con el sofá cama. Insisto —intervino Turner.

—Bueno —dijo Barry sin ocultar la alegría—, si insistes...

—Por supuesto que sí.

De pronto, se oyó afuera el ruido de una puerta cerrándose. Turner se dirigió a la ventana al mismo tiempo que Abby.

—¡Oh! —exclamó ella, y se dirigió tan rápido como se lo permitió su tripa hacia la puerta—. ¡Nicholas!

Turner se sintió como si le hubieran pegado un puñetazo en el estómago. Luego, vio a través de la ventana cómo su hermano salía de un viejo coche. No parecía el mismo que se había marchado hacía ya tantos años. Se le veía mucho más fuerte, pero era en la cara donde se veía más claramente el cambio. Cuando se fue, Nick era un muchacho, pero se había convertido en un hombre.

Observó cómo Abby corría hacia él. Nick la levantó en sus brazos sin ningún esfuerzo. Luego, se fijó en Maria, que los estaba mirando con timidez. Sus ojos oscuros parecían al borde de las lágrimas.

Turner había pensado que iba a tener un poco más de tiempo para prepararse para aquello.

Shayla se acercó a su lado y apoyó la mano sobre su hombro.

—¿Es Nick? —le preguntó.

Él asintió al tiempo que se giraba hacia ella. En sus ojos notó que ella comprendía perfectamente la angustia que él sentía en su interior.

—Todo irá bien —trató de animarlo.

—Claro.

Él se dio la vuelta y pudo ver que Essie lo estaba mirando suspicazmente. Barry parecía mucho más interesado por unas galletas que había descubierto.

Debía haberlas hecho Abby. Había suficiente para una multitud.

Se acordó de la servilleta, que le estaba haciendo un agujero en los bolsillos de los vaqueros.

Luego, pensó en que iban a tener que acomodar a otros dos huéspedes.

Se sacó la servilleta del bolsillo y la tiró a la basura. Luego, tomando aliento, se dirigió a la puerta.

Nicky y Danielle pasaron a su lado como una exhalación. El pequeño se detuvo en el segundo peldaño de la escalera y Nicholas se volvió hacia él y se quedó mirándolo fijamente.

Luego, con el rostro iluminado, se puso de rodillas y abrió los brazos hacia el niño.

Nicky se quedó helado. Trató de buscar apoyo en las piernas de Turner, que estaba detrás de él. Luego, levantó la vista, buscando los ojos de su tío. Turner asintió y eso era todo lo que Nicky necesitaba. El muchacho echó a correr hacia Nick, deteniéndose justo antes de llegar a él.

—¿Papá? —susurró con la voz tan llena de respeto que a Turner casi se le parte en dos el corazón.

Finalmente, Nicky se arrojó en los brazos de su padre y se echó a llorar cuando esos brazos se cerraron sobre él.

—Es la primera vez que lo veo llorar —comentó Shayla, que se había puesto a su lado sin que él se hubiera dado cuenta.

—¿Cómo habrá adivinado que Nick era su padre? —preguntó Turner.

—Me gustaría pensar que se lo ha dicho su corazón.

—A mí me gustaría pensar que Maria tenía una fotografía de él —replicó Turner, tratando de aligerar la tensión.

Pero no tuvo éxito. Shayla apartó su brazo de él y, al volverse hacia ella, pudo ver una lágrima rodando por su mejilla.

—Papá, ¿dónde has estado todo este tiempo? —susurró Nicky con voz ronca.

Shayla se secó las lágrimas.

Nicky se puso en pie y apoyó a su hijo contra su hombro. Los ojos del padre estaban tan húmedos como los del hijo.

A Turner le pareció que los ojos oscuros de su hermano lo miraron con rabia. Seguramente se lo merecía.

—Menos mal que tenemos la tienda —le dijo Abby a Turner con tono alegre. Su hermana estaba agarrando la mano de Maria.

Turner miró a Maria, que lo estaba mirando a él a su vez con una expresión que no pudo interpretar. Luego, se acercó a su hermano y le tendió la mano, sorprendiéndose al ver que Nick se la estrechaba con fuerza.

—Bienvenido a casa—le dijo Turner.

—Éste es el tío Turner —le presentó el pequeño. Nick y Turner se echaron a reír.

—Tú tío Turner y yo ya nos conocemos —replicó Nick—. Es mi hermano.

Por alguna razón, aquellas palabras hicieron una honda impresión en Turner.

«Mi hermano, la mitad de mi corazón», pensó. Pero, ¿por qué al pensar cuál sería la otra mitad de su corazón volvería la mirada hacia Shayla, que seguía observándolos desde la escalera?

—Papá, ¿dónde has estado? —susurró Nicky, tocando a su padre la cara con sus manitas como para convencerse de que era real—. Nicky te necesitaba.

Turner volvió a sentir un gran remordimiento en su interior. ¿Podría arreglar su falta de alguna manera? Maria se acercó hasta ellos y le sonrió con una tímida ternura.

—Hola, Turner —dijo, tocando la espalda de su hijo, como para formar parte de ese círculo que estaban formando.

Turner se giró hacia Shayla, pensando en si se iría ella con su madre y Barry ya que su hermana y Maria habían regresado.

Quizá, si se lo pidiese, se quedara.

—Venga —dijo Abby, acercándose hasta él y rodeándole los hombros con un brazo—. No tienes por qué empezar a ordenarlo todo ya.

—Me basta con saber dónde voy a dormir esta noche —refunfuñó él—. Abby, quizá deberías alojarlo en tu casa. Tú tienes mucho más...

—Tonterías, esto va a ser mucho más divertido.

—Pero es que tú no vas a tener que dormir en el cobertizo...

Después del café y de todo ese jaleo que lo estaba mareando, Turner se dio cuenta de que necesitaba hablar con su hermano y Maria a solas.

—¡Eh, chicos! —dijo Barry, como si fuera el anfitrión—. He traído un vídeo de nuestro último espectáculo. ¿Quién quiere verlo?

Todos se mostraron impresionados cuando Barry anunció con falsa humildad que era actor. Y para enojo de Turner, todos salvo él estuvieron de acuerdo con ver el vídeo.

Así que tuvieron que llevar algunas sillas de la cocina al salón hasta que finalmente todo el mundo estuvo acomodado. Barry manipuló el aparato de vídeo con gran facilidad. Turner todavía tenía que consultar el manual de instrucciones para poner una cinta.

Mientras todos se morían de risa con la actuación de Barry, haciendo el papel del payaso Bo-Bo, Turner no paraba de mirar malhumorado a Shayla, que no le prestó la menor atención, aunque su madre sí que pareció interceptar cada una de sus miradas.

Turner se obligó a concentrarse en la pantalla. Bo-Bo estaba cantando y haciendo reverencias a Amapola Semilladepimienta, que era un títere de madera con delantal y trenzas.

La canción era bonita, pero Bo-Bo era un idiota. Incluso con esos enormes pantalones y esa nariz roja, a Turner le pareció tan vanidoso y egocéntrico como Barry.

Turner se puso en pie con la intención de escabullirse sin que nadie se diera cuenta, pero Shayla salió de su trance y giró la cabeza hacia él. Barry tenía apoyado un brazo sobre sus hombros y su madre tenía apoyada una mano sobre su pierna.

Él salió fuera de la casa y se quedó observando la agradable noche de Montana. Luego, se dirigió al cobertizo, y al oír pasos tras él, se volvió con la esperanza de que fuera ella.

Pero no era. Se trataba de Maria.

—Gracias por traerlo de nuevo a casa —le dijo con calma—, y por confiarme al chico. Francamente, creo que no me lo merecía.

—Yo no opino lo mismo —contestó ella.

—Es culpa mía que tu hijo se haya criado sin su padre. Así que te pido que me perdones por entrometerme en vuestra vida.

—Está bien —asintió ella—, te perdono.

La miró de nuevo. Era una muchacha muy bonita con unos ojos preciosos y una expresión dulce y cariñosa. ¿Cómo podía haber pensado que aquella mujer no era adecuada para su hermano?

¿Cómo podía haberse equivocado así? ¿Cómo podía haber obviado lo esencial?

Y lo que era más importante, ¿por qué le resultaría tan evidente ahora?

Pero conocía la respuesta porque algo había cambiado en su interior.

—Gracias.

—Pero mi perdón no te servirá de nada hasta que tú te perdones a ti mismo.

Además de guapa, era inteligente, o quizá sería más preciso decir que era intuitiva.

—Sí, seguramente llevas razón. Pero eso puede llevar un tiempo.

—Turner, yo siempre estuve segura de que eras un hombre bueno, de que querías mucho a Nick y de que buscabas sólo lo mejor para él.

—Sí, pero, ¿a qué precio para ti? Me preocupé de mi hermano, pero me olvidé de ti.

—Bueno, la verdad es que no voy a negar que todos estos años de soledad han sido muy duros para mí —admitió ella con voz tranquila—. Pero lo cierto es que Nick se ha convertido en un hombre desde entonces y tiene que agradecerte a ti el haberse endurecido.

—Muy bien —refunfuñó Turner.

Ella se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla lleno de ternura.

—¿Por qué decidiste enviar aquí a Nicky? —le preguntó cuando ella ya se estaba dando la vuelta para marcharse—. Habría sido más sencillo que se lo llevaras a Abby.

—Quería que vieras de lo que era capaz el amor —y dicho aquello, se dio la vuelta y se apresuró hacia la casa.

«De lo que era capaz el amor», se quedó pensando. El amor le había puesto la casa patas arriba, llenándosela de adultos y niños que no paraban de gritar.

En el cobertizo, entre otros trastos viejos, había un baúl antiguo. Se dirigió hacia él y lo abrió.

Dentro de él había guardados varios dibujos de cuando él era un crío. Desenrolló uno en el que había dibujado una casa.

Era una casa bonita con muchas ventanas, con la que hubiera soñado cualquier chico a su edad. Una casa en la que pudieran vivir sus hijos y su familia.

Y su infernal suegra...

Volvió a meter el dibujo en el baúl al tiempo que decidía que, después de hablar con Nick por la mañana, se marcharía unos días de allí. Y esperaba que cuando volviera, su casa estuviera de nuevo vacía.

Y así podría dormir, al fin, de nuevo.

Encontró una vieja manta en el fondo del baúl y la echó sobre un montón de heno. Luego, se tumbó sobre ella y cerró los ojos.

Imaginaba que Shayla y Barry tendrían bastantes cosas en común. Seguro que Barry sabía cantar y bailar, de manera que, ¿qué importaba si tenía que trabajar vestido de payaso? Era un artista, igual que ella.

Probablemente, serían muy felices juntos. Además, a Essie, la bruja, parecía gustarle Barry. En cambio, él no parecía gustarle nada a juzgar por las miradas desagradables que le había estado dirigiendo desde su llegada.

Por otra parte, tendría que hablar al día siguiente con Nick, y suponía que él no iba a mostrarse tan dispuesto al perdón como Maria. No sería de extrañar que le diera un puñetazo en la mandíbula.

Pero Turner se daba cuenta de que un buen golpe en la mandíbula sería mucho más fácil de soportar que una conversación sincera entre ambos.

Soltó una maldición al notar que el heno le pinchaba en la espalda. Se dio la vuelta y lo alisó un poco, pero al tumbarse de nuevo, volvió a notar la misma incomodidad.

A través de las ranuras del granero, veía que en la casa iban apagándose las luces una a una.

De pronto, pensó que se estaba engañando a sí mismo y que nunca volvería a ser capaz de dormir de nuevo.

Especialmente, cuando ella se marchara. Había caído hechizado por su dulzura, por el recuerdo de su risa y el olor de su cabello.



Tenía que elegir entre marcharse o quedarse, entre amar o estar solo, entre hacer las cosas con cautela o arriesgarse.

Por la mañana, sus dudas parecían haber tomado proporciones monstruosas.

Sentía la cabeza como si se la hubiera estado golpeando contra un rinoceronte durante toda la noche.

Su hermano apareció en la puerta.

—¿Turner? —lo llamó en la oscuridad.

Turner se levantó.

—Me siento viejo —protestó con un gemido—. Aunque tú tampoco pareces muy joven.

—Estoy seguro de que podrías haber dormido en la caravana —contestó su hermano, acercándose y tratando de ver sus ojos a través de la luz mortecina de la mañana.

—Entonces no podría sentir tanta lástima de mí mismo.

Nick soltó una carcajada.

—¿A tu edad estás desarrollando el sentido del humor, Turner?

—Espero que no —dijo Turner, dolido. ¿Nunca había tenido sentido del humor?

—Abby me ha dicho que venga —declaró Nick incómodo.

—¿Para qué?

—Dice que no nos va a dar de comer hasta que hablemos. Y Maria la apoya.

—¡Mujeres!

Turner miró a su hermano. Éste había crecido no sólo físicamente. Sus ojos eran también diferentes.

Se había convertido en un hombre.

—Y lo que más odio es cuando llevan razón —añadió Turner.

—A mí me pasa lo mismo —admitió Nick, sentándose a su lado.

—Lo siento, Nick. He hecho muy mal algunas cosas y lo siento de veras.

—¿Sabes lo que me dijo Maria? Que tenía suerte de tener un hermano como tú.

—¡Mujeres!

—Turner, yo no necesitaba que ella me dijera que en aquel tiempo tenías demasiada responsabilidad para tu edad y que siempre lo hiciste todo por amor.

—Creo que veis demasiadas películas románticas.

—¿Qué?

—Que llevas demasiado tiempo entre osos.

—No te va a gustar que te lo diga, Turner, pero es verdad que disfruto viviendo entre los osos.

—Sí, ya me lo imaginaba.

—Ahora, volveré con Maria y el niño. Nos hemos casado.

Estuvo a punto de decir a su hermano que no era un tipo de vida adecuado para su mujer y su hijo, pero se mordió la lengua. ¿Qué sabía él del tipo de vida que los demás querían o necesitaban?

Pensó que lo que realmente quería decir era que los echaría de menos y que le gustaría que estuvieran más cerca. Quería ver crecer a su sobrino.

Se le formó un nudo en la garganta del tamaño del mundo entero.

—Felicidades, Nick —consiguió decir.

—Estaremos en contacto. Me gustaría que vinieras a visitarnos y nosotros también vendremos a verte. Maria ya está pensando en volver para cuando Abby dé a luz. Turner...

—¿Sí?

—Te he echado de menos. De verdad.

—Yo también te he echado de menos, Nick —fue lo más difícil que había dicho en su vida. Miró su reloj de pulsera y su expresión cambió—. ¡Caramba! Tengo que irme. Esta mañana hay venta de caballos en Lewistown.

—¿Cuándo volverás?

El disgusto de su hermano por su partida estuvo a punto de hacerle cambiar de opinión. A punto. Pero un hombre no podía dejar que su corazón tomara decisiones por él.

Aunque, en ese momento, se acordó de que hacía dos meses que había decidido no ir a aquella venta de caballos en Lewistown, así que, ¿de qué estaba huyendo?

Las llaves de su camioneta estaban colgadas de un gancho al lado de la puerta de atrás de la casa. Antes, las solía dejar puestas en la camioneta, pero Abby pensaba que no era una buena idea con los niños correteando por allí.

Así que trató de entrar silenciosamente en la casa. No quería encontrarse con su hermana en ese momento. Pero el único que estaba en la cocina era Barry, masticando alegremente lo que parecía una frambuesa.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó Turner, tratando de evitar todo interés malicioso.

—Mejor que nunca, me encanta esa cama.

Turner trató de encontrar el tono de sarcasmo. Aunque, después de todo, ese hombre era un actor.

—¿Te encanta esa cama? —preguntó con incredulidad.

—Bueno, ya sabes que la mayoría de los sofás cama son asesinos.

—¿Y ése no?

—He dormido estupendamente —repitió, dando un bocado a un pastel—. ¿Quieres? Los he hecho yo.

Turner no los habría probado aunque se estuviera muriendo de hambre, que era la verdad. Shayla se merecía un hombre que supiera hacer pasteles, claro.

¿Era posible que ese sofá cama fuera cómodo? ¿Estarían todos los problemas que había tenido últimamente sólo en su cabeza?

—Se está muy tranquilo aquí —comentó Barry.

Desde algún lugar de la casa, se oyó la voz de la madre de Shayla. Parecía chillar o quizá estuviera cantando.

—Se estaba tranquilo.

## Capítulo 10

—¿A dónde va? —quiso saber Shayla, al ver desde la ventana de la cocina a Turner sacando la camioneta de entre su coche y la camioneta de Peter.

La sacó de manera tan rápida, que Shayla aguantó por un momento la respiración, creyendo que iba a dar un golpe al ridículo deportivo rojo de su madre. Deliberadamente. Pero no fue así y el coche se alejó entre una nube de polvo y grava.

Ella se volvió y miró a Barry. Éste estaba preparando una bandeja de pasteles en el horno que había tomado prestado de la caravana de Abby.

—Dijo algo sobre Lewistown —explicó Barry con la boca llena de pasta.

Shayla pensó que Barry no notaba el interés que ella sentía por el vaquero.

—¿Quién ha ido a Lewistown? —preguntó Abby, entrando en la cocina con una toalla en el pelo.

—Turner —contestó Nick, entrando por la puerta trasera—. Dijo que había una feria de caballos.

—Ya, como si no tuviera suficientes caballos. Ya se está empezando a comportar como un vaquero que se va solo al anochecer, o al amanecer en este caso.

Shayla trató de fingir que le daba igual.

Su madre entró en ese momento, vestida con un jersey que tenía la cabeza de un gato de lentejuelas en la parte delantera. La cocina de repente pareció diminuta y abarrotada y Shayla sintió deseos de gritar.

¿Qué persona podría soportar una cocina así día tras día?

—Shayla, quizá deberías de empezar a hacer tu equipaje. Ya no hace falta que cuides de Nicky, así que tú, Barry y yo podemos...

Shayla no dejó que terminara la frase. Salió por la puerta de atrás y se dirigió a la pradera que había al otro lado del granero.

No le extrañaba que Turner no diera importancia al tamaño de la cocina, pensó. Con toda aquella pradera, ¿para qué quería una más grande?

«Pero no le puedes perdonar», se dijo a sí misma. «Si le perdonas lo de la cocina, acabarás perdonándole también el haberse ido».

Turner había dejado todos los caballos en la pradera, excepto a la yegua Appaloosa, que estaba en el establo con comida y agua.

Eso significaba que iba a estar fuera bastante tiempo. Shayla escuchó pasos que se acercaban.

—Vete —dijo sin volverse.

—Soy yo —contestó Maria.

—Oh —exclamó, volviéndose y esbozando una débil sonrisa—. Creí que era mi madre.

—Lo sé. ¡Qué caballo más bonito!

—Odio a este caballo, aunque sea horrible decirlo. Es el único y verdadero amor de Turner.

—¿Te gusta Turner?

—No importa lo que sienta por él, ya que se ha ido.

—A mí sí me importa lo que sientes por él.

—¿Por qué?

—Imagino que sabrás que podía haber mandado a Nicky con mi hermana, que vive en Portland.

—¿Qué? Entonces, ¿por qué demonios me has hecho cruzar todo el país...?

—No me gusta Barry.

—¿Perdón?

—No me gusta Barry —repitió Maria con firmeza—. Me lo encontré algunas veces en la piscina cuando iba a recoger a Nicky. No es el hombre adecuado para ti. Es tan parecido a tu madre, que me da miedo. No me gusta nada, es demasiado controlador.

—Oh, Maria. No pensaba casarme con él. Ya se lo he dicho.

—Tu madre te habría convencido al final.

Pero ya no. Shayla jamás se casaría con nadie que no fuera un vaquero alto y seguro y con unos ojos azules que albergaran el mundo entero en sus profundidades.

—¿Por qué me obligaste a hacer este viaje absurdo? ¿Qué demonios tiene que ver eso con Barry o con mi madre?

—Todo. Necesitabas apartarte un tiempo de ellos. Tenías que descubrir lo que eres en realidad.

Shayla miró a su amiga sorprendida.

—¡Maria! Tú eres tan calculadora como ellos.

—Pero yo soy tu hada madrina. Shayla, quería que conocieras a Turner.

—Pero, ¿por qué?

—Porque es un hombre de verdad. Porque en cuanto te conocí, te imaginé con él.

—¡Has hecho de alcahueta! ¡Me has enviado aquí pensando que me enamoraría de él!

—¿Y no ha sido así?

Shayla quería negarlo, pero su corazón no se lo permitió.

—Sí —admitió con tristeza—, así ha sido. Y ahora, él se ha marchado, y eso me duele. Hoy mismo me iré con mi madre y con Barry.

—¡No te atrevas! Conozco un poco a los hombres de esta familia, Shayla. Una vez que entregan su corazón, lo hacen para siempre.

La yegua escogió ese momento para relinchar, acercándose a la valla. Ambas mujeres retrocedieron asustadas y soltaron una carcajada nerviosa.

—A ella es a quien le ha dado su corazón y les deseo toda la felicidad del mundo, pero yo me marcharé hoy con mi madre y con Barry. Quiero volver a mi vida normal.

Maria la miró con tristeza.

En ese momento, se oyó un grito ensordecedor.

—¡Ésa ha sido mi madre! —exclamó Shayla.

Ambas salieron corriendo hacia la casa.

—Se ha puesto de parto —se oyó gritar a Essie—. ¡Oh, Dios mío! Voy a desmayarme.

Shayla subió corriendo las escaleras del porche y entró por la puerta que daba a la cocina. Ésta parecía en aquellos momentos no ya pequeña, sino claustrofóbica. Abby estaba muy pálida y se había sentado en una silla. Al ver a Shayla, hizo un gesto afirmativo con total calma.

—¿Crees que Henry puede llegar con la avioneta? —preguntó Shayla.

—Creo que es demasiado tarde —dijo Nick—. Apóyate en mí, Abby, te pondremos en la habitación de Turner.

—Eso le gustará —contestó Abby con una mueca.

—¡Dios mío! —exclamó Essie, agitando el teléfono con la mano en alto—. No hay línea. ¿Cómo puedo llamar a urgencias? Las líneas están...

—Señora Morrison —la interrumpió Nick—, ¿sería tan amable de cuidar de Danielle y Nicky? Quizá pudiera llevarlos a dar un paseo.

Shayla no pudo evitar ver algo de la seguridad de Turner en su hermano. La misma actitud responsable, la misma calma. ¡Hasta se atrevía a dar órdenes a su madre!

La madre lo miró asombrada, colgó el teléfono y dejó de chillar.

—Por supuesto que puedo —replicó Essie con valentía—. Haré cualquier cosa por ayudar. Shayla, vente conmigo.

—Yo me quedaré con Abby. Me necesita.

La madre la miró sorprendida.

—Creo, hija, que tendrías que ayudarme. Ya sabes cómo soy con los niños.

Claro que sabía cómo era su madre con los niños, sólo hacía falta repasar su propia infancia. Nicky y Danielle, sin embargo, podrían soportarla durante unas horas.

—Yo iré contigo, Essie —declaró Barry, mirando a Shayla con desaprobación—. Vamos, vamos, todo saldrá bien.

Maria y Shayla intercambiaron miradas y luego se fueron hacia la habitación de Turner.

Turner asistió al mercado de caballos sin apearce de la camioneta. Sentía una inquietud interior que ningún caballo iba a resolver.

Si le gustara beber, se iría a tomar una copa, pero no le gustaba.

Durante todo el viaje a Lewistown había estado pensando en Shayla. Recordando el momento en que su vida había dejado de pertenecerle cuando ella llegó.

Aunque eso no era del todo cierto. Si era sincero, tendría que admitir que las cosas habían empezado a cambiar cuando Nick se marchó o, incluso antes, cuando sus padres murieron. Fue en ese momento cuando dejó de tener sentimientos, pero desde que ella había llegado, había empezado a sentir de nuevo.

Ella le había hecho enfrentarse con el vacío en que su vida se había convertido.

Verdaderamente, Shayla se merecía una medalla.

Quizá eso fuera lo mejor: le haría un bonito regalo de despedida. Algo que la ayudara a recordarlo.

Turner tomó la calle principal, totalmente absorto en sus pensamientos y, de pronto, vio por el rabillo del ojo un nuevo establecimiento situado entre su tienda favorita de rifles y un almacén de ropa vaquera.

Pisó el freno y se quedó mirando absorto las prendas de encaje del escaparate. Alguien tocó el claxon. Turner encontró un sitio para aparcar y se dirigió hacia la tienda.

—Déme una de cada una de las prendas que hay en el escaparate.

«No es un regalo muy apropiado», le advirtió una voz interior.

—Eso es porque no voy a despedirme de ella.

—¿Perdón?

—Talla ocho más o menos.

Bueno, ¿y qué si Barry sabía hacer pasteles? Turner tenía también ciertas cualidades.

De repente, notó un escalofrío en la espalda y se giró.

Habría jurado que había oído a Abby llamándolo. Y entonces, recordó el día anterior, cuando ella se había quejado de que le dolía la espalda. También recordó su energía casi febril.

¿No había leído en algún sitio que justo antes del parto solía dolerle la espalda a la madre, y también que el nacimiento de un niño podía ser antecedido por un estallido repentino de energía?

—Envuélvalo rápidamente. Mi hermana está dando a luz.

La señorita lo miró con incredulidad, pensando que ésas no eran las prendas más adecuadas para una mujer que iba a tener un bebé.

Turner salió y se detuvo en la primera cabina de teléfonos que encontró. No pudo comunicar con su casa, así que se dirigió a la camioneta y, como no había límite de velocidad en Montana, llegó al rancho en un tiempo récord.

La madre de Shayla y Barry estaban dormitando en sendas mecedoras en el jardín y Nicky estaba jugando a sus pies con una camioneta de juguete.

—Hola, tío Turner. ¿Quieres ver mi camioneta?

—¿Dónde está la tía Abby?

—Está dando a luz —dijo Nicky con disgusto—. Danielle no quiere jugar conmigo.

Turner corrió escaleras arriba y encontró a Danielle en la cocina, jugando con unas muñecas de papel. Cuando alzó la vista, Turner se dio cuenta de que la chica había estado llorando.

—A mamá le duele mucho —susurró.

—Mamá va a ponerse buena muy pronto —dijo Turner, agachándose para darle

un beso en la mejilla.

Seguidamente, corrió hacia la habitación. Abby estaba chillando en el momento en que él entró.

—Me alegra que hayas venido —dijo Shayla al verlo.

Turner apretó su mano. ¡Pero qué demonios! La besó en la boca.

—Has llegado a tiempo, hermano —dijo Nick.

Turner se acercó a Abby, que sudaba copiosamente y no paraba de jadear, pero no parecía muy nerviosa por la situación. Extendió la mano y él se la tomó.

También ella se alegraba de que hubiera llegado. Turner se preguntó por qué inspiraría esa confianza a la gente, pero, en cualquier caso, le alegraba que fuera así.

—¿Los sientes, Turner? —quiso saber Abby.

—¿Los dolores? —preguntó sorprendido.

—No, tonto. A mamá y papá.

Turner dirigió a su hermano una mirada de asombro y éste se encogió de hombros.

—Están aquí en este momento —continuó Abby.

Turner pensó horrorizado si su hermana estaría muriéndose.

—Aquí viene —dijo Maria sin aliento—. ¡La cabeza está fuera! ¡Ahora los hombros! ¡Es un niño!

La habitación quedó en silencio un segundo y después el niño comenzó a chillar. Era diminuto y a Turner no le habría extrañado que hubiera salido otro.

Todos empezaron a reír y a llorar y, de repente, Abby gimió.

—¡Oh Dios! Hay otro.

El segundo, igual de arrugado y enrojecido que el primero, era una niña.

Minutos después, ambos estaban acurrucados junto a la madre, que lloraba de felicidad.

—Os dije que estaban aquí. Voy a llamarlos Winston y Sara por mamá y papá, que son nuestros ángeles de la guarda, que han hecho que volvamos a estar todos juntos y que han traído a Shayla a esta casa —la voz de Abby se quebró y cerró los ojos de felicidad.

—¿Tú sabes de qué está hablando? —preguntó Nick en voz baja.

—Ya te dije que ve demasiadas películas románticas —replicó Turner, a pesar de que sabía perfectamente de lo que estaba hablando su hermana.

Estaba refiriéndose al destino, a los ángeles que hacían que todo saliera bien, incluso cuando los hombres se esforzaban porque sucediera todo lo contrario.

—Danielle —gritó, asomándose al pasillo—. Ven a conocer a tus hermanos.

La niña apareció en seguida.

—¿Mamá está bien?

—Sí, cariño. Ven aquí.

—Nick, ¿por qué no vais Maria y tú a avisar a Peter? —sugirió Turner.

Luego, se volvió hacia su hermana, que estaba preciosa y a la vez agotada. Se



inclinó y le acarició el cabello.

—Muchas gracias —susurró—. Más niños a los que buscar cama...

—Turner, tú nunca serás capaz de renovar esta casa para que pueda caber una familia de tamaño medio.

—Ya lo sé.

Abby soltó una carcajada.

—Ahora necesito dormir un poco. ¿Podéis dejarme sola un rato?

—Eres increíble —dijo Turner.

Se fueron todos a la cocina y Turner se acercó a Shayla. Ésta lo miró con ojos brillantes.

En ese momento, Maria llamó a Nicky y salió al jardín a buscarlo.

Un momento después, se oía la voz desesperada de Essie.

—¡Lo he perdido! Me he quedado dormida un minuto. ¡Oh, Dios! ¡He perdido al pequeño!

Turner maldijo entre dientes y salió fuera. Esperaba que Nicky no hubiera decidido dar de comer a los caballos él solo. Luego, recordó la afición que el pequeño tenía por la yegua salvaje.

En un segundo, salió corriendo hacia los establos. Shayla iba a su lado y detrás de ésta, Maria y Nick, seguidos de Essie y Barry.

Turner aminoró el paso cuando entró en los establos para no asustar a la yegua.

El pequeño estaba en medio del cercado con un puñado de hierba en la mano.

Turner se paró y levantó una mano para que los demás no hicieran ruido.

—Este caballo no está acostumbrado a la gente —dijo con autoridad—. Por favor, no os acerquéis y, usted, cállese —añadió, mirando a la madre de Shayla.

Ésta cerró la boca con un gesto de indignación.

—Quiero que cantes y te vayas acercando poco a poco a Nicky. No des ningún paso brusco. Hazlo con calma. No va a hacerle daño y a ti tampoco. Tranquila.

Shayla asintió, con los ojos llenos de confianza en él.

—Haría lo que fuera para entrar yo, pero algunas veces un caballo nervioso acepta que se le acerque un niño o una mujer, pero no un hombre. No me preguntes el motivo.

Shayla se introdujo en la cerca y comenzó a cantar. No fue una de sus canciones infantiles, sino una canción que Turner no había escuchado jamás. La melodía era tan dulce, que le produjo escalofríos.

Amor a primera vista,

cielos de Montana.

Amor a primera vista,

ojos de medianoche.

La yegua, que había estado mirando a Nicky con inquietud, levantó las orejas.

—Buena chica, Shayla, sigue cantando. Nicky, no te muevas.

Shayla se volvió ligeramente y lo miró. Turner vio en su mirada un gran coraje y le recordó a su hermana. Pensó que los hombres podrían aprender de las mujeres bastante sobre el valor.

La voz de Shayla se elevó, fuerte y libre, dolorosa y triste.

¿Por qué no me di cuenta de que mi corazón se rompía?

¿Por qué no me di cuenta de que me sentía sola?

¿Por qué no escapé nada más verte?

¿Por qué no me fui antes de descubrir todos los matices del azul?

Shayla continuó avanzando y la yegua resopló y agitó la cabeza, pero no hizo ningún movimiento hacia la mujer o el niño.

Amor a primera vista,  
tierra grande y vacía,  
Amor a primera vista,  
manos endurecidas por el trabajo.

Shayla estaba casi al lado de Nicky. La yegua, entonces, dio un paso inseguro hacia delante, pero no había agresión en ella. Y Turner, de repente, entendió que la canción se refería a él.

Nunca debí quedarme a probar el primer beso,  
así no habría tanto que recordar.  
Cuando la otra vida me lleve,  
recordaré los cielos de Montana, los ojos de medianoche y el día de hoy.

Shayla tomó la mano de Nicky, que la miró con una sonrisa amplia, hechizado por su canción al igual que la yegua.

—Ahora, retroceded despacio —ordenó Turner—. No deis la espalda al caballo y no corráis.

Shayla no retrocedió, aunque no soltó a Nicky, y, mirando a la yegua, continuó cantando.

Amor a primera vista,  
que me acompañará siempre, Amor a primera vista,  
que jamás olvidaré. Jamás.

La última nota quedó suspendida en el aire y la yegua caminó lentamente hacia ellos.

Shayla extendió una mano hacia ella y la yegua agachó la cabeza y relinchó suavemente.

Al acariciarla el pequeño y Shayla, se puso un poco rígida, pero en seguida volvió a tranquilizarse.

Turner se metió en la cerca y fue hacia ellos despacio mientras Nicky hablaba en voz baja a la yegua.

—No seas tonta —decía la voz infantil—. El amor lo solucionará todo.

Shayla supo que Turner se acercaba porque la yegua se apartó ligeramente. Dejó que el animal se fuera y, al volverse hacia él, se quedó cegada por lo que vio en sus ojos.

Turner se agachó y dio la mano a Nicky. La yegua los sorprendió a todos al arrimarse suavemente a él.

—El amor lo solucionará todo, ¿verdad? —dijo suavemente—. Te imagino perfectamente sobre este caballo, Shayla.

—¿A mí?

—Es tuya. Lo ha sido desde el primer momento en que cantaste para ella.

—¿Mía?

Shayla se giró y acarició al animal con ternura, pensando que ese gesto en él sólo podía significar una cosa.

—Quieres casarte conmigo, ¿verdad? —susurró

—Creía que nunca me lo ibas a preguntar —contestó él con una sonrisa que iluminó sus ojos y el corazón de ella.

—¡Se supone que tienes que preguntarlo tú! —replicó ella, riendo.

—De acuerdo. ¿Te quieres casar conmigo, Shayla? ¿Querrás compartir mi vida y llenarla de música e hijos?

Entonces, la besó en la boca.

—Y ahora, todos a casa. El espectáculo ha terminado.

Maria soltó una carcajada.

—Este espectáculo acaba de comenzar.

Shayla se dio la vuelta y miró con cariño a su madre y a Barry, que estaba masticando una pasta con verdadero placer, sin el menor gesto de dolor en su rostro.

Y su madre estaba mirando a Barry de un modo extraño.

—¿Es capaz tu madre de corromper a un joven menor que ella? —susurró Turner.

—Creo que sí.

—Espero que eso la tenga ocupada un tiempo.

—Yo también.

Se volvieron y salieron del establo. La yegua los acompañó como si fuera la mascota de la familia. Luego, se dirigieron hacia la casa tomados de la mano.

—Así que viviremos aquí tú y yo, y también nuestros hijos algún día, y Abby y su familia, y Nicky, que vendrá a vernos... —miró en dirección a su casa—. Creo que la echaré abajo y haré otra.

—No tenemos que preocuparnos por eso ahora.

Turner la miró. A ella no le importaba el estado de la casa. Quizá tampoco le diera

mucha importancia a la ropa interior que le había comprado, pensó, al pasar al lado de la camioneta.

A ella sólo le importaba él.

La mirada en los ojos de Shayla parecía delatar que algo se estaba liberando en su interior. Parecía como si se estuviera aligerando una tensión acumulada con los años.

—¿Por qué te ríes? —preguntó Shayla.

—Porque te amo. Y porque tengo el presentimiento de que hoy voy a dormir mejor que nunca.

—¡Oh!

Shayla se detuvo y miró por la ventanilla de la camioneta de Turner. Él miró sobre su hombro.

Se veían pequeñas prendas de ropa interior, que se habían caído por todas partes debido a su prisa por llegar a casa.

Shayla esbozó una sonrisa llena de malicia. Un brillo de deseo hizo que sus ojos se volvieran dorados.

—¿Así que vas a dormir mejor que nunca esta noche, Turner? Permíteme que lo dude.

Fin



CARA COLTER (Calgary, Alberta, EE. UU.) Ahora vive en una pequeña finca en la Columbia Británica. Ella comparte su vida con ocho caballos, un gato y su héroe, Rob. Ellos tienen tres hijos y un nieto.

Licenciada en periodismo, Cara ha estado haciendo su vida con las palabras de toda su vida adulta. Antes de encontrar su hogar en la novela escribió materiales didácticos, artículos de periódicos, artículos de revistas e incluso los sermones.